

LOS RELATOS QUE INSPIRARON
LA NUEVA SERIE ANTOLÓGICA

Sigue la serie en
Amazon Prime Video

amazon

PHILIP K. DICK

ELECTRIC DREAMS

minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Pieza de colección
El abonado
El planeta imposible
El ahorcado
Campaña publicitaria
El padre-cosa
El fabricante de capuchas
Foster, estás muerto
Humano es
Autofab
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Electric Dreams de Philip K. Dick es la nueva serie de televisión basada en los relatos incluidos en esta antología. La serie de diez capítulos independientes está escrita y producida por el nominado a los Emmy Ronald D. Moore («Battlestar Galactica», «Outlander») y Michael Dinner («Justified», «Masters of Sex»), con el nominado al Oscar de la Academia Bryan Cranston («Trumbo», «Breaking Bad») como productor ejecutivo e intérprete de la serie.

Los diez relatos incluidos son:

«El ahorcado», «El abonado», «El padre-cosa», «Pieza de colección», «El planeta imposible», «Campaña publicitaria», «Foster, estás muerto», «El fabricante de capuchas», «Autofab» y «Humano es».

PHILIP K. DICK

Electric Dreams

minotauro

Introducción

Título del relato: *Pieza de colección*

Título del guion: *Real Life*

Ronald D. Moore es un guionista y productor estadounidense, más conocido por desarrollar la renovada serie *Battlestar Galáctica*, por la que ganó un premio Hugo y un premio Peabody, y por *Outlander*, basada en las novelas de Diana Gabaldon. Comenzó su carrera como escritor/productor en *Star Trek: The Next Generation* y *Star Trek: Deep Space Nine*.

La primera vez que leí este relato fue en el contexto de la búsqueda de un relato de PKD para adaptarlo a *Electric Dreams*. Me sentí atraído desde el principio por el tema subyacente de perder la esencia de uno mismo en otra realidad. Llevo en este negocio desde que empecé a trabajar en *Star Trek*, además de en un episodio piloto que produje para Fox llamado *Virtuality*. Cuando leí *Pieza de colección*, caí en la cuenta de que tenía la oportunidad de crear algo sobre la tecnología de realidad virtual que está llegando ya al mercado de consumo. Creo que la RV es una nueva frontera muy emocionante en el mundo del entretenimiento, pero, como siempre, tendemos a crear nuevos dispositivos antes y luego pensamos en sus ramificaciones sociales. Cuanto más pensaba en un guion en el que el personaje central se perdía a sí mismo (o a sí misma) en otro mundo, más me daba cuenta de que podía tomar la idea central de este relato corto y expandirla hacia una mayor exploración tanto de la realidad como de la naturaleza de la realidad misma. He descubierto que esto sucede una y otra vez en el universo de PKD: existen argumentos interesantes y provocadores en el interior de sus obras que todavía son relevantes para nuestra vida muchos años después de que los

escribiera. Queda muy poco del relato en el episodio, pero el corazón, y quizá lo que es más importante, las ideas detrás del episodio tienen su origen en este relato.

RONALD D. MOORE

Pieza de colección

—Lleva un traje muy raro —observó el chófer robot del transporte público. Deslizó la puerta a un lado y se detuvo ante el bordillo—. ¿Qué son esas cosas redondas?

—Se llaman botones —explicó George Miller—. Tenían una utilidad y, al mismo tiempo, servían de adorno. Los llevo por la naturaleza de mi empleo.

Pagó al robot, cogió su maletín y se encaminó por la rampa a la Oficina de Historia. El edificio principal ya había abierto; hombres y mujeres ataviados con túnicas hormigueaban por todas partes. Miller entró en un ascensor privado, se embutió entre los inmensos controladores de la división precristiana y, al cabo de un momento, subió hasta su nivel, la Segunda Mitad del Siglo xx.

—*Güenosdías* —murmuró, cuando el controlador Fleming se reunió con él ante la vitrina del reactor atómico.

—*Güenosdías* —respondió Fleming con brusquedad—. Escuche, Miller, acabemos con esto de una vez por todas. ¿Qué pasaría si todo el mundo vistiera como usted? El gobierno ha promulgado severas leyes respecto a la indumentaria. ¿No puede olvidar sus malditos anacronismos de vez en cuando? ¿Qué lleva en la mano, por el amor de Dios? Parece un reptil del Jurásico aplastado.

—Es un maletín de piel de cocodrilo —explicó Miller—. Guardo en él mis útiles de estudio. El maletín era un símbolo de autoridad de los ejecutivos que vivieron a finales del siglo xx. Al acostumbrarme a los objetos cotidianos de mi período de investigación, mi relación se pasa de mera curiosidad intelectual a genuina empatía. A menudo me subraya que pronuncio algunas palabras de manera extraña. Utilizo el acento de un ejecutivo norteamericano de la administración Eisenhower. ¿Capta?

—¿Eh? —murmuró Fleming.

—«Capta» es una expresión del siglo xx. —Miller colocó sus útiles de estudio sobre el escritorio—. ¿Quiere algo? Si no, empezaré a trabajar. Cuento con pruebas fascinantes de que, si bien los norteamericanos del siglo xx colocaban a mano sus baldosas, no tejían sus prendas de vestir. Tengo la intención de cambiar la exposición en ese sentido.

—No hay peor fanático que un académico —graznó Fleming—. Va atrasado doscientos años. Inmerso en sus reliquias y artefactos, sus malditas réplicas de trivialidades desechadas.

—Me gusta mi trabajo —respondió Miller con humildad.

—Nadie se queja de su trabajo, pero existen otras cosas, además del trabajo. En esta sociedad, usted es una unidad político-social. ¡Vaya con cuidado, Miller! La Junta ha recibido informes sobre sus excentricidades. La devoción al trabajo está bien vista —entornó los ojos de forma significativa—, pero usted ha ido demasiado lejos.

—Debo lealtad a mi arte antes que a cualquier otra cosa —dijo Miller.

—¿A su qué? ¿Qué significa eso?

—Una palabra del siglo xx. —Una expresión de superioridad apareció en el rostro de Miller—. Usted no es más que un burócrata sin importancia dentro de una inmensa maquinaria. Es una pieza de una totalidad cultural impersonal. Carece de criterio. Los hombres del siglo xx poseían criterio propio, capacidad artística, el orgullo de la obra bien realizada. Estas palabras no significan nada para usted. Usted no tiene alma, otro concepto de la época dorada del siglo xx, cuando los hombres eran libres y podían expresar sus opiniones.

—¡Cuidado, Miller! —Fleming palideció y bajó la voz, nervioso—. Malditos eruditos. Salga de sus cintas y enfréntese a la realidad. Si continúa hablando así, nos meterá a todos en un lío. Idolatre el pasado, si quiere, pero recuerde que está muerto y sepultado. Los tiempos cambian. La sociedad progresa. —Indicó con un gesto de impaciencia las piezas exhibidas en el nivel—. Sólo son réplicas imperfectas.

—¿Pone en tela de juicio mi investigación? —Miller estaba enfurecido—. ¡Esta exposición es impecable! La voy corrigiendo en función de los nuevos datos que surgen. Lo sé todo sobre el siglo xx.

Fleming negó con la cabeza.

—Es inútil.

Dio media vuelta y se encaminó a la rampa descendente.

Miller se enderezó el cuello de la camisa y la corbata de vivos colores pintada a mano. Alisó su chaqueta azul a rayas, encendió una pipa con tabaco de dos siglos antes y devolvió la atención a sus herramientas.

¿Por qué Fleming no le dejaba en paz? Fleming, el representante oficioso de la gran jerarquía que se extendía como una telaraña pegajosa sobre todo el planeta. En el seno de cada unidad industrial, profesional y residencial. ¡Ay, la libertad del siglo xx! Detuvo su reproductor de cintas un momento y sus facciones adoptaron una expresión soñadora. La excitante era de la virilidad y la individualidad, cuando los hombres eran hombres...

Fue entonces cuando, sumido en la belleza de su investigación, oyó aquellos sonidos inexplicables. Provenían del centro de la exposición, de su complejo interior, cuidadosamente regulado.

Había alguien en su exposición.

Volvió a oír ruidos procedentes del fondo. Algo o alguien había burlado la barrera de seguridad dispuesta para mantener al público alejado. Miller cerró el reproductor y se levantó poco a poco. Se dirigió con sigilo hacia la exposición, temblando de pies a cabeza. Eliminó la barrera y trepó al pavimento de hormigón. Algunos visitantes parpadearon cuando el hombrecillo vestido de manera extraña se deslizó entre las réplicas auténticas del siglo xx que componían la exposición y desapareció entre ellas.

Miller, con la respiración agitada, avanzó hacia un sendero de grava muy cuidado. Tal vez se trataba de otro teórico, un lameculos de la Junta, que buscaba algo para desacreditarle. Una inexactitud aquí, un error sin importancia allí. Su frente se perló de sudor: la ira se convirtió en terror. Un macizo de flores a su derecha. Rosas Paul Scarlet y pensamientos poco crecidos. Después, el césped verde y húmedo. El reluciente garaje blanco, con la puerta subida a medias. La pulida parte posterior de un Buick de 1954... y la casa.

Tenía que ir con cuidado. Si era alguien de la Junta, se enfrentaría a la jerarquía oficial. Quizá era un pez gordo. Quizá se trataba de Edwin Carnap, presidente de la Junta, la máxima autoridad de la rama neoyorkina del

Directorio Mundial. Miller, tembloroso, subió los tres peldaños de cemento. Llegó al porche de la casa del siglo xx que constituía el centro de la exposición.

Era una bonita casa; si hubiera vivido en aquella época, le habría gustado tener una igual. Tres dormitorios, una casita que imitaba el estilo de los ranchos californianos. Abrió la puerta principal y entró en la sala de estar. El hogar en un extremo. Alfombras color vino. Sofá y butaca modernos. Mesita de café de madera dura con superficie de cristal. Ceniceros de cobre. Encendedor y revistero. Lámparas de pie relucientes, de plástico y acero. Una librería. Televisor. Ventana panorámica con vistas al jardín. Atravesó la sala y salió al pasillo.

La casa estaba sorprendentemente completa. Bajo sus pies, el reactor del piso proyectaba una leve aura de calor. Echó un vistazo al primer dormitorio. Un tocador de señora. Cubrecama de seda. Sábanas blancas almidonadas. Pesadas cortinas. Un tocador. Frascos y tarros. Un enorme espejo redondo. Ropas invisibles en el interior del ropero. Una bata tirada sobre el respaldo de una silla. Zapatillas. Medias de nylon cuidadosamente colocadas al pie de la cama.

Miller continuó por el pasillo y se asomó a la siguiente habitación. Papel pintado de alegres colores: payasos, elefantes y acróbatas. El dormitorio de los niños. Dos camitas para dos chicos. Aviones a escala. Una cómoda sobre la que descansaba una radio, un par de peines, libros de texto, banderines, una señal de «Prohibido aparcar», fotos pegadas en el espejo. Un álbum de sellos.

Tampoco había nadie.

Miller examinó el moderno cuarto de baño, y también la ducha de azulejos amarillos. Atravesó el comedor, echó un vistazo al sótano, donde estaban la lavadora y la secadora. Después, abrió la puerta de atrás y examinó el patio trasero. Césped y el incinerador. Un par de árboles pequeños y, como fondo, la proyección en tres dimensiones de otras casas que se extendían hasta unas colinas azules increíblemente convincentes. Pero tampoco vio a nadie. El patio estaba vacío, desierto. Cerró la puerta y volvió sobre sus pasos.

Oyó risas en la cocina.

Una carcajada de mujer. Tintineo de cucharas y platos. Y olores. Tardó un momento en identificarlos, aunque era un erudito. Beicon y café. Y pastelillos calientes. Alguien estaba desayunando. Un desayuno del siglo xx.

Continuó pasillo adelante, pasó frente a un dormitorio masculino, en el que había zapatos y ropa tirada de cualquier manera, y se detuvo en la entrada de la cocina.

Una atractiva mujer cercana a la cuarentena y dos adolescentes estaban sentados alrededor de la pequeña mesa de plástico y cromo. Habían terminado de desayunar; los muchachos se movían impacientes. El sol que se filtraba por la ventana bañaba el fregadero. El reloj eléctrico señalaba las ocho y media. La radio canturreaba en un rincón. Una enorme cafetera descansaba en el centro de la mesa, rodeada de platos vacíos, vasos de leche y cubiertos.

La mujer vestía una blusa blanca y falda de *tweed* a cuadros. Ambos muchachos llevaban tejanos descoloridos, camisetas y zapatillas de tenis. Aún no habían reparado en su presencia. Miller estaba petrificado en la puerta, absorbiendo el sonido de las risas y la conversación.

—Tendréis que pedir permiso a vuestro padre —estaba diciendo la mujer, con burlona gravedad—. Esperad a que vuelva.

—Ya nos lo dio —protestó uno de los chicos.

—Bueno, pues pedídselo otra vez.

—Por la mañana siempre está de mal humor.

—Hoy no. Ha dormido bien. La fiebre del heno no le ha molestado. El nuevo medicamento ha dado resultado. —Echó un vistazo al reloj—. Ve a ver qué está haciendo, Don. Llegará tarde al trabajo.

—Estaba buscando el periódico. —Uno de los muchachos tiró la silla hacia atrás y se levantó—. Ha vuelto a caer entre las flores.

Se volvió hacia la puerta y Miller se encontró cara a cara con él. Tuvo la impresión de que el chico le resultaba familiar. Muy familiar, como alguien a quien conociera, pero más joven. Se preparaba para la inminente escena cuando el chico se detuvo con brusquedad.

—Caray, me has asustado —dijo el muchacho.

La mujer lanzó una rápida mirada a Miller.

—¿Qué estabas haciendo, George? —preguntó—. Ven a terminar tu café.

Miller entró poco a poco en la cocina. La mujer estaba terminando su café; los dos chicos se habían levantado y empezaban a asediarse.

—¿A que dijiste que podía ir de acampada este fin de semana a Russian River con el grupo del colegio? —preguntó Don—. Dijiste que pidiera prestado un saco de dormir en el gimnasio, porque el que tenía lo diste al Ejército de Salvación, ya que eres alérgico al capoc que llevaba.

—Sí —murmuró Miller, vacilante.

Don. Era el nombre del muchacho. Y su hermano, Ted. ¿Cómo lo sabía? La mujer se había levantado también y apilaba los platos sucios para llevarlos al fregadero.

—Han dicho que se lo habías prometido —dijo sin volverse. Los platos tintinearón en el fregadero y procedió a derramar sobre ellos escamas de jabón—. Me he acordado de aquella vez en que querían conducir el coche y, por la forma en que lo dijeron, daba la impresión de que les habías dado permiso, pero no era así, por supuesto.

Miller se dejó caer en una silla. Jugueteó con su pipa. La depositó en el cenicero de cobre y examinó el puño de la chaqueta. ¿Qué estaba pasando? La cabeza le daba vueltas. Se puso en pie de repente y corrió hacia la ventana abierta sobre el fregadero.

Casas, calles. Las colinas lejanas. Gente. El telón de fondo tridimensional proyectado era muy convincente. ¿Qué estaba pasando?

—George, ¿qué ocurre? —preguntó Marjorie mientras se ataba alrededor de la cintura un delantal rosa de plástico y llenaba el fregadero de agua caliente—. Será mejor que saques el coche y vayas a trabajar. ¿No decías anoche que el viejo Davidson se queja de que los empleados llegan tarde y se quedan charlando junto a la fuente de agua, desperdiciando el tiempo de la empresa?

Davidson. La palabra agitó la mente de Miller. Lo sabía, claro. Una diáfana imagen apareció ante él: un hombre alto, de cabello cano, delgado y sereno. Chaleco y reloj de cadena. Y el despacho, Suministros Electrónicos Unidos. El edificio de doce plantas situado en el centro de San Francisco. El

quiosco de periódicos y tabaco en el vestíbulo. Los sempiternos bocinazos de los coches. Los aparcamientos abarrotados. El ascensor, lleno de secretarias de ojos alegres, jerséis ceñidos, y perfumadas.

Salió de la cocina, caminó por el pasillo, dejó atrás su dormitorio, el de su mujer, y entró en la sala de estar. La puerta principal estaba abierta y salió al porche.

El aire era frío, agradable. Una luminosa mañana de abril. El césped aún estaba mojado. Los coches avanzaban por la calle Virginia hacia la avenida Shattuck. El tráfico matutino, gente camino del trabajo. Al otro lado de la calle, Earl Kelly agitó su *Oakland Tribune* mientras corría hacia la parada del autobús.

A lo lejos, Miller distinguió el puente de la Bahía, la isla Yerba Buena y la isla del Tesoro. Más allá comenzaba San Francisco. Al cabo de pocos minutos atravesaría el puente en su Buick, camino del despacho, junto con otros miles de ejecutivos, vestidos con trajes azules a rayas.

Ted salió al porche.

—Entonces, ¿nos das permiso? ¿Podemos ir de acampada?

Miller se humedeció los labios resecos.

—Ted, escúchame. Pasa algo raro.

—¿Cómo qué?

—No lo sé. —Miller deambuló por el porche, nervioso—. Hoy es viernes, ¿verdad?

—Claro.

—Me lo figuraba.

¿Cómo sabía que era viernes? ¿Cómo sabía lo demás? Pues claro que era viernes. Una semana larga y dura, el aliento de Davidson bañándole la nuca. Sobre todo el miércoles, cuando el pedido de la General Electric se había retrasado por culpa de una huelga.

—Voy a hacerte una pregunta —dijo Miller a su hijo—. ¿Esta mañana he salido de la cocina para ir a recoger el periódico?

Ted asintió.

—Sí. ¿Y qué?

—Me he levantado y he salido de la habitación. ¿Cuánto tiempo he estado ausente? No mucho, ¿verdad? —Buscó las palabras precisas, pero su mente era un laberinto de pensamientos inconexos—. Estaba sentado a la mesa con todos vosotros, me he levantado y he ido a buscar el periódico. ¿Correcto? Y luego volví. ¿Correcto? —Su voz adquirió un tono de desesperación—. Por la mañana, me he levantado y me he afeitado. He tomado el desayuno. Pastelillos calientes y café. Beicon. ¿Correcto?

—Correcto —aprobó Ted—. ¿Y?

—Como cada día.

—Sólo comemos pastelillos calientes los viernes.

Miller cabeceó lentamente.

—Exacto. Pastelillos calientes los viernes. Porque tu tío Frank come con nosotros los sábados y domingos y no puede soportar los pastelillos calientes, de modo que dejamos de hacerlos los fines de semana. Frank es el hermano de Marjorie. Estuvo con los marines en primera guerra mundial. Fue cabo.

—Adiós —dijo Ted, cuando Don salió—. Hasta la noche.

Los muchachos, cargados con sus libros de texto, se encaminaron hacia la moderna escuela secundaria situada en el centro de Berkeley.

Miller volvió a entrar en la casa y buscó de manera automática su maletín en el ropero. ¿Dónde estaba? Lo necesitaba, maldita sea. Guardaba en él la cuenta Throckmorton. Davidson exigiría su cabeza a gritos si se la dejaba en algún sitio, como en la cafetería True Blue, aquella vez que todos fueron a celebrar el triunfo de los Yankees en la liga. ¿Dónde diablos estaba?

Se enderezó poco a poco, a medida que recuperaba la memoria. Por supuesto. Lo había dejado junto a su escritorio, después de sacar las cintas de investigación, mientras Fleming le hablaba. En la Oficina de Historia.

Se reunió con su mujer en la cocina.

—Escucha —dijo con voz hueca—. Marjorie, creo que no voy a ir al despacho.

Marjorie se volvió en redondo, alarmada.

—George, ¿algo va mal?

—Estoy... muy confuso.

—¿Te ha vuelto a dar la fiebre del heno?

—No. Mi cabeza. ¿Cuál es el nombre de aquel psiquiatra de la ATP que trató al hijo de la señora Bentley cuando tuvo el ataque? —Rebuscó en su desorganizada mente—. Grunberg, creo. Del edificio Médico-Dental. —Caminó hacia la puerta—. Voy a verle. Algo va mal, muy mal. Y no sé lo que es.

Adam Grunberg era un hombre grande y corpulento, casi cincuentón, de cabello castaño rizado y gafas de montura metálica. Cuando Miller terminó, Grunberg carraspeó, se frotó la manga de su traje Brooks Bros y preguntó con aire pensativo:

—¿Ocurrió algo cuando salió a buscar el periódico? ¿Algún accidente? Debería repasar esa parte con todo detalle. Se levantó de la mesa, salió al porche y empezó a buscar entre los arbustos. Y después, ¿qué?

Miller se acarició la frente.

—No lo sé. Todo es muy confuso. No recuerdo que buscara el periódico. Recuerdo que regresé a casa. A partir de ese momento, todo está claro. Pero lo anterior se mezcla con la Oficina de Historia y mi discusión con Fleming.

—Repita lo sucedido con su maletín.

—Fleming dijo que parecía un reptil del Jurásico aplastado y yo le respondí...

—No, me refiero a eso de que lo buscó en el armario y no lo encontró.

—Miré en el armario y no estaba, desde luego. Lo dejé junto a mi escritorio, en la Oficina de Historia, en el nivel del Siglo xx. Al lado de mi exposición. —Una extraña expresión cruzó el rostro de Miller—. Santo Dios, Grunberg. ¿Se da cuenta de que tal vez esto no sea más que una exposición? Usted y todos los demás... Puede que usted no sea real, sino una simple pieza de la exposición.

—Lo cual sería muy desagradable para todos, ¿verdad? —dijo Grunberg, con una leve sonrisa.

—La gente está muy segura de que sus sueños son reales, hasta que despierta —replicó Miller.

—Por lo tanto, usted está soñando conmigo —rio Grunberg—. Supongo que debería darle las gracias.

—No estoy aquí porque usted me caiga especialmente bien, sino porque no puedo soportar a Fleming ni la Oficina de Historia.

—Este Fleming —protestó Grunberg—. ¿Es consciente de haber pensado en él antes de salir a buscar el periódico?

Miller se levantó y empezó a pasear por el lujoso consultorio, entre las butacas forradas de piel y el enorme escritorio de caoba.

—Quiero hacer frente a la situación. Soy un objeto de la exposición. Una réplica artificial del pasado. Fleming dijo que me pasaría algo por el estilo.

—Siéntese, señor Miller —dijo Grunberg, con voz suave pero autoritaria. Siguió hablando cuando su visitante obedeció—. Entiendo lo que dice. Tiene la sensación de que todo cuanto le rodea es irreal. Una especie de escenario.

—Una exposición.

—Sí, una exposición de un museo.

—De la Oficina de Historia de Nueva York. Nivel R, el nivel del Siglo XX.

—Y, además de esta sensación general de... insustancialidad, existen recuerdos específicos proyectados de personas y lugares ajenos a este mundo, otro plano que contiene a éste; la realidad, podríamos decir, en la que este mundo no es más que una sombra.

—Este mundo no me parece una mera sombra. —Miller golpeó con violencia el brazo de su butaca—. Este mundo es completamente real. Eso es lo extraño. Entré para investigar unos ruidos y ahora no puedo salir. Dios Santo, ¿tendré que vagar por esta réplica el resto de mi vida?

—Debe saber que su sensación es común a casi todos los seres humanos, sobre todo en períodos de gran tensión. A propósito, ¿dónde estaba el periódico? ¿Consiguió encontrarlo?

—En lo que a mí concierne...

—¿Le supone una causa de irritación? Veo que reacciona con violencia a la sola mención del periódico.

Miller negó con la cabeza, agotado.

—Olvídelo.

—Sí, una fruslería. El repartidor tira descuidadamente el diario, que va a parar entre los arbustos, no al porche. Usted se irrita. Sucede una y otra vez. Nada más empezar el día, antes de ir a trabajar. Al parecer, simboliza a pequeña escala las frustraciones de su trabajo. De toda su vida.

—Personalmente, me importa una mierda el periódico. —Miller consultó su reloj—. Me voy. Son casi las doce. El viejo Davidson pedirá mi cabeza a gritos si no estoy en el despacho a las... —Se interrumpió—. Otra vez.

—Otra vez ¿qué?

—¡Todo esto! —Miller señaló la ventana—. Este lugar. Este maldito mundo. Esta exposición.

—Se me ocurre una idea —dijo el doctor Grunberg—. Se la explicaré, a ver qué le parece. Rechácela sin ambages si no le gusta. —Levantó sus ojos astutos y profesionales—. ¿Ha visto alguna vez a niños jugando con cohetes espaciales?

—Señor —respondió Miller—, he visto cargueros espaciales comerciales que transportaban mercancías entre la Tierra y Júpiter, y aterrizaban en el espaciopuerto de La Guardia.

Grunberg sonrió.

—Escúcheme con atención. Una pregunta: ¿el trabajo le agobia?

—¿Qué quiere decir?

—Sería estupendo vivir en el mundo del futuro. Los robots y los cohetes se encargarían de hacer todo el trabajo. Usted podría repantigarse en un sillón y descansar. Sin preocupaciones, cansancios ni frustraciones.

—Mi cargo en la Oficina de Historia comporta muchas preocupaciones y frustraciones. —Miller se levantó con brusquedad—. Escuche, Grunberg, o esto es una exposición en el nivel R de la Oficina de Historia, o yo soy un ejecutivo de clase media que se inventa una fantasía como válvula de escape. En este momento, soy incapaz de decidir. En un momento dado pienso que esto es real, y al siguiente...

—Podemos averiguarlo con suma facilidad.

—¿Cómo?

—Usted buscaba el periódico. Siguió el camino particular y penetró en el jardín. ¿Dónde estaba? ¿En el camino, en el porche? Trate de recordar.

—No hace falta. Estaba en el pavimento. Había saltado por encima de la barandilla y dejado atrás las barreras de seguridad.

—En el pavimento. Regrese a ese punto. Localice el lugar exacto.

—¿Por qué?

—Para demostrarse a usted mismo que no hay nada al otro lado.

Miller respiró hondo.

—¿Y si lo hay?

—Es imposible. Usted mismo lo ha dicho: sólo uno de los mundos puede ser real. Este mundo es real. —Grunberg descargó su puño sobre el macizo escritorio de caoba—. Ergo no encontrará nada al otro lado.

—Sí —dijo Miller, tras un momento de silencio. Una peculiar expresión se pintó en su rostro—. Ha descubierto el error.

—¿Qué error? —preguntó Grunberg, estupefacto—. ¿Qué...?

Miller se encaminó hacia la puerta del despacho.

—Empiezo a comprenderlo. Estaba planteando una pregunta equivocada, al intentar decidir qué mundo era el real. —Dirigió una sonrisa desprovista de humor al doctor Grunberg—. Ambos son reales, por supuesto.

Cogió un taxi y volvió a casa. No había nadie. Los chicos estaban en el colegio y Marjorie había ido de compras al centro. Esperó hasta asegurarse de que nadie miraba desde la calle y bajó por el camino particular hacia el pavimento.

Encontró el lugar sin la menor dificultad. Distinguió un leve brillo en el aire, justo al borde del aparcamiento. A través de él vio formas confusas.

Tenía razón. Ahí estaba, completo y real. Tan real como el pavimento que pisaba.

Los bordes del círculo cortaban una larga barra metálica. La reconoció: era la barandilla de seguridad que había saltado para entrar en la exposición. Al otro lado se encontraba el sistema de barreras de seguridad. Desconectado, por supuesto. Y más allá, el resto del nivel y los muros más alejados del edificio de Historia.

Avanzó con cautela y se internó en la niebla. Brillaba a su alrededor, brumosa y oblicua. Las formas adquirieron una mayor definición. Una figura móvil ataviada con una túnica azul oscuro. Un curioso que examinaba las

piezas exhibidas. La figura prosiguió su camino y se desvaneció. Vio su escritorio. El reproductor de cintas y las herramientas de trabajo. Junto al escritorio estaba su maletín, exactamente donde lo había dejado.

Mientras sopesaba la posibilidad de pasar por encima de la barandilla y coger el maletín, apareció Fleming.

Un sexto sentido aconsejó a Miller retroceder hacia la neblina. Tal vez se debió a la expresión de Fleming. En cualquier caso, Miller se encontró de nuevo sobre el pavimento, antes de que Fleming se detuviera junto a la grieta, el rostro congestionado, los labios retorcidos en una mueca de indignación.

—Miller, salga de ahí —dijo con voz estrangulada.

Miller soltó una carcajada.

—Sea buen chico, Fleming. Tíreme el maletín. Es esa cosa de aspecto extraño que hay junto a mi escritorio. Se la he enseñado antes, ¿recuerda?

—¡Deje de decir tonterías y escúcheme! Se lo digo muy en serio. Carnap lo sabe. Me he visto en la obligación de informarle.

—Bien por usted. El leal burócrata.

Miller se encogió para encender su pipa. Inhaló y expulsó una gran bocanada de humo gris por la grieta. Fleming tosió y retrocedió.

—¿Qué es eso?

—Tabaco. Una de las cosas que hay aquí. Una sustancia muy común en el siglo xx. Usted no sabe nada de él. Su período es el siglo ii antes de Cristo. El mundo heleno. No sé si le gustará mucho. Las instalaciones sanitarias eran deficientes, y la esperanza de vida, corta.

—¿De qué está hablando?

—En comparación, la esperanza de vida de mi período es muy alta. Tendría que ver sus cuartos de baño. Azulejos amarillos. Y ducha. No tenemos nada parecido en los aposentos de ocio de la Oficina.

—En otras palabras —gruñó Fleming—, piensa quedarse ahí.

—Es un lugar agradable —reconoció Miller—. Mi posición es superior a la media, por supuesto. Se la voy a describir. Tengo una mujer muy atractiva. El matrimonio está permitido en esta era, incluso santificado. Tengo dos hijos estupendos, ambos varones, que irán a Russian River este fin de semana. Viven conmigo y con mi mujer; se hallan bajo nuestra custodia absoluta. El Estado carece de poder a ese respecto. Tengo un Buick nuevo y...

—Ilusiones —barbotó Fleming—. Fantasías psicóticas.

—¿Está seguro?

—¡Maldito idiota! Siempre supe que su ego era demasiado regresivo para enfrentarse a la realidad. Usted y sus retrocesos anacrónicos. A veces me avergüenzo de ser un teórico. Ojalá me hubiera dedicado a la ingeniería. —Fleming torció los labios—. Usted está loco. Se encuentra en medio de una exposición artificial, que pertenece a la Oficina de Historia, un amasijo de plástico, cables y postes. La réplica de una época pretérita. Una imitación. Y prefiere vivir ahí antes que en el mundo real.

—Muy extraño —dijo Miller en tono pensativo—. Tengo la impresión de haber oído algo muy parecido hace poco. ¿Conoce por casualidad a un tal doctor Grunberg? Es psiquiatra.

El director Carnap llegó sin previo aviso con su cohorte de ayudantes y expertos. Fleming se apresuró a retroceder unos pasos. Miller se encontró frente a frente con una de las figuras más poderosas del siglo XXII. Sonrió y extendió la mano.

—Maldito imbécil —masculló Carnap—. Salga antes de que le saquemos a rastras. Si nos obliga, está acabado. Ya sabe lo que se hace con los psicóticos avanzados. Significará la eutanasia para usted. Le doy la última oportunidad de abandonar esa exposición falsa...

—Lo siento —dijo Miller—, pero no es una exposición.

El rotundo rostro de Carnap expresó una repentina sorpresa. Durante un instante, su pose desapareció.

—Aún se empeña en sostener...

—Esto es una puerta temporal —dijo Miller con serenidad—. No puede sacarme, Carnap. No puede alcanzarme. Estoy en el pasado. Doscientos años de distancia. He viajado a un continuo existencial anterior. Encontré un puente y escapé de su continuo. Y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Carnap y sus expertos se sumieron en una veloz conferencia técnica. Miller aguardó con paciencia. Tenía mucho tiempo; había decidido que no aparecería por el despacho hasta el lunes.

Al cabo de un rato, Carnap volvió a aproximarse a la grieta, con cuidado de no pasar por encima de la barandilla.

—Una teoría interesante, Miller. Eso es lo más extraño de los psicóticos: racionalizan sus fantasías y las integran en un sistema lógico. *A priori*, su concepto es convincente, consistente, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero no es verdadero. —Carnap había recuperado su confianza; daba la impresión de que el diálogo le satisfacía—. Usted piensa que ha vuelto al pasado. Sí, la exposición es muy precisa. Su trabajo siempre ha sido excelente. Ninguna otra exposición iguala la autenticidad de los detalles.

—Intento hacer mi trabajo lo mejor posible —murmuró Miller.

—Usted llevaba prendas arcaicas y se expresaba con términos arcaicos. Hizo todo lo posible por proyectarse hacia el pasado. Se dedicó en cuerpo y alma a su trabajo. —Carnap dio unos golpecitos con el dedo sobre la barandilla—. Sería una pena, Miller. Sería una terrible pena destruir una réplica tan auténtica.

—Entiendo lo que quiere decir —respondió Miller, al cabo de unos instantes—. Estoy de acuerdo con usted, desde luego. Me siento muy orgulloso de mi trabajo. Detestaría verlo destruido, pero no le servirá de nada. Sólo conseguirá cerrar esta puerta temporal.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Esta exposición es un simple puente, un vínculo con el pasado. Atravesé la exposición, pero ya no estoy en ella. He trascendido la exposición. —Sonrió con los labios apretados—. Su destrucción no me afectará, pero aíslame de su mundo, si así lo desea. No tengo la menor intención de regresar. Ojalá pudiera ver este lado, Carnap. Es un bonito lugar. Libertad, oportunidades. Gobierno limitado, responsable ante el pueblo. Si no le gusta su trabajo, lo deja. Aquí no hay eutanasia. Pase, le presentaré a mi mujer.

—Le atraparemos —dijo Carnap—, y también a sus invenciones psicóticas.

—Dudo que alguna de esas «invenciones psicóticas» esté preocupada. Grunberg no lo estaba. No creo que Marjorie esté...

—Ya hemos iniciado los preparativos de demolición —explicó Carnap con calma—. No lo haremos de golpe, sino pieza por pieza. Así tendrá la oportunidad de apreciar nuestro método científico y... artístico de volar en

pedazos su mundo imaginario.

—Pierde el tiempo —dijo Miller.

Se volvió, bajó por el pavimento, se internó por el sendero de grava y llegó al porche.

Se acomodó en la butaca de la sala de estar y conectó el televisor. Después, entró en la cocina y sacó de la nevera una lata de cerveza bien fría. Regresó a la comfortable sala de estar.

Mientras se sentaba ante el televisor, reparó en algo enrollado sobre la mesita de café.

Sonrió con ironía. Era el periódico de la mañana, que había buscado con tanto ahínco. Marjorie lo había entrado junto con la leche, como de costumbre. Y se había olvidado de decírselo, por supuesto. Bostezó, satisfecho, y lo cogió. Lo desdobló y leyó los grandes titulares en letra negra:

RUSIA DESCUBRE LA BOMBA DE COBALTO,
CAPAZ DE DESTRUIR EL MUNDO ENTERO.

Introducción

Título del relato y del guion: *El abonado*

Jack Thorne ha ganado cinco veces como guionista el premio BAFTA y es un productor conocido por aclamados programas de televisión como *The Last Panthers* y *National Treasure*. También ha sido el guionista de películas como *The Scouting Book For Boys* y *War Book* y adaptó para el cine *A Long Way Down* de Nick Hornby. Las obras de Jack se han representado internacionalmente e incluyen la obra de teatro del West End *Harry Potter y el legado maldito* y *Woyzeck*, protagonizada por John Boyega.

¿Qué se puede decir del Philip K. Dick que no se haya dicho ya? Estoy seguro de que existe toda una lista de personas en este libro que elogian su visión y su capacidad de llevar al lector a lugares lejanos en un abrir y cerrar de ojos. Su imaginación es tan intensa, tan completa. He leído mucha ciencia ficción, y siempre hay una diferencia entre aquellos escritores que tienen ideas y aquellos que construyen mundos. PKD construye universos.

Pero lo que más admiro de él, y lo que me atrajo de *El abonado*, es que siempre encuentra lo ordinario en lo extraordinario. Ninguno de sus personajes es un superhéroe a punto de revelarse, sino que son gente común que ha tenido la oportunidad de mirar a través de cierta clase de ventana y responden en consecuencia. No cambian repentinamente de personalidad, pero a medida que el mundo se transforma, se transforman dentro de él.

Mi abuelo se pasó la vida trabajando como vendedor de billetes en la estación de Euston, en Londres, así que *El abonado* me atrajo inmediatamente. La idea de que se le hubiera dado la oportunidad de ver nuevas posibilidades, de ver lugares que no existían, pero que podían existir, de ver algún lugar que pudiera amar y que le permitiera la posibilidad de escapar de su vida... No quiero decir mucho más, porque no quiero estropear

los giros y las sorpresas de esta historia, pero como siempre, la obra de PKD termina haciéndose preguntas profundas sobre lo que queremos como humanos. Y lo que deberíamos conseguir.

He pasado el último año inmerso en este relato, y todavía hay preguntas que me tengo que hacer al leerlo de nuevo. Espero que te parezca tan magnífico y hermoso como a mí.

JACK THORNE

El abonado

El hombrecillo estaba cansado. Se abrió paso entre la gente que llenaba el vestíbulo de la estación hasta la ventanilla. Esperó su turno con impaciencia. Su cansancio se reflejaba en los hombros hundidos y en el abolsado abrigo marrón.

—El siguiente —graznó Ed Jacobson, el vendedor de billetes.

El hombrecillo depositó un billete de cinco dólares sobre el mostrador.

—Déme un abono nuevo. He terminado el último. —Su mirada se desvió de Jacobson al reloj de pared—. ¡Santo Dios!, ¡qué tarde es!

Jacobson tomó los cinco dólares.

—Muy bien, señor. Un abono. ¿Para dónde?

—Macon Heights —dijo el hombrecillo.

—Macon Heights. —Jacobson consultó la lista—. Macon Heights. Ese lugar no existe.

El rostro del hombrecillo traslució suspicacia.

—¿Me está tomando el pelo?

—Señor, no consta ningún Macon Heights. No puedo venderle un billete para un lugar que no existe.

—¿Qué quiere decir? ¡Yo vivo allí!

—No me importa. Hace seis años que vendo billetes, y ese lugar no existe.

El hombrecillo abrió los ojos con estupefacción.

—Pero mi casa está allí. Vuelvo cada noche. Yo...

—Tome. —Jacobson empujó hacia él la lista—. Búsquelo usted mismo.

El hombrecillo la leyó frenéticamente, recorriendo con un dedo tembloroso los nombres de las ciudades.

—¿Lo ha encontrado? —preguntó Jacobson, apoyando los brazos sobre el mostrador—. No está, ¿verdad?

El hombrecillo negó con la cabeza, aturdido.

—No lo entiendo. No tiene sentido. Debe haber alguna equivocación. Tiene que haber...

De pronto, se desvaneció. La lista cayó al suelo. El hombrecillo se había evaporado.

—¡Por el fantasma de César! —susurró Jacobson.

Abrió y cerró la boca. Sobre el suelo de cemento sólo se veía la lista. El hombrecillo había dejado de existir.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó Bob Paine.

—Di la vuelta y recogí la lista.

—¿Y había desaparecido?

—Exacto, había desaparecido. —Jacobson se frotó la frente—. ¡Ojalá lo hubiera visto usted! Desapareció como una luz al apagarse. Por completo. Sin un ruido. Sin el menor movimiento.

Paine encendió un cigarrillo y se reclinó en la silla.

—¿Le había visto antes?

—No.

—¿Qué hora era?

—Esta misma, más o menos. Alrededor de las cinco. —Jacobson se acercó a la ventanilla—. Viene un montón de gente.

—Macon Heights. —Paine hojeó el callejero oficial—. No consta en ningún listado. Quiero hablar con él si vuelve a aparecer. Hágale entrar en el despacho.

—Claro. No quiero saber nada más de él. No es normal. —Jacobson volvió a la ventanilla—. ¿Sí, señora?

—Dos billetes de ida y vuelta a Lewisburg.

Paine apagó el cigarrillo y encendió otro.

—Sigo teniendo la sensación de que el nombre me resulta familiar. —Se levantó y examinó el plano mural—. Pero no consta en la lista.

—No consta en la lista porque ese lugar no existe —insistió Jacobson—. ¿Cree que no lo sabría, vendiendo cada día un billete tras otro? —Volvió a la ventanilla—. ¿Sí, señor?

—Quiero un abono para Macon Heights —dijo el hombrecillo, echando una nerviosa mirada al reloj de pared—. Y dese prisa.

Jacobson cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió, el hombrecillo seguía allí, con el rostro pequeño y arrugado, cabello ralo, gafas, abrigo ajado que formaba bolsas.

Jacobson dio media vuelta y se dirigió al despacho de Paine.

—Ha vuelto. —Jacobson tragó saliva, pálido—. Es él otra vez.

Los ojos de Paine centellearon.

—Tráigale aquí.

Jacobson asintió y regresó a la ventanilla.

—Señor —dijo—, ¿sería tan amable de ir al despacho? —Indicó la puerta—. Al subdirector le gustaría verle un momento.

El rostro del hombrecillo se ensombreció.

—¿Qué pasa? El tren está a punto de salir. —Empujó la puerta y entró en el despacho, gruñendo para sí—. Nunca me había ocurrido algo semejante. Cada vez es más complicado comprar un abono. Si pierdo el tren, denunciaré a su empresa...

—Siéntese —dijo Paine, indicando la silla colocada frente a su escritorio—. ¿Es usted el caballero que quiere un abono para Macon Heights?

—¿Qué tiene de extraño? ¿Qué les pasa a todos ustedes? ¿Por qué no pueden venderme un abono como de costumbre?

—¿Como..., como de costumbre?

El hombrecillo se controló con un gran esfuerzo.

—Mi esposa y yo nos mudamos a Macon Heights el pasado diciembre. He viajado en su tren diez veces a la semana, dos trayectos cada día, durante seis meses. Cada mes compro un nuevo abono.

Paine se inclinó hacia él.

—¿Qué tren toma exactamente, señor...?

—Critch. Ernest Critchet. El tren B. ¿No recuerda sus propios horarios?

—¿El tren B? —Paine consultó los horarios del tren B ayudándose con un lápiz. No constaba ningún Macon Heights—. ¿Cuánto dura el viaje? ¿Cuánto tiempo tarda en llegar?

—Cuarenta y nueve minutos, exactamente. —Critchett miró el reloj de pared—. Si consigo alcanzarlo.

Paine hizo un cálculo mental. Cuarenta y nueve minutos. A unos cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad. Se levantó para acercarse al gran mapa mural.

—¿Qué ocurre? —preguntó Critchett con marcada suspicacia.

Paine dibujó un círculo de cuarenta y cinco kilómetros en el mapa. El círculo cruzaba varias ciudades, pero ninguna era Macon Heights. Y en la línea B no había nada.

—¿Qué tipo de lugar es Macon Heights? —preguntó Paine—. ¿Cuánta gente vive, en su opinión?

—No lo sé. Cinco mil personas, tal vez. Paso casi todo el tiempo en la ciudad. Trabajo de contable en Seguros Bradshaw.

—¿Macon Heights es una población nueva?

—Bastante moderna. Vivimos en una casa de dos habitaciones, construida hace un par de años. —Critchett se agitó, inquieto—. ¿Qué pasa con el abono?

—Me temo que no puedo venderle un abono —respondió Paine lentamente.

—¡Cómo! ¿Por qué no?

—No tenemos servicio a Macon Heights.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Critchett, levantándose de un salto.

—Ese lugar no existe. Mire el mapa.

Critchett se quedó boquiabierto. Su rostro cambió de expresión varias veces consecutivas. Por fin, irritado, se acercó al mapa y lo examinó con suma atención.

—Esta situación es muy curiosa, señor Critchett —murmuró Paine—. No consta en el mapa ni en el listado oficial. Nuestros horarios no lo incluyen. No tenemos abonos para viajes a ese lugar. No...

Enmudeció. Critchett había desaparecido. Un momento antes estaba allí, examinando el mapa. Un segundo después se había volatilizado. Desvanecido. Esfumado.

—¡Jacobson! —bramó Paine—. ¡Ha desaparecido!

Los ojos de Jacobson se abrieron desmesuradamente. El sudor le cubrió la frente.

—Vaya, vaya —murmuró.

Paine se abismó en sus pensamientos, contemplando el lugar vacío que Ernest Crichtet había ocupado.

—Algo está pasando —musitó—. Algo muy extraño.

De pronto tomó su abrigo y se encaminó hacia la puerta.

—¡No me deje solo! —suplicó Jacobson.

—Si me necesita, estaré en el apartamento de Laura. El número está en algún lugar de mi escritorio.

—Ahora no es el momento de ir a jugar con chicas.

Paine abrió la puerta que daba al vestíbulo.

—Dudo de que se trate de un juego —dijo con semblante sombrío.

Paine subió los escalones que llevaban al piso de Laura Nichols de dos en dos. Apretó el timbre hasta que la puerta se abrió.

—¡Bob! —Laura parpadeó, sorprendida—. ¿A qué debo esta...?

Paine pasó junto a ella y entró en el piso.

—Espero no interrumpirte.

—No, pero...

—Se trata de un asunto muy serio. Voy a necesitar ayuda. ¿Puedo contar contigo?

—¿Conmigo?

Laura cerró la puerta. Su bien amueblada casa estaba en penumbra. Sólo había encendida una lámpara de mesa, en el extremo del mullido sofá verde. Las pesadas cortinas estaban corridas. El fonógrafo sonaba a bajo volumen en un rincón.

—Tal vez me estoy volviendo loco. —Paine se dejó caer en el lujoso sofá verde—. Es lo que quiero averiguar.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Laura se acercó lánguidamente, con los brazos cruzados y un cigarrillo entre los labios. Se apartó de los ojos el largo cabello con un movimiento brusco de la cabeza.

—¿Qué pasa por tu mente?

Paine dirigió una sonrisa de aprobación a la joven.

—Vas a llevarte una sorpresa. Quiero que bajes al centro mañana por la mañana temprano, bien guapa y...

—¡Mañana por la mañana! Tengo un trabajo, ¿recuerdas? Y en la oficina nos esperan esta semana un montón de informes nuevos.

—Envíalos al infierno. Tómate la mañana libre. Ve a la biblioteca central. Si no consigues la información allí, ve a la sede del tribunal del condado y examina los registros tributarios de los años pasados. Búscalos hasta que lo encuentres.

—¿El qué?

Paine encendió un cigarrillo con aire pensativo.

—Alguna mención de un lugar llamado Macon Heights. Sé que he oído ese nombre antes. Hace años. ¿Te has hecho ya una idea? Echa un vistazo a los atlas antiguos, a periódicos atrasados de la hemeroteca, revistas viejas, informes, planes urbanísticos, propuestas a la legislación del estado.

Laura se sentó lentamente en el brazo del sofá.

—¿Estás bromeando?

—No.

—¿He de hurgar mucho en el pasado?

—Unos diez años..., si es necesario.

—¡Santo Dios! Tendría que...

—No salgas hasta encontrarlo. —Paine se levantó con brusquedad—. Hasta luego.

—¿Te marchas así, por las buenas? ¿No me llevarás a cenar?

—Lo siento. —Paine se encaminó hacia la puerta—. Estaré muy ocupado. Ocupadísimo.

—¿En qué?

—En visitar Macon Heights.

Por la ventanilla del tren divisó campos interminables, interrumpidos de vez en cuando por alguna granja. Los postes telefónicos se alzaban hacia el cielo del anochecer.

Paine consultó su reloj. Ya faltaba poco. El tren atravesó una ciudad pequeña. Un par de gasolineras, estacionamientos a la orilla de la carretera, una tienda de televisores. Los frenos chirriaron al parar en la estación. Lewisburg. Bajaron algunos pasajeros, hombres vestidos con abrigos que llevaban bajo el brazo el periódico vespertino. Las puertas se cerraron, y el tren arrancó.

El subdirector se recostó en el asiento, inmerso en sus pensamientos. Critchet se había esfumado mientras examinaba el mapa mural. Se había esfumado por primera vez cuando Jacobson le enseñó la lista de horarios..., cuando le habían demostrado que no existía ningún lugar llamado Macon Heights. ¿Sería una pista? Todo el asunto era inverosímil, como un sueño.

Paine miró por la ventana. Estaba a punto de llegar..., si existía un lugar así. Los campos de color pardo se extendían hasta perderse de vista. Colinas y campos uniformes. Postes telefónicos. Coches que corrían por la autopista estatal, ínfimas motas negras que se precipitaban hacia el crepúsculo.

Pero ni rastro de Macon Heights. El tren prosiguió su camino con gran estrépito. Paine consultó su reloj. Habían pasado cincuenta y un minutos. Y no había visto nada. Nada, excepto campos.

Recorrió el vagón y se sentó al lado del revisor, un hombre ya mayor, de cabello blanco.

—¿Ha oído hablar de un lugar llamado Macon Heights? —preguntó Paine.

—No, señor.

Paine le mostró sus credenciales.

—¿Está seguro de no haber oído nunca ese nombre?

—Por completo, señor Paine.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo este trayecto?

—Once años, señor Paine.

Paine continuó hasta la próxima parada, Jacksonville. Bajó y transbordó a un tren B que regresaba a la ciudad. El sol se había puesto. El cielo estaba casi negro. Le costó distinguir el paisaje que se extendía al otro lado de la ventana.

Se puso en tensión y contuvo el aliento. Faltaba un minuto. Cuarenta segundos. ¿Habría algo? Campos llanos. Solitarios postes telefónicos. Un paisaje árido y yermo entre las ciudades.

¿Entre? El tren avanzaba con estruendo en la oscuridad. Paine forzó la vista. ¿Había algo allí afuera? ¿Algo entre los campos?

Una masa alargada de humo transparente se extendía sobre los campos. Una masa homogénea, que mediría un kilómetro y medio de largo. ¿Qué era? ¿El humo de la locomotora? Pero la locomotora era diésel. ¿De un camión que transitaba por la autopista? ¿Matorrales quemados? En los campos no se observaba nada similar.

De repente, el tren empezó a perder velocidad. Paine se puso en guardia al instante. El tren estaba frenando, iba a detenerse. Los frenos chirriaron, los vagones oscilaron de un lado a otro. Después, silencio.

Un hombre alto, sentado al otro lado del pasillo y cubierto con un abrigo ligero, se levantó, se puso el sombrero y avanzó con rapidez hacia la puerta. Saltó a tierra. Paine le miró, fascinado. El hombre se alejó a buen paso del tren, caminando por los campos oscurecidos. Se dirigió sin la menor vacilación hacia un banco de neblina gris.

El hombre se elevó. Andaba a unos treinta centímetros sobre la tierra. Giró a la derecha. Se elevó de nuevo, y entonces..., estaba a unos noventa centímetros del suelo. Caminó paralelamente a la tierra durante un momento, alejándose todavía del tren. Después desapareció en el banco de niebla. Se había esfumado.

Paine corrió por el pasillo, pero el tren había empezado a acelerar. Los campos pasaban ante la ventana a toda velocidad. Paine localizó al revisor, un joven de rostro lleno, apoyado contra la pared del vagón.

—¡Escuche! —gritó Paine—, ¿cuál era esa parada?

—¿Perdón, señor?

—¡Esa parada! ¿Cuál era?

—Siempre paramos ahí.

El revisor introdujo la mano en su chaqueta y sacó con parsimonia un puñado de folletos de horarios. Los examinó y le pasó uno a Paine.

—El B siempre se detiene en Macon Heights. ¿No lo sabía?

—¡No!

—Lo pone en el folleto. —El joven se concentró de nuevo en su revista de aventuras—. Siempre para ahí. Siempre lo ha hecho. Y siempre lo hará.

Paine abrió el folleto. Era cierto. Macon Heights constaba entre Jacksonville y Lewisburg. A cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad, exactamente.

La nube de neblina gris. La enorme nube que ganaba forma a cada momento. Como si algo cobrara vida. De hecho, algo estaba cobrando vida.

¡Macon Heights!

A la mañana siguiente, localizó a Laura en su casa. Estaba sentada ante la mesita de café, vestida con un jersey rosa pálido y pantalones negros. En la mesa había un montón de notas, papel, goma de borrar y un vaso de leche malteada.

—¿Cómo te fue? —preguntó Paine.

—De primera. Tengo la información que querías.

—¿Cuál es la historia?

—Encontré mucho material. —Dio una palmada a la pila de notas—. He resumido lo más interesante.

—Adelante con ese resumen.

—Este agosto hará siete años que la junta de supervisores del estado votó la creación de tres nuevas zonas residenciales, que se instalarían fuera de la ciudad. Macon Heights era una de ellas. Se produjo un acalorado debate. La mayoría de los comerciantes de la ciudad se oponían a las nuevas zonas. Sostenían que llevarían muchos comercios al por menor fuera de la ciudad.

—Sigue.

—Hubo una larga discusión. Por fin, se aprobaron dos de las tres zonas. Waterville y Cedar Groves, pero no Macon Heights.

—Entiendo —murmuró Paine, pensativo.

—Macon Heights fue rechazada. Se alcanzó un compromiso: dos zonas en lugar de tres. Las dos zonas se empezaron a construir en seguida, ya lo sabes. Pasamos por Waterville una tarde; un lugar pequeño y encantador.

—Pero no Macon Heights.

—No. Macon Heights fue rechazada.

Paine se acarició el mentón.

—Así que ésa es la historia.

—Ésa es la historia. ¿Te das cuenta de que he perdido la paga de medio día por culpa de esto? Has de invitarme a salir esta noche. Quizá debería buscarme otro novio. Empiezo a pensar que no eres tan buen partido como me imaginaba.

Paine asintió con la cabeza, absorto en sus pensamientos.

—Hace siete años. —De pronto, un pensamiento acudió a su mente—. ¡La votación! ¿Por cuánto perdió Macon Heights?

Laura consultó sus notas.

—El proyecto fue derrotado por un solo voto.

—Un solo voto. Hace siete años. —Paine salió al recibidor—. Gracias, cariño. Las piezas empiezan a encajar. ¡Encajan de maravilla!

Tomó un taxi nada más salir. El taxi le condujo a la estación ferroviaria. Por la ventanilla veía desfilar letreros y calles. Gente, tiendas y coches.

Su presentimiento era correcto. Había oído antes el nombre. Siete años atrás. Un encarnizado debate sobre una zona residencial situada en las afueras. Dos ciudades aprobadas; una, rechazada y olvidada.

Pero entonces, la ciudad olvidada estaba cobrando vida..., siete años después. La ciudad, y con ella un fragmento indeterminado de realidad. ¿Por qué? ¿Había cambiado algo en el pasado? ¿Se había producido alguna alteración en un continuo temporal? Podía ser la explicación. El resultado de la votación fue muy apretado. Macon Heights casi logró la aprobación. Tal vez, ciertas partes del pasado eran inestables. Tal vez, aquel período en particular, siete años atrás, había sido crítico. Tal vez, nunca había terminado de cuajar. Una idea extraña: un pasado que cambia después de haber sucedido.

De pronto, los ojos de Paine se concentraron en un punto concreto. Se irguió con rapidez. En la acera opuesta, a mitad de la manzana, vio el letrero de un comercio sobre un establecimiento pequeño y discreto. Paine forzó la vista cuando el taxi pasó por delante.

SEGUROS BRADSHAW
(O)
NOTARIO PÚBLICO

Recordó. La empresa de Critchet. ¿También aparecía y desaparecía? ¿Había estado siempre en el mismo sitio? Algo de su aspecto externo le intranquilizó.

—Dese prisa —urgió Paine al chófer—. Acelere.

Cuando el tren se detuvo en Macon Heights, Paine se levantó al instante y corrió hacia la puerta. Las ruedas chirriantes se inmovilizaron, y Paine saltó al apartadero de grava caliente. Paseó la vista a su alrededor.

Macon Heights centelleaba y resplandecía a la luz del atardecer. Sus pulcras hileras de casas se extendían en todas direcciones. La marquesina de un teatro se erguía en el centro de la ciudad.

Un teatro, al menos. Paine atravesó la vía y se encaminó hacia la ciudad. Al otro lado de la estación había un aparcamiento. Lo cruzó y siguió un sendero que dejaba atrás una gasolinera y desembocaba en una acera.

Se hallaba en la calle principal de la ciudad. Una doble fila de comercios se extendía frente a él. Una ferretería. Dos *drugstores*. Un bazar. Unos grandes almacenes.

Paine paseaba con las manos en los bolsillos, admirando Macon Heights. Un edificio de apartamentos. Un conserje sacaba brillo a los peldaños de la puerta principal. Todo parecía nuevo y moderno. Las casas, las tiendas, el pavimento y las aceras. Los parquímetros. Un policía de uniforme marrón estaba multando a un coche. Árboles, separados a intervalos y podados con gusto.

Pasó frente a un gran supermercado. Había un canasto de frutas delante, con naranjas y uvas. Tomó un grano de uva y lo mordió.

La uva era auténtica, de acuerdo. Una enorme uva negra de la variedad Concord, dulce y madura. Sin embargo, veinticuatro horas antes sólo había allí un campo yermo.

Paine entró en un *drugstore*. Ojeó algunas revistas y se sentó en la barra. Pidió una taza de café a la pequeña camarera de mejillas sonrosadas.

—Esta ciudad es muy bonita —dijo Paine cuando la chica le trajo el café.

—Sí que lo es.

—¿Cuánto...? —Paine vaciló—. ¿Desde cuándo trabaja aquí?

—Llevo tres meses.

—¿Tres meses? —Paine examinó a la pequeña rubia de curvas generosas—. ¿Vive en Macon Heights?

—¡Oh, sí!

—¿Hace mucho?

—Un par de años, más o menos.

Se alejó para atender a un joven soldado que había ocupado un taburete frente a la barra.

Paine bebió su café y fumó mientras observaba a la gente que pasaba por la calle. Era gente corriente. Hombres y mujeres, sobre todo mujeres. Algunas llevaban bolsas y carritos de la compra. Los automóviles circulaban a escasa velocidad en ambas direcciones. Una tímida ciudad suburbana. Moderna, clase media alta. Una ciudad con clase. Allí no había barriadas obreras. Casas pequeñas y bonitas. Tiendas con pequeños jardines inclinados en la parte delantera y letreros de neón.

Unos chicos de la escuela superior entraron como una tromba en el *drugstore*, riendo y dándose palmadas. Dos muchachas con jerséis de colores brillantes se sentaron al lado de Paine y pidieron zumos. Charlaban alegremente; captó retazos de su conversación.

Las miró, reflexionando con aire sombrío. Eran auténticas, de acuerdo. Lápiz de labios y uñas rojas. Jerséis y libros de texto. Cientos de adolescentes que salían de la escuela superior y se apelotonaban en el *drugstore*.

Paine se frotó la frente, cansado. No parecía posible. Tal vez estaba loco. La ciudad era real, completamente real. Debía haber existido siempre. Toda una ciudad no podía surgir de la nada, de una nube de neblina gris. Cinco mil personas, casas, calles y tiendas.

Tiendas. Seguros Bradshaw.

De pronto, lo comprendió todo. Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza. Se estaba extendiendo. Más allá de Macon Heights. Hasta el corazón de la ciudad. La ciudad también estaba cambiando. Seguros Bradshaw. La empresa de Critchet.

Macon Heights no podía existir sin alterar la ciudad; se complementaban. Los cinco mil habitantes provenían de la ciudad. Sus trabajos. Sus vidas. La ciudad estaba implicada hasta las últimas consecuencias.

Pero ¿hasta qué punto? ¿Cuánto estaba cambiando la ciudad?

Paine tiró una moneda de veinticinco centavos sobre la barra y salió corriendo del *drugstore* en dirección a la estación de tren. Tenía que volver a la ciudad. Laura, el cambio. ¿Seguiría ella allí? ¿Se encontraba él a salvo?

El miedo le atenazó. Laura, todas sus propiedades, sus planes, esperanzas y sueños. De pronto, Macon Heights dejó de tener importancia. Su mundo se hallaba en la cuerda floja. Sólo le importaba una cosa: asegurarse de que su vida no se había alterado, preservada de los incesantes cambios que emanaban de Macon Heights.

—¿Adónde vamos, tío? —preguntó el conductor del taxi cuando Paine salió a toda velocidad de la estación.

Paine le dio la dirección de la casa de Laura. El coche se adentró en el tráfico. Paine se acomodó, nervioso. Las calles y los edificios de oficinas pasaban ante la ventanilla. Los oficinistas empezaban a salir de sus trabajos, invadían las aceras y formaban corrillos en las esquinas.

¿Cuánto había cambiado? Se concentró en las hileras de edificios. Los grandes almacenes. ¿Estaban antes allí? La diminuta tienda del limpiabotas, al lado. Nunca había reparado en ella.

MUEBLES NORRIS.

No se acordaba de eso, pero tampoco estaba seguro. Se sentía confuso. ¿Cómo saberlo?

El coche le dejó frente a los apartamentos. Paine se quedó inmóvil un momento, mirando a su alrededor. Al final de la manzana, el propietario de la charcutería italiana había salido para subir el toldo. ¿Se había fijado antes en esa charcutería?

No se acordaba.

¿Qué le había ocurrido a la gran carnicería de enfrente? Sólo había hermosas casitas; casitas antiguas, con aspecto de llevar allí mucho tiempo. ¿Había existido antes una carnicería? Las casas parecían sólidas.

En la siguiente manzana brillaba la enseña a rayas de una barbería. ¿Había existido siempre una barbería en ese lugar?

Tal vez siempre había estado allí. Tal vez sí y tal vez no. Todo estaba cambiando. Nuevas cosas cobraban vida, otras desaparecían. El pasado sufría alteraciones, y la memoria estaba ligada al pasado. ¿Cómo iba a confiar en su

memoria? ¿Cómo podía estar seguro?

El terror se apoderó de él. Laura. Su mundo...

Paine subió corriendo los escalones y abrió de un empujón la puerta del edificio. Subió por la escalera alfombrada hasta el segundo piso. La puerta del piso no estaba cerrada con llave. Aplicó el hombro a la hoja y entró, con el corazón en un puño, rezando en silencio.

La sala de estar se hallaba a oscuras, silenciosa. Las cortinas estaban medio corridas. Paseó la mirada a su alrededor, angustiado. El alegre sofá azul, revistas apiladas sobre sus brazos. La mesita baja de roble claro. El televisor. Pero la sala estaba vacía.

—¡Laura! —exclamó con voz estrangulada.

Laura salió al instante de la cocina, sobresaltada.

—¡Bob! ¿Qué haces en casa? ¿Sucede algo?

Paine se tranquilizó y exhaló un suspiro.

—¡Hola, cariño! —La besó, estrechándola contra su cuerpo. La sintió cálida y firme, completamente real—. No, no pasa nada. Todo va bien.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Paine se quitó el abrigo, tembloroso, y lo dejó sobre el respaldo del sofá. Paseó por la sala; examinaba los objetos, recobraba la confianza. Su familiar sofá azul, quemaduras de cigarrillos en los brazos. Su raído escabel. El escritorio en el que trabajaba por las noches. Las cañas de pescar apoyadas contra la pared, detrás de la librería.

El gran televisor que había comprado el mes pasado; también se había salvado.

Todas sus pertenencias estaban a salvo. Intactas. Ilesas.

—La cena no estará preparada hasta dentro de media hora —murmuró Laura ansiosamente, desanudándose el delantal—. No esperaba que llegaras tan pronto. Me he pasado todo el día limpiando la cocina. Un vendedor me dejó una muestra de un nuevo limpiador.

—Estupendo. —Examinó su grabado favorito de Renoir, colgado en la pared—. No te des prisa. Es estupendo volver a ver todo esto. Yo...

Se oyó un sollozo en el dormitorio. Laura se volvió al instante.

—Me parece que hemos despertado a Jimmy.

—¿Jimmy?

—Cariño, ¿ya no te acuerdas de nuestro hijo? —rio Laura.

—Por supuesto —murmuró Paine, molesto. Siguió a Laura hacia el dormitorio—. Por un momento, todo me ha parecido extraño. —Se frotó la frente y frunció el ceño—. Extraño y desconocido, como desenfocado.

Se quedaron de pie junto a la cuna, contemplando al niño. Jimmy miró a sus padres.

—Será culpa del sol —dijo Laura—. Hoy ha hecho un calor terrible.

—Será eso. Ahora estoy muy bien. —Paine acarició al niño. Rodeó con el brazo a su esposa y la atrajo junto a él—. Habrá sido culpa del sol —dijo.

La miró a los ojos y sonrió.

Introducción

Título del relato y del guion: *El planeta imposible* (*The Impossible Planet*)

David Farr es un guionista y director de teatro y cine conocido por la serie televisiva *The Night Manager*, para la que escribió el guion, y el largometraje *En compañía de extraños*, que escribió y dirigió. Farr también escribió el guion del largometraje *Hanna*, de 2011, que actualmente se está desarrollando como serie de televisión.

El planeta imposible es una historia muy corta. Tiene pocas páginas y realmente no es más que una idea muy simple. Pero cuando lo leí me enamoré de la propuesta: dos tipos corrientes galácticos creen que pueden sacar partido de una anciana MUY anciana llevándola en un paseo en una nave espacial a ninguna parte. Pero ¿quién está engañando a quién?

Uno de los grandes talentos de Philip K. Dick es que incluso sus historias más sencillas evocan temas intemporales. En *El planeta imposible* habla de la pérdida, del pasado, de los recuerdos y de nuestro terror al hecho de que la vida en la Tierra sea efímera y probablemente tenga un final. Cuestiona lo que es ser humano, e incluye un robot que puede ser más leal emocionalmente que cualquiera de sus protagonistas mortales. Al hacerlo, uno se pregunta qué es tener un alma.

En el fondo, la historia es un cuento moral. Cuando lo adapté, añadí un elemento extrañamente romántico que no está realmente en la historia, sino que simplemente me saltó a la cabeza. Es el placer de la adaptación.

Es como escarbar en el original en busca de lo que es inherente pero no siempre se expresa. En este caso es el amor perdido, el paraíso perdido, y la posibilidad de que se pueda recuperar.

Para ser un relato tan superficial, *El planeta imposible* está impregnado de una extraña sensación de pérdida y de nostalgia por muchas cosas, y sobre todo por una Tierra que ya no existe.

¿O sí?

DAVID FARR

El planeta imposible

—Sigue plantada ahí afuera —dijo Norton, nervioso—. Tendrá que hablar con ella, capitán.

—¿Qué quiere?

—Quiere un billete. Es sorda como una tapia. Está inmóvil, con la mirada fija, y no quiere marcharse. Me produce escalofríos.

El capitán Andrews se puso lentamente en pie.

—Muy bien, hablaré con ella. Hágala pasar.

—Gracias. —Norton se asomó al pasillo—. El capitán hablará con usted. Entre.

Hubo un movimiento fuera de la sala de control. Un destello metálico. El capitán Andrews empujó hacia atrás el ordenador del escritorio y esperó.

Una anciana pequeña y arrugada caminaba detrás de Norton. A su lado se movía un reluciente e imponente robocriado que la sujetaba por el brazo. El robot y la diminuta mujer entraron en la sala de control.

—Éstos son sus documentos. —Norton depositó un folio sobre la mesa de planos. Su voz delataba temor—. Tiene trescientos cincuenta años de edad. Uno de los mantenidos más viejos. Procede de Riga II.

Andrews examinó el documento. La mujer se hallaba de pie frente al escritorio, en silencio, mirando al frente. Sus ojos eran azul pálido, descoloridos como porcelana antigua.

—Irma Vincent Gordon —murmuró Andrews. Levantó la vista—. ¿Es correcto?

La anciana no respondió.

—Es totalmente sorda, señor —dijo el robocriado.

Andrews gruñó y devolvió su atención al folio. Irma Gordon era uno de los primeros colonizadores del sistema de Riga. Origen desconocido. Nacida probablemente en el espacio, en alguna de las viejas naves sub-C. Una

extraña sensación se apoderó de él. ¡Los siglos que había visto pasar aquella anciana! Los cambios.

—¿Quiere viajar? —preguntó al robocriado.

—Sí, señor. Ha venido desde su hogar para comprar un billete.

—¿Aguantará un viaje espacial?

—Vino desde Riga hasta aquí, Fomalhaut IX.

—¿Adónde quiere ir?

—A la Tierra, señor —respondió el robocriado.

—¡A la Tierra! —Andrews se quedó boquiabierto y lanzó un juramento —. ¿Qué quiere decir?

—Desea viajar a la Tierra, señor.

—¿Lo ve? —murmuró Norton—. Completamente loca.

Andrews se aferró al escritorio y dirigió la palabra a la anciana.

—Señora, no podemos venderle un billete a la Tierra.

—No le puede oír, señor —le recordó el robocriado.

Andrews buscó una hoja de papel y escribió en letras grandes:

NO PUEDO VENDERLE UN BILLETE A LA TIERRA

La sostuvo en alto. Los ojos de la mujer se movieron mientras examinaba las palabras. Frunció los labios.

—¿Por qué no? —dijo por fin.

Su voz era débil y seca, como hierba crujiente.

Andrews garrapateó una respuesta.

ESE LUGAR NO EXISTE

Añadió, malhumorado:

MITO · LEYENDA · NUNCA EXISTIÓ

Los ojos descoloridos de la mujer se desviaron de las palabras hacia Andrews. Su rostro no reflejaba la menor emoción. Andrews se puso nervioso. Detrás, Norton sudaba de inquietud.

—Maldición —masculló Norton—. Échela de aquí. Nos traerá mala suerte.

—Hágale comprender que la Tierra no existe —dijo Andrews al robocriado—. Se ha demostrado miles de veces. No existió jamás ese planeta madre. Todos los científicos están de acuerdo en que la vida surgió simultáneamente en todo el...

—Su deseo es viajar a la Tierra —dijo el robot sin perder la paciencia—. Tiene trescientos cincuenta años de edad y han dejado de administrarle el tratamiento de mantenimiento. Desea visitar la Tierra antes de morir.

—Pero ¡si es un mito! —estalló Andrews, incapaz de articular una palabra más.

—¿Cuánto vale? —preguntó la anciana—. ¿Cuánto vale?

—¡No puedo hacerlo! —gritó Andrews—. No existe...

—Tenemos un kilo de positivos —dijo el robot.

Andrews se apaciguó de repente.

—Mil positivos.

Palideció de estupefacción y apretó la mandíbula.

—¿Cuánto vale? —repitió la anciana—. ¿Cuánto vale?

—¿Será suficiente? —preguntó el robocriado.

Andrews tragó saliva, en silencio. De pronto, recobró la voz.

—Claro —contestó—. ¿Por qué no?

—¡Capitán! —protestó Norton—. ¿Ha perdido el juicio? ¡Usted sabe muy bien que no existe la Tierra! ¿Cómo demonios podemos...?

—Nos la llevaremos, desde luego. —Andrews se abotonó la chaquetilla lentamente, con las manos temblorosas—. La llevaremos a donde le dé la gana. Dígaselo. Nos complacerá mucho conducirla a la Tierra por mil positivos. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijo el robot—. Ha ahorrado durante muchas décadas para esto. Le entregará el kilo de positivos en seguida. Lo lleva encima.

—Escuche —dijo Norton—, le pueden caer veinte años por esto. Le quitarán el permiso y el contrato, y le...

—Cierre el pico.

Andrews giró el cuadrante del videotransmisor intersistémico. Los motores vibraron y rugieron bajo sus pies. El traqueteante transporte había salido al espacio.

—Quiero la información esencial concerniente a Centauro II —dijo Andrews en el micrófono.

—Ni siquiera lo conseguirá por mil positivos. Nadie puede conseguirlo. Han buscado la Tierra durante generaciones. Naves del Directorio rastrearon cada planeta de todo...

El videotransmisor chasqueó.

—Centauro II.

—Información catalogada.

Norton tomó a Andrews por el brazo.

—Por favor, capitán. Ni siquiera por dos kilos de positivos...

—Quiero la siguiente información —dijo Andrews en el videotransmisor—. Todos los datos que se conocen relativos al planeta Tierra, cuna legendaria de la raza humana.

—No se conoce ningún dato —respondió la voz indiferente del monitor de la biblioteca—. El tema está clasificado como metaparticular.

—¿Qué informes sin verificar, pero ampliamente difundidos, han sobrevivido?

—La mayor parte de las leyendas concernientes a la Tierra se perdieron durante el conflicto entre Centauro y Riga de 4-B33a. Lo que ha sobrevivido es fragmentario. La Tierra es descrita de diversas formas: un planeta ancho y anillado con tres lunas, un planeta pequeño y denso con una sola luna, el primer planeta de un sistema de diez planetas que giran alrededor de una enana blanca...

—¿Cuál es la leyenda más generalizada?

—El informe Morrison sobre 5-C2 1r analizaba el conjunto de las descripciones étnicas y subliminales de la legendaria Tierra. El resumen final indicaba que la Tierra se considera, por lo general, el tercer planeta de un sistema de nueve, con una sola luna. Las restantes leyendas sólo coinciden en este punto.

—Entiendo. El tercer planeta de un sistema de nueve. Con una sola luna. Andrews cortó la comunicación y la pantalla se apagó.

—¿Qué opina? —preguntó Norton.

Andrews se puso en pie al instante.

—Es probable que esa mujer conozca todas las leyendas referentes a la Tierra. —Indicó con el dedo los camarotes destinados a los pasajeros en la cubierta inferior—. Quiero obtener todas las descripciones.

—¿Por qué? ¿Qué va a hacer?

Andrews abrió la carta estelar. Recorrió el índice con un dedo y conectó el ordenador. Al cabo de un momento, el aparato escupió una tarjeta.

Andrews tomó la tarjeta y la introdujo en el robopiloto.

—El sistema de Emphor —murmuró, pensativo.

—¿Emphor? ¿Nos dirigimos allí?

—Según la carta, existen noventa sistemas cuyo tercer planeta posee una sola luna. De los noventa, Emphor es el más próximo. Ése es nuestro destino.

—No lo entiendo —protestó Norton—. Emphor es un sistema tradicionalmente comercial. Emphor III es un punto de control que ni siquiera alcanza la clase D.

—Emphor III tiene una sola luna, y es el tercero de nueve planetas —sonrió el capitán Andrews—. Es todo cuanto queremos. ¿Alguien posee más conocimientos sobre la Tierra? —Bajó la vista—. ¿Sabe ella algo más sobre la Tierra?

—Entiendo —dijo Norton—. Empiezo a hacerme una idea.

Emphor III giraba en silencio bajo ellos. Un globo de color rojo oscuro, suspendido entre nubes pálidas. Los restos coagulados de antiquísimos mares lamían su recalentada y corroída superficie. Acantilados agrietados y erosionados se erguían hacia el cielo. Las llanuras estaban desnudas de toda vegetación. Grandes pozos horadaban la superficie, innumerables llagas bostezantes.

Norton hizo una mueca de asco.

—Fíjese. ¿Existe algún tipo de vida?

El capitán Andrews frunció el ceño.

—No sabía que estuviera tan erosionado. —Se dirigió hacia el robopiloto—. Se supone que hay una pista de aterrizaje ahí abajo. Intentaré localizarla.

—¿Una pista? ¿Quiere decir que ese desierto está habitado?

—Por algunos emphoritas. Una colonia degenerada de comerciantes. —Andrews consultó la carta—. En ocasiones, naves comerciales aterrizan. Apenas se han establecido contactos con esta región desde la guerra entre Centauro y Riga.

Los pasajeros irrumpieron de repente. El reluciente robocriado y la señora Gordon entraron en la sala de control. El anciano rostro de la mujer estaba muy animado.

—¡Capitán! ¿Es eso... la Tierra?

—Sí —asintió Andrews.

El robocriado guio a la señora Gordon hasta la gran pantalla. Los rasgos de la anciana se animaron por destellos de emoción.

—Apenas puedo creer que sea la Tierra. Me parece imposible.

Norton dirigió una mirada penetrante al capitán Andrews.

—Es la Tierra —afirmó Andrews, evitando mirar a Norton—. No tardaremos en divisar la luna.

La anciana se volvió sin pronunciar una palabra.

Andrews se puso en comunicación con la pista de aterrizaje y conectó el piloto automático. El transporte se estremeció y empezó a descender, guiado por las señales de Emphor.

—Estamos aterrizando —dijo Andrews a la anciana, apoyando la mano en su hombro.

—No puede oírle, señor —le recordó el robocriado.

—Bueno, pero puede ver —gruñó Andrews.

La erosionada superficie de Emphor III subía hacia ellos a toda velocidad. La nave penetró en el cinturón de nubes, lo atravesó y voló sobre una llanura desnuda que se extendía hasta perderse de vista.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Norton a Andrews—. ¿La guerra?

—La guerra, minas y vejez. Es posible que los pozos sean cráteres producidos por bombas. Algunas de esas zanjias largas pueden ser las huellas dejadas por excavadoras. Da la impresión de que los recursos de este lugar

están agotados.

Una retorcida hilera de picos montañosos irregulares pasó bajo ellos. Se acercaron a los restos de un océano. Divisaron un inmenso mar de aguas oscuras, saturado de sal y desperdicios. Sus límites se perdían en orillas formadas por montones de escombros.

—¿Por qué es así? —preguntó la señora Gordon de repente. La duda se reflejó en sus rasgos—. ¿Por qué?

—¿A qué se refiere? —preguntó Andrews.

—No lo entiendo. —La mujer contempló la superficie que se extendía bajo sus pies, vacilante—. No debería ser de esta manera. La Tierra es verde. Verde y llena de vida. Agua azul y... —Su voz se quebró—. ¿Por qué?

Andrews tomó un trozo de papel y escribió:

LAS OPERACIONES COMERCIALES
DEVASTARON LA SUPERFICIE

La señora Gordon leyó las palabras y frunció los labios. Un espasmo sacudió su cuerpo enjuto y reseco.

—Devastada... —Su voz expresó un agudo pesar—. ¡No debería ser así! ¡No quiero que sea así!

—Le conviene un descanso —dijo el robocriado, tomándola por el brazo—. La acompañaré a sus aposentos. Hagan el favor de avisarnos en cuanto hayamos aterrizado.

—Claro.

Andrews asintió, indeciso, cuando el robot apartó a la anciana de la pantalla. La mujer se aferró a la barandilla, con el rostro deformado por el temor y el desconcierto.

—¡Algo está mal! —gimió la anciana—. ¿Por qué es así? ¿Por qué...?

El robot la sacó de la sala de control. Al cerrarse, las puertas hidráulicas de seguridad acallaron sus lamentos.

—¡Dios mío! —Andrews se relajó y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos—. Menudo escándalo ha armado.

—Estamos a punto de aterrizar —anunció Norton fríamente.

Un viento frío les azotó cuando se asomaron. El aire olía mal, áspero y acre, como a huevos podridos. La sal y la arena transportadas por el viento les hirieron en la cara.

Se hallaban a pocos kilómetros de la espesa capa marina. Oyeron su tenue y gomoso silbido. Algunas aves pasaron en silencio sobre ellos, batiendo sus enormes alas sin producir ningún ruido.

—Esta mierda de lugar me deprime —murmuró Andrews.

—Sí. Me pregunto qué estará pensando la vieja.

El reluciente robot y la anciana descendieron por la rampa. La mujer andaba con paso vacilante e inestable, aferrada al brazo metálico del robocriado. El viento frío se encarnizó en su frágil cuerpo. Se tambaleó durante un momento, y después siguió avanzando, hasta poner pie en el accidentado suelo.

Norton sacudió la cabeza.

—Tiene mal aspecto. Este aire, y el viento...

—Lo sé. —Andrews se dirigió hacia la señora Gordon y el robot—. ¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—No muy bien, señor —susurró el robot.

—Capitán —musitó la anciana.

—Dígame.

—Debe decirme la verdad. ¿De veras..., de veras estamos en la Tierra? —La anciana clavó la vista en sus labios—. ¿Me lo jura? ¿Me lo jura? —Su voz se convirtió en un chillido de terror.

—¡Es la Tierra! —exclamó Andrews, irritado—. Ya se lo he dicho antes. Por supuesto que es la Tierra.

—No parece la Tierra. —La señora Gordon aguardó ansiosamente la respuesta de Andrews, aterrorizada—. No parece la Tierra, capitán. ¿De veras es la Tierra?

—¡Sí!

La mirada de la mujer se desvió hacia el océano. Un extraño brillo iluminó su rostro fatigado y alumbró una súbita ansiedad en sus ojos.

—¿Aquello es agua? Quiero verla.

—Saque la lancha —ordenó Andrews a Norton—. Acompáñela a donde quiera.

—¿Yo? —Norton retrocedió, airado.

—Es una orden.

—De acuerdo.

Norton volvió a regañadientes a la nave. Andrews encendió un cigarrillo, malhumorado, y esperó. Al cabo de pocos minutos, la lancha salió de la nave y se deslizó sobre la ceniza hacia ellos.

—Enséñele lo que quiera —indicó Andrews al robocriado—. Norton conducirá.

—Gracias, señor —respondió el robot—. Ella se lo agradecerá mucho. Ha deseado durante toda su vida pisar la Tierra. Se acuerda de lo que su abuelo le contaba sobre este planeta. Cree que su abuelo vino de la Tierra, hace mucho tiempo. Es muy vieja. Es el último miembro vivo de su familia.

—Pero la Tierra no es más que... —Andrews se contuvo—. Quiero decir...

—Sí, señor, pero ella es muy vieja, y ha esperado muchos años.

El robot se volvió hacia la anciana y la condujo hacia la lancha. Andrews los observó con semblante sombrío, acariciándose el mentón y frunciendo el ceño.

—Vamos —dijo Norton desde el interior de la lancha.

Abrió la escotilla y el robocriado ayudó a la anciana a entrar. La escotilla se cerró a sus espaldas.

Un momento después, la lancha se deslizó sobre la llanura salada en dirección al desagradable y ondulado océano.

Norton y el capitán Andrews paseaban sin descanso por la orilla. El cielo estaba oscureciendo. Ráfagas de sal azotaban sus rostros. Las tierras bajas, inundadas por la marea, hedían en la penumbra de la noche. A lo lejos, el contorno de unas colinas se difuminaba en el silencio y la niebla.

—Sigue —dijo Andrews—. ¿Qué pasó después?

—Eso es todo. La mujer salió de la lancha, acompañada del robot. Yo me quedé dentro. Estuvieron mirando el océano. Al cabo de un rato, la vieja envió al robot de vuelta a la lancha.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que quería estar a solas un tiempo. Permaneció inmóvil en la orilla, mirando el agua. Se levantó viento. De repente, se acuclilló y se hundió en la ceniza salada.

—¿Y entonces?

—Mientras yo me recobraba de la impresión, el robot corrió a recogerla. Se irguió durante un segundo y avanzó hacia el agua. Salté de la lancha, gritando. El robot se internó en el agua y desapareció. Se hundió en el barro y la mierda. Se desvaneció. —Norton se estremeció—. Con el cuerpo de la mujer.

Andrews tiró el cigarrillo con furia. El cigarrillo rodó sobre la playa, todavía encendido.

—¿Algo más?

—Nada. Todo ocurrió en un segundo. Ella estaba parada, mirando el agua. De súbito, tembló..., como una rama muerta. Y entonces se esfumó. El robocriado saltó de la lancha y se hundió con ella en el agua antes de que me diera cuenta de lo que pasaba.

El cielo estaba casi oscuro. Enormes nubes se desplazaban bajo las tenues estrellas. Nubes de insalubres emanaciones nocturnas y partículas de desperdicios. Una bandada de aves enormes surcó el horizonte en silencio.

La luna se recortaba contra las quebradas colinas. Un globo enfermizo y desolado, teñido de un pálido color amarillo, como de pergamino antiguo.

—Volvamos a la nave —dijo Andrews—. No me gusta este lugar.

—No consigo comprender qué ha ocurrido. La vieja...

Andrews sacudió la cabeza.

—El viento. Toxinas radiactivas. Lo verifiqué con Centauro II. La guerra devastó todo el sistema. Convirtió el planeta en un pecio venenoso.

—Entonces, no tendremos que...

—No, no nos considerarán responsables. —Caminaron durante un rato en silencio—. No tendremos que dar ninguna explicación. Está muy claro. Cualquiera que venga aquí, en especial una persona de avanzada edad...

—Sólo que nadie desea venir aquí —comentó Norton con amargura—, en especial una persona de avanzada edad.

Andrews no contestó. Andaba con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos. Norton le seguía en silencio. Sobre sus cabezas, la luna dejó atrás la niebla y penetró en una extensión de cielo despejada, brillando con mayor fuerza.

—Por cierto —dijo Norton, con voz fría y distante—, éste es el último viaje que hago con usted. Rellené una petición formal mientras estaba en la nave.

—¡Oh!

—Pensé que debía decírselo. En cuanto a mi parte del kilo de positivos, puede quedársela.

Andrews se ruborizó, aceleró el paso y dejó atrás a Norton. La muerte de la anciana le había trastocado. Encendió otro cigarrillo y lo tiró al cabo de pocos momentos.

Maldita sea... La culpa no era suya. Era una vieja. Trescientos cincuenta años. Sorda y senil. Una hoja marchita, arrastrada por el viento, por el viento venenoso que azotaba sin cesar la superficie devastada del planeta.

La superficie devastada. Cenizas saladas y desperdicios. La línea quebrada de colinas desmoronadas. Y el silencio. El eterno silencio. Sólo el viento y el chapoteo de las turbias aguas estancadas. Y los pájaros oscuros que surcaban el cielo.

Algo brilló a sus pies, en la ceniza salada. Reflejaba la palidez enfermiza de la luna.

Andrews se agachó y tanteó en la oscuridad. Sus dedos se cerraron sobre algo duro. Tomó el pequeño disco y lo examinó.

—¡Qué raro! —dijo.

No volvió a acordarse del disco hasta que estuvieron en el espacio, volando hacia Fomalhaut.

Se apartó del panel de control y rebuscó en sus bolsillos.

El disco estaba desgastado. Era muy fino. Y terriblemente antiguo. Andrews lo frotó y escupió sobre su superficie hasta que estuvo lo bastante limpio como para examinarlo. Un grabado borroso, y nada más. Le dio la vuelta. ¿Una ficha? ¿Una arandela? ¿Una moneda?

En el reverso había unas pocas letras, carentes de sentido, en algún idioma antiguo y olvidado. Sostuvo el disco a la luz hasta que descifró las letras:

E PLURIBUS UNUM

Se encogió de hombros, tiró el fragmento de metal antiguo a la unidad eliminadora de residuos y devolvió su atención a la carta estelar, a su hogar...

Introducción

Título del relato: *El ahorcado*

Título del guion: *Kill All Others*

Dee Rees es una guionista y directora norteamericana conocida por sus largometrajes *Pariah*, *Bessie* y *Mudbound*. Netflix eligió esta última película en el Festival de Cine de Sundance de 2017 para proyectarla en su cadena.

«Volvían a casa, con la mente en blanco.»

Ésta es la frase que destaca en la narración retorcida de *El ahorcado* y es la brillante y singular frase que me enganchó para abordar esta historia. Ed Loyce nos lleva a través de una pesadilla de inconsciencia colectiva; es el último hombre «racional» en un mundo irracional y hay una perversidad casi deliciosa en el hecho de que sea él quien se sienta loco. En este relato, los horrores suceden a la luz del día y los monstruos se esconden a plena vista. Aquí, el espectro es literal y físico: un cuerpo que cuelga en la plaza. Pero lo principal que Philip K. Dick ilustra es que, en la vida real, el espectro puede ser mucho más siniestro e insidioso. Podrían ser palabras, podría ser una actitud, podría ser una idea. Y el olvido es el verdadero alienígena que destruye... «Volvían a casa, con la mente en blanco.»

A medida que Ed Loyce cuestiona más y más su cordura, nosotros como lectores empezamos a cuestionar su fiabilidad como testigo. ¿Realmente está viendo lo que está viendo? ¿Está exagerando con algo que en realidad es fácil de explicar? Tal vez la situación no es tan mala como parece, después de todo. La paranoia retuerce el relato y al propio Ed, y al final somos un poco más conscientes de lo que no vemos.

En una sociedad en la que dependemos de expertos, analistas y diversas formas de medios sociales para formar nuestras respuestas y decirnos lo que debemos sentir y pensar, los virus gemelos de la complacencia y la apatía se

introducen en nuestra psique. Nos están adormeciendo. Las «fuerzas alienígenas» que vienen a invadir nuestras mentes son nuestra propia creación.

Adapté este relato para crear el guion de *Kill All Others* durante la etapa final de la campaña presidencial de 2016. Había un patriotismo ciego que no dejaba de cantar himnos. Hubo una declaración clara de muchas ideas peligrosas, a las que se dio pábulo y a las que se les permitió propagarse. Hubo muchos debates sobre el «literalidad vs. hipérbole». También hubo muchos debates sobre la libertad de expresión; y hubo muchos debates sobre el nacionalismo. Esto no está sucediendo de verdad, decían. Lo que estás viendo no es lo que realmente ves, decían. Lo que estás oyendo no es realmente lo que quieren decir, decían. Hubo muchos debates sobre lo que no era correcto. No lo vimos.

Algo colgaba de la farola. Era un cuerpo. Un cuerpo humano.

DEE REES

El ahorcado

A las cinco en punto, Ed Loyce se lavó, se puso el sombrero y la chaqueta, sacó el coche y atravesó la ciudad en dirección a su tienda de televisores. Estaba cansado. Le dolían la espalda y los hombros de excavar tierra del sótano y transportarla al patio trasero. De todos modos, para ser un hombre de cuarenta años, lo había hecho muy bien. Janet podría comprarse un nuevo jarrón con el dinero que se habían ahorrado, y le gustaba la idea de reparar personalmente los cimientos.

Estaba oscureciendo. El sol poniente proyectaba largos rayos sobre los apresurados peatones que volvían del trabajo, cansados y malhumorados; mujeres cargadas con bultos y paquetes, estudiantes de la universidad se mezclaban con funcionarios, ejecutivos y secretarias. Detuvo el Packard ante un semáforo en rojo y arrancó de nuevo. La tienda había estado abierta en su ausencia. Llegaría justo a tiempo de colaborar hasta la hora de la cena, echar un vistazo a las cuentas del día e incluso cerrar un par de ventas él mismo. Condujo a poca velocidad frente a la pequeña plaza verde situada en el centro de la calle, el parque de la ciudad. No había aparcamiento ante TELEVISORES LOYCE - SERVICIO DE VENTA Y REPARACIONES. Maldijo por lo bajo y ejecutó una maniobra en forma de «U». Volvió a pasar frente a la pequeña plaza verde, con la fuente, el banco y la farola solitarios.

Algo colgaba de la farola. Un bulto informe y oscuro, que el viento balanceaba con suavidad. Como una especie de maniquí. Loyce bajó la ventanilla y asomó la cabeza. ¿Qué demonios era aquello? ¿Algún anuncio? A veces, la Cámara de Comercio ponía anuncios en la plaza.

Dio otro giro en forma de «U». Pasó frente al parque y se concentró en el bulto oscuro. No era un maniquí. Y de ser un anuncio, era muy raro. Se le erizó el vello de la nuca y tragó saliva. El sudor le cubrió manos y rostro.

Era un cuerpo. Un cuerpo humano.

—¡Fijaos! —gritó Loyce—. ¡Salid!

Don Fergusson salió con parsimonia de la tienda mientras se abotonaba su chaqueta a rayas con dignidad.

—Tengo un buen negocio entre manos, Bill. No puedo dejar al tipo plantado ahí.

—¿Lo ves? —Ed extendió el dedo hacia la creciente oscuridad. La farola se recortaba contra el cielo; el poste y el bulto que se mecía—. Allí está. ¿Cuánto tiempo llevará ahí? —Alzó la voz, nervioso—. ¿Es que la gente se ha vuelto ciega? Pasan de largo como si tal cosa.

Don Fergusson encendió un cigarrillo con calma.

—Tranquilo, muchacho. Tiene que existir un buen motivo para que esté ahí.

—¡Un motivo! ¿Qué clase de motivo?

Fergusson se encogió de hombros.

—Como aquella vez que el Consejo de Seguridad Vial puso el Buick destrozado. Una especie de alegato cívico. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Jack Potter salió de la zapatería y se reunió con ellos.

—¿Qué ocurre, muchachos?

—Hay un cuerpo colgado de la farola —dijo Loyce—. Voy a llamar a la policía.

—Ya se habrán enterado —dijo Potter—, de lo contrario no seguiría ahí.

—Tengo que volver. —Fergusson se encaminó hacia la tienda—. Los negocios antes que el placer.

Loyce empezó a ponerse histérico.

—¿Lo ves? ¿Lo ves ahí, colgado? ¡Es el cuerpo de un hombre! ¡De un hombre muerto!

—Claro, Ed. Lo he visto esta tarde cuando he salido a tomar un café.

—¿Quieres decir que lleva ahí toda la tarde?

—¡Claro! ¿Qué tiene de malo? —Potter consultó su reloj—. Tengo que darme prisa. Hasta luego, Ed.

Potter se alejó por la acera y se perdió entre los demás peatones. Hombres y mujeres que paseaban ante el parque. Algunos lanzaban una mirada de curiosidad al bulto oscuro... y seguían su camino. Nadie se paraba. Nadie le prestaba atención.

—Voy a volverme loco —susurró Loyce.

Avanzó hacia el bordillo y cruzó la calle sin respetar el semáforo. Airados bocinazos saludaron su paso. Por fin, llegó a la pequeña plaza verde.

Era un hombre de mediana edad. Vestía un traje gris roto y manchado de barro seco. Un forastero. Loyce no le había visto nunca. No era de la ciudad. Tenía la cara un poco ladeada, y giraba lenta, silenciosamente, mecido por el viento de la noche. Tenía cortes y heridas en la piel. Rojas hendiduras, marcas profundas de sangre coagulada. Unas gafas con montura de acero colgaban grotescamente de una oreja. Tenía los ojos saltones, la boca abierta, y de ella surgía una lengua gruesa y azulada.

—Por el amor de Dios —murmuró Loyce, mareado.

Reprimió las náuseas y volvió a la acera. Temblaba como una hoja, de asco... y miedo.

¿Por qué? ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué colgaba de la farola? ¿Qué significaba?

Y... ¿por qué nadie se inmutaba?

Tropezó con un hombrecillo que caminaba a buen paso por la acera.

—¡Mire por dónde va! —graznó el hombre—. Ah, eres tú, Ed.

Ed asintió, aturdido.

—Hola, Jenkins.

—¿Qué te pasa? —El empleado de la papelería cogió del brazo a Ed—. Pareces enfermo.

—El cuerpo. En el parque.

—Claro, Ed. —Jenkins le condujo hasta la entrada de TELEVISORES LOYCE-SERVICIO DE VENTA Y REPARACIONES—. Cálmate.

Margaret Henderson salió de la joyería y fue a su encuentro.

—¿Pasa algo?

—Ed no se encuentra bien.

Loyce se soltó con violencia.

—¿Qué hacéis ahí quietos? ¿Es que no lo veis? Por el amor de Dios...

—¿De qué está hablando? —preguntó Margaret, nerviosa.

—¡Del cuerpo! —chilló Ed—. ¡Del cuerpo que está colgado allí!

Acudió más gente.

—¿Se encuentra mal? Es Ed Loyce. ¿Estás bien, Ed?

—¡El cuerpo! —chilló Loyce, y trató de abrirse paso. Unas manos le asieron. Se soltó—. ¡Dejadme ir! ¡La policía! ¡Llamad a la policía!

—Ed...

—¡Será mejor que llamemos a un médico!

—¡Estará enfermo!

—O borracho.

Loyce luchó por abrirse paso entre la multitud. Tropezó y estuvo a punto de caer. Vio a través de una neblina filas de rostros, curiosos, preocupados, angustiados. Hombres y mujeres se paraban a mirar qué ocurría. Corrió hacia su tienda. Vio que Fergusson estaba dentro. Hablaba con un hombre y le estaba enseñando un televisor Emerson. Pete Foley, en el mostrador de reparaciones, ponía a punto un Philco nuevo. Loyce le gritó como un poseso. El rugido del tráfico y los murmullos que se alzaban a su alrededor le apagaron la voz.

—¡Haced algo! —gritó—. ¡No os quedéis ahí parados! ¡Haced algo! ¡Aquí pasa algo raro! ¡Algo va mal!

La muchedumbre abrió un respetuoso pasillo a los dos fornidos policías que avanzaban con aspecto eficiente hacia Loyce.

—¿Nombre? —murmuró el policía del bloc.

—Loyce. —Se secó la frente, cansado—. Edward C. Loyce. Escuche, allí donde...

—¿Dirección? —preguntó el policía.

El coche patrulla corría a toda velocidad, sorteando coches y autobuses. Loyce se dejó caer en el asiento, exhausto y confuso. Respiró hondo.

—Hurst Road, 1.368.

—¿Eso es en Pikeville?

—Exacto. —Loyce se incorporó con un violento esfuerzo—. Escúcheme. En la plaza, colgado de una farola...

—¿Dónde ha estado hoy? —preguntó el policía que conducía.

—¿Dónde? —repitió Loyce.

—No ha estado en su tienda, ¿verdad?

—No. —Negó con la cabeza—. No, he estado en casa. En el sótano.

—¿En el sótano?

—Arreglando los cimientos. He sacado la tierra para poner un armazón de cemento. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso con...?

—¿Había alguien con usted?

—No. Mi mujer había ido al centro. Mis hijos estaban en el colegio. — Loyce paseó la mirada de un policía al otro. Una loca esperanza resplandeció en su rostro—. ¿Quieren decir que no he comprendido la... explicación porque estaba allí abajo? ¿No lo he entendido como los demás?

—Exacto —dijo el policía del bloc, después de una pausa—. No ha comprendido la explicación.

—¿Se trata de algo oficial, pues? ¿El cuerpo... tiene que estar colgado en el parque?

—Tiene que estar colgado en el parque. Para que todo el mundo lo vea.

Ed Loyce esbozó una débil sonrisa.

—Santo Dios. Supongo que me he enfurecido. Pensaba que algo había pasado, algo relacionado con el Ku Klux Klan, por ejemplo. Algún hecho violento, perpetrado por comunistas o fascistas. —Se secó la cara con el pañuelo. Le temblaban las manos—. Me alegra saber que todo está bajo control.

—Todo está controlado.

El coche se acercaba al Palacio de Justicia. El sol se había puesto. Las calles estaban oscuras, tenebrosas. Las luces aún no se habían encendido.

—Me siento mejor —dijo Loyce—. Me he puesto muy nervioso. Creo que he montado un cirio. Ahora que ya lo he entendido, no hace falta que me lleven a la comisaría, ¿verdad?

Los dos policías guardaron silencio.

—Debo volver a mi tienda. Los chicos aún no han cenado. Estoy bien. Se acabaron los problemas. ¿Es necesario...?

—No será muy largo —le interrumpió el policía que conducía—. Un proceso breve. Cuestión de minutos.

—Espero que sea corto —murmuró Loyce. El coche frenó ante un semáforo—. Creo que he provocado un altercado. Es curioso, se le alteran a uno los nervios y...

Loyce abrió la puerta de un tirón. Se lanzó a la calle. Los coches que le rodeaban se pusieron en marcha cuando el semáforo cambió. Loyce saltó al bordillo y corrió entre la gente, camuflándose entre los numerosos peatones. A su espalda oyó gritos y pasos apresurados.

No eran policías. Se había dado cuenta en seguida. Conocía a todos los policías de Pikeville. Era imposible regentar un negocio en una ciudad pequeña durante veinticinco años y no conocer a todos los policías. No eran polis..., y no le habían dado ninguna explicación. Potter, Fergusson, Jenkins, ninguno sabía por qué estaba allí el cadáver. No lo sabían... y les daba igual. Eso era lo más extraño.

Loyce entró en una ferretería. Pasó como una flecha entre los estupefactos empleados y clientes, se coló en el almacén y salió por la puerta de atrás. Derribó un cubo de basura y bajó un tramo de escalones de cemento. Trepó a una valla y saltó al otro lado, jadeante, casi sin resuello.

No oyó nada detrás de él. Lo había conseguido.

Se encontraba en la entrada de un tenebroso callejón, sembrado de tablas, cajas y neumáticos rotos. Vio la calle que se abría al final. Una farola se encendió. Hombres y mujeres. Tiendas. Rótulos de neón. Coches.

Y a su derecha..., la comisaría de policía.

Estaba cerca, terriblemente cerca. Pasada la plataforma de carga de un colmado, se alzaba la pared de cemento del Palacio de Justicia. Ventanas enrejadas. La antena de la policía. Un alto muro de cemento que se erguía en la oscuridad. Un mal sitio para quedarse. Estaba demasiado cerca. Tenía que seguir adelante, alejarse de ellos.

¿Ellos?

Loyce avanzó con cautela por el callejón. Más allá de la comisaría estaba el ayuntamiento, la estructura amarilla de madera, latón dorado y amplios peldaños de cemento, tan pasada de moda. Vio las innumerables hileras de despachos, ventanas oscuras, los cedros y los macizos de flores que flanqueaban la entrada.

Y... algo más.

Un retazo de oscuridad, un cono de negrura más espesa que la circundante se cernía sobre el ayuntamiento. Un prisma de tinieblas que se perdía en el cielo.

Escuchó. Santo Dios, oyó algo. Algo que le impulsó frenéticamente a taparse los oídos, a cerrar su mente para desterrar el ruido. Un zumbido. Un murmullo lejano y apagado, como un gigantesco enjambre de abejas.

Loyce levantó la vista, helado de terror. La oscuridad era tan espesa que casi parecía sólida. Algo se movió en el vórtice. Formas luminosas. Cosas que descendían del cielo, se detenían un momento sobre el ayuntamiento, flotaban sobre él formando un denso enjambre y después se posaban en silencio sobre el tejado.

Formas. Figuras aladas venidas del cielo. De la masa oscura que se cernía sobre él.

Las observó.

Loyce espió durante largo rato, agazapado tras una valla inclinada sobre un charco de agua espumeante.

Estaban aterrizando. Descendían en grupos, se posaban sobre el tejado del ayuntamiento y desaparecían en el interior. Tenían alas. Como insectos gigantes. Volaban, planeaban, aterrizaban, y después se arrastraban como cangrejos, de lado, sobre el tejado y penetraban en el edificio.

Estaba horrorizado. Y fascinado. El viento frío de la noche sopló a su alrededor, y se estremeció. Estaba cansado, desconcertado. Había hombres parados en la escalinata del ayuntamiento. Grupos de hombres salían del edificio y se detenían un momento antes de continuar.

¿Habría más?

No parecía posible. Lo que descendía de la grieta negra no eran hombres, sino extraterrestres. Procedentes de otro planeta, otra dimensión. Se deslizaban por aquella rendija, aquella grieta en la cáscara del universo. Entraban por el hueco, insectos alados de otro plano.

El grupo de hombres parado en la escalinata del ayuntamiento se dispersó. Algunos se dirigieron hacia un coche que aguardaba. Otra de las formas hizo ademán de volver a entrar en el edificio. Cambió de idea y se desvió para seguir a los demás.

Loyce cerró los ojos, horrorizado. Tenía los sentidos en estado de máxima alerta. Se aferró con fuerza a la desvencijada valla. La forma, la forma de hombre, había aleteado de súbito y volado hacia los otros. Se posó sobre la acera, entre ellos.

Pseudohombres. Hombres de imitación. Insectos con la capacidad de adoptar la forma de hombres. Como otros insectos comunes en la Tierra. Coloración protectora. Mimetismo.

Loyce reaccionó. Se puso en pie lentamente. Había anochecido. La callejuela estaba totalmente a oscuras, pero quizá podían ver en la oscuridad. Quizá la oscuridad no representaba ninguna diferencia para ellos.

Abandonó el callejón con cautela y salió a la calle. Pasaban hombres y mujeres, pero pocos. Algunos grupos esperaban en la parada de bus. Un enorme autobús se arrastró por la calzada y sus faros taladraron la oscuridad.

Loyce avanzó. Se abrió camino entre los que esperaban. Cuando el autobús paró, subió y se sentó en la parte de atrás, cerca de la puerta. Un momento después, el autobús cobró vida y se puso en movimiento.

Loyce se serenó un poco. Examinó a la gente que le rodeaba. Rostros cansados, sombríos. Gente que volvía del trabajo a casa. Rostros muy vulgares. Nadie le prestó atención. Todos estaban sentados en silencio, hundidos en sus asientos, mecidos por el autobús.

El hombre que tenía a su lado desdobló un periódico. Comenzó a leer la sección de deportes, moviendo los labios al mismo tiempo. Un hombre corriente. Traje azul. Corbata. Un ejecutivo, o un vendedor. Volvía con su mujer y sus hijos.

Una joven de unos veinte años al otro lado del pasillo. Ojos y cabello oscuro, un paquete sobre el regazo. Medias y tacones. Chaqueta roja y jersey de angora. La vista fija al frente, absorta.

Un universitario con tejanos y chaqueta de cuero negra.

Una mujer de triple papada con una inmensa bolsa llena de paquetes. Su grueso rostro abrumado de cansancio.

Gente corriente. Del tipo que cada noche cogía el autobús. Volvían a casa, con sus familias. A cenar.

Volvían a casa, con la mente en blanco. Controlados, cubiertos con la máscara de un extraterrestre que había aparecido y tomado posesión de ellos, de su ciudad, de sus vidas. Él también. Sólo que no había estado en la tienda, sino encerrado en el sótano. De alguna manera, le habían pasado por alto. Su control no era perfecto, no era infalible.

Quizá había más.

Loyce alimentó cierta esperanza. No eran omnipotentes. Habían cometido un error, no le habían controlado. Su red de control no había caído sobre él. Había salido del sótano tal como había entrado. Por lo visto, su zona de influencia era limitada.

Unos pocos asientos más adelante, un hombre le observaba. Loyce interrumpió sus pensamientos. Un hombre delgado, de cabello oscuro, con un pequeño bigote. Bien vestido, traje marrón y zapatos relucientes. Un libro entre las manos. Miraba a Loyce, le escrutaba. Apartó la vista al instante.

Loyce se puso tenso. ¿Uno de ellos? ¿Otro pasado por alto? El hombre volvió a mirarle. Pequeños ojos oscuros, vivos e inteligentes. Astuto. Un hombre demasiado astuto para ellos..., o una de aquellas cosas, un insecto extraterrestre.

El autobús se detuvo. Un anciano subió lentamente y dejó caer una ficha en la ranura. Avanzó por el pasillo y se sentó frente a Loyce.

El anciano captó la mirada del otro hombre. Durante una fracción de segundo, una corriente se estableció entre ambos.

Una mirada llena de significado.

Loyce se levantó. El autobús proseguía su camino. Corrió hacia la puerta. Bajó un peldaño. Tiró de la palanca de emergencia. La puerta se abrió.

—¡Oiga! —gritó el conductor, al tiempo que frenaba—. ¿Qué diablos...?

Loyce paseó la mirada a su alrededor. El autobús aminoró la velocidad. Casas por todos lados. Un distrito residencial, jardines y altos edificios de apartamentos. El hombre de ojos vivos se había levantado. El anciano también. Le perseguían.

Loyce saltó. Se estrelló sobre el pavimento con una fuerza terrible y fue a parar contra el bordillo. Experimentó dolor en todo el cuerpo. Dolor y una inmensa oleada de negrura. La rechazó, desesperado. Consiguió ponerse de

rodillas, pero volvió a caer. El autobús se había detenido. La gente estaba bajando.

Loyce tanteó a su alrededor. Sus dedos se cerraron sobre algo. Una piedra, tirada en la cuneta. Se puso en pie y gimió de dolor. Una forma se cernió sobre él. Un hombre. El hombre de ojos vivos, el del libro.

Loyce le propinó una patada. El hombre gruñó y cayó. Loyce levantó la piedra. El hombre chilló y trató de rodar lejos de su alcance.

—¡Alto! ¡Escuche, por el amor de Dios...!

Loyce golpeó de nuevo. Un espantoso crujido. La voz del hombre enmudeció y se convirtió en un quejido. Loyce retrocedió. Los otros le rodeaban. Corrió por la acera hacia un camino particular. Nadie le siguió. Se habían parado y estaban agachados sobre el cuerpo inerte del hombre del libro, el hombre de ojos vivos que le había perseguido.

¿Había cometido un error?

Era demasiado tarde para preocuparse por eso. Tenía que escapar, alejarse de ellos. Salir de Pikeville, dejar atrás el vórtice de oscuridad, la grieta que comunicaba su mundo con el de ellos.

—¡Ed! —Janet Loyce retrocedió, nerviosa—. ¿Qué pasa? ¿Qué...? Ed Loyce cerró la puerta a su espalda y entró en la sala de estar.

—Corre las cortinas, de prisa.

Janet caminó hacia la ventana.

—Pero...

—Haz lo que digo. ¿Hay alguien más en casa?

—Nadie. Sólo los gemelos. Están arriba, en su habitación. ¿Qué ha pasado? Estás muy raro. ¿Por qué has venido a casa?

Ed cerró con llave la puerta principal. Escudriñó la casa y entró en la cocina. Del cajón que había debajo del fregadero sacó el gran cuchillo de carnicero y lo probó con un dedo. Afilado. Muy afilado.

Regresó a la sala de estar.

—Escúchame —dijo—, no me queda mucho tiempo. Saben que me he escapado y andarán en mi busca.

—¿Escapado? —El rostro de Janet expresó desconcierto y miedo a la vez—. ¿Quiénes?

—Se han apoderado de la ciudad. Han tomado el control. Lo he comprobado. Comenzaron desde arriba, el ayuntamiento y la policía. Lo que han hecho con los humanos auténticos...

—¿De qué estás hablando?

—Nos han invadido. Desde otro universo, otra dimensión. Son insectos. Miméticos. Y más. Poseen el poder de controlar las mentes. Tu mente.

—¿Mi mente?

—Están entrando por Pikeville. Se han apoderado de todo, de toda la ciudad..., excepto de mí. Nos enfrentamos a un enemigo increíblemente poderoso, pero tienen sus limitaciones. Ésa es nuestra esperanza. ¡Son limitados! ¡Pueden cometer equivocaciones!

Janet sacudió la cabeza.

—No te entiendo, Ed. Te has vuelto loco.

—¿Loco? No, ha sido un golpe de suerte. De no haber estado en el sótano, sería como todos vosotros. —Loyce miró por la ventana—. No tengo tiempo para hablar. Coge tu chaqueta.

—¿Mi chaqueta?

—Nos vamos de Pikeville. Tenemos que conseguir ayuda, luchar contra esa cosa. Derrotarles es posible. No son infalibles. Será difícil, pero lo lograremos si nos damos prisa. ¡Vamos! —La agarró del brazo con rudeza—. Coge tu chaqueta y llama a los gemelos. Nos vamos. No te molestes en hacer las maletas. No tenemos tiempo.

Su mujer, blanca como la cera, se encaminó al ropero y sacó su chaqueta.

—¿Adónde vamos?

Ed abrió el cajón del escritorio y tiró el contenido al suelo. Cogió un mapa de carreteras y lo desplegó.

—Tendrán vigilada la autopista, por supuesto, pero hay una carretera secundaria, la que va a Oak Grove. Una vez estuve allí. Está prácticamente abandonada. Quizá la pasen por alto.

—¿La vieja carretera del Rancho? Santo Dios, está clausurada. Nadie la utiliza.

—Lo sé. —Ed se guardó el mapa en la chaqueta—. Es nuestra única oportunidad. Baja a los gemelos y vámonos. El depósito de tu coche está lleno, ¿verdad?

Janet estaba perpleja.

—¿El Chevy? Lo llené ayer por la tarde. —Janet avanzó hacia la escalera—. Ed, yo...

—¡Llama a los gemelos!

Ed abrió la puerta principal y miró afuera. No se veía nada. Ni la menor señal de vida. De momento, todo iba a pedir de boca.

—Bajad —gritó Janet con voz temblorosa—. Nos..., nos vamos a dar un paseo.

—¿Ahora?

Era la voz de Tommy.

—Daos prisa —ladró Ed—. Bajad de una vez.

Tommy apareció en lo alto de la escalera.

—Estaba haciendo los deberes. Hemos empezado con los quebrados. La señorita Parker ha dicho que si no los hacemos...

—Olvídate de los quebrados. —Ed agarró a su hijo cuando bajó y le empujó hacia la puerta—. ¿Dónde está Jim?

—Ya baja.

Tommy caminó poco a poco hacia la puerta.

—¿Qué pasa, papá?

—Vamos a dar un paseo.

—¿Un paseo? ¿Dónde?

Ed se volvió hacia Janet.

—Daremos la luz y dejaremos la tele en marcha. Ve a encenderlas. —La empujó hacia el aparato—. Así pensarán que seguimos...

Oyó el zumbido. Sacó al instante el largo cuchillo de carnicero. Vio, horrorizado, que bajaba la escalera hacia él, agitando las alas. Todavía conservaba un vago parecido con Jimmy. Era pequeño. Un breve vistazo: la cosa se precipitaba hacia él, los fríos e inhumanos ojos de varias caras. Alas, el cuerpo aún cubierto con la camiseta y los tejanos, una bufa caricatura. Cuando llegó a su lado giró de forma extraña su cuerpo. ¿Qué pretendía?

Un aguijón.

Loyce lo apuñaló con violencia. La cosa retrocedió y zumbó frenéticamente. Loyce se tiró al suelo y rodó hasta la puerta. Tommy y Janet estaban inmóviles como estatuas, los rostros inexpresivos. Loyce descargó el cuchillo de nuevo. Esta vez, el arma hizo su trabajo. La cosa chilló y trastabilleó. Rebotó contra la pared y cayó al suelo.

Algo penetró en su mente. Un muro de fuerza, de energía, una mente extraterrestre que sondeaba la suya. Se quedó paralizado de repente. Aquella mente entró en contacto con la suya un instante. Una presencia extraña, abrumadora..., que se apagó cuando el ser se derrumbó sobre la alfombra.

Estaba muerto. Le dio la vuelta con el pie. Era un insecto, una especie de mosca. Camiseta amarilla, tejanos. Su hijo Jimmy... Cerró su mente con firmeza. Demasiado tarde para pensar en eso. Recogió el cuchillo y se encaminó a la puerta. Janet y Tommy continuaban petrificados.

El coche estaba fuera. Nunca lo lograría. Le estarían esperando. Quince kilómetros a pie. Quince kilómetros de terreno difícil, barrancos, campos abiertos y colinas boscosas. Tendría que irse solo.

Loyce abrió la puerta. Se volvió para mirar a su mujer y a su hijo un instante. Después, cerró la puerta de golpe y bajó corriendo los peldaños del porche.

Se internó en la oscuridad y avanzó a toda prisa hacia los límites de la ciudad.

El sol de la mañana era cegador. Loyce se detuvo, faltó de aliento, y se tambaleó. El sudor le caía sobre los ojos. La ropa se había desgarrado en los matorrales y espinos entre los cuales se había arrastrado. Quince kilómetros..., reptando toda la noche. Los zapatos estaban cubiertos de barro. Estaba herido, entumecido, completamente agotado.

Pero delante de él se extendía Oak Grove.

Respiró hondo y comenzó a bajar la colina. Tropezó y cayó dos veces, se incorporó y continuó andando. Le zumbaban los oídos. Todo era confuso. Pero lo había logrado. Había escapado de Pikeville.

Un granjero que trabajaba en el campo le vio. Una joven le observaba desde una casa, atónita. Loyce llegó a la carretera. Más adelante había una gasolinera y un bar. Un par de camiones, algunas gallinas que picoteaban la tierra, un perro atado con una correa.

El empleado vestido de blanco le miró con suspicacia cuando llegó a la gasolinera.

—Gracias a Dios. —Se apoyó en la pared—. Creí que no lo lograría. Me han seguido casi todo el rato. Oía los zumbidos. Zumbaban y revoloteaban a mi alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el empleado—. ¿Alguna desgracia? ¿Le han asaltado?

Loyce negó con la cabeza.

—Se han apoderado de toda la ciudad. El ayuntamiento y la comisaría de policía. Colgaron a un hombre de una farola. Eso fue lo primero que vi. Han bloqueado todas las carreteras. Los vi sobrevolar los coches que se acercaban. A eso de las cuatro de la madrugada logré burlarles. Lo supe en seguida. Presentí que se alejaban. Y entonces, salió el sol.

El empleado se humedeció los labios, nervioso.

—Está chiflado. Será mejor que llame a un médico.

—Lléveme a Oak Grove —jadeó Loyce. Se dejó caer sobre la gravilla—. Hemos de ponernos en acción, liquidarlos. Hemos de ponernos en acción ahora mismo.

Grabaron todo su relato. Cuando terminó, el comisario apagó la grabadora y se puso en pie. Permaneció inmóvil unos segundos, absorto en sus pensamientos. Por fin, sacó los cigarrillos y encendió uno, con el ceño fruncido.

—No me cree —dijo Loyce.

El comisario le ofreció un cigarrillo. Loyce lo apartó con impaciencia.

—Póngase cómodo. —El comisario se acercó a la ventana y contempló unos momentos la ciudad de Oak Grove—. Le creo —dijo de repente.

Loyce se derrumbó.

—Gracias a Dios.

—De modo que escapó. —El comisario sacudió la cabeza—. Estaba en el sótano, no en la tienda. Una posibilidad entre un millón.

Loyce bebió un poco del café que le habían traído.

—Tengo una teoría —murmuró.

—¿Cuál es?

—Sobre ellos; quiénes son. Se apoderan de una sola zona cada vez. Empiezan por lo principal, las autoridades más importantes. Desde allí, se expanden en círculo. Cuando su control es firme, se dirigen a la siguiente ciudad. Se esparcen con lentitud, muy poco a poco. Creo que el proceso comenzó hace mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo?

—Miles de años. No creo que sea reciente.

—¿Por qué lo dice?

—Cuando era niño... Una ilustración que nos enseñaron en la Liga Bíblica. Una ilustración religiosa, muy antigua. Los dioses enemigos, derrotados por Jehová. Moloc, Belcebú, Moab, Baalin, Astarot...

—¿Y?

—Estaban representados por figuras. —Loyce miró al comisario—. Belcebú estaba representado por... una mosca gigante.

El comisario gruñó.

—Una vieja lucha.

—Fueron derrotados. La Biblia narra sus derrotas. Ganan a veces, pero siempre acaban derrotados.

—¿Por qué?

—No pueden apoderarse de todo el mundo. Fallaron conmigo. Y nunca pudieron con los hebreos. Los hebreos difundieron el mensaje a todo el mundo. La certeza del peligro. Los dos hombres del autobús. Creo que comprendieron. Habían escapado, como yo. —Cerró los puños—. Maté a uno. Cometí una equivocación. Tenía miedo de correr el riesgo.

El comisario asintió.

—Sí, sin duda habían escapado. Como usted. Accidentes fortuitos, pero el resto de la ciudad estaba firmemente controlado. —Se apartó de la ventana—. Bien, señor Loyce. Parece que lo ha descubierto todo.

—Todo no. El hombre ahorcado. El hombre que colgaba de la farola. No lo entiendo. ¿Por qué? ¿Por qué le colgaron de manera deliberada?

—Parece sencillo. —El comisario sonrió—. Un cebo.

Loyce se puso en tensión. El corazón le dio un vuelco.

—¿Un cebo? ¿Qué quiere decir?

—Para hacerle salir. Para que se delatara. Así sabrían quién estaba bajo control... y quién había escapado.

Loyce se encogió, horrorizado.

—¡Eso quiere decir que auguraban fallos! Anticiparon... —Se interrumpió—. Habían dispuesto una trampa.

—Y usted se delató. Reaccionó. Se puso en evidencia. —El comisario avanzó de pronto hacia la puerta—. Venga conmigo, Loyce. Tenemos mucho que hacer. Hemos de ponernos en acción. No hay tiempo que perder.

Loyce se levantó poco a poco, entumecido.

—El hombre. ¿Quién era ese hombre? Nunca le había visto. No era de la ciudad. Era un forastero. Sucio, cubierto de barro, la cara arañada, llena de cortes...

Una extraña expresión apareció en el rostro del comisario.

—Quizá también llegue a comprender eso —dijo en voz baja—. Acompáñeme, señor Loyce.

Sostuvo la puerta, los ojos brillantes. Loyce vio un momento la calle, frente a la comisaría. Agentes de policía, una especie de plataforma. Un poste telefónico... ¡y una soga!

—Por aquí —dijo el comisario, y sonrió con frialdad.

Cuando el sol se puso, el interventor del banco mercantil de Oak Grove salió de la cámara acorazada, echó los pesados candados electrónicos y programó el temporizador, se puso el sombrero y el abrigo, y salió a la calle. Había poca gente, que caminaba con prisa para ir a cenar.

—Buenas noches —dijeron los guardias, y cerraron la puerta.

—Buenas noches —murmuró Clarence Mason.

Se encaminó al coche. Estaba cansado. Había trabajado todo el día en la cámara, examinando la distribución de las cajas de seguridad para ver si había sitio para otra fila. Se alegraba de haber terminado.

Se detuvo en la esquina. Las farolas aún no estaban encendidas. La oscuridad reinaba en la calle. Todo era vago. Miró a su alrededor... y se quedó petrificado.

Algo grande e informe colgaba del poste telefónico que se alzaba frente a la comisaría de policía. El viento lo mecía levemente.

¿Qué demonios era?

Mason se aproximó con cautela. Quería llegar a casa, estaba cansado y hambriento. Pensó en su mujer, en sus hijos, en la comida caliente dispuesta sobre la mesa del comedor. El bulto le sugería algo ominoso, detestable. No había mucha luz; imposible adivinar qué era. Sin embargo, le atraía, le impulsaba a verlo mejor. La cosa informe le inquietaba. Le asustaba. Le asustaba... y le fascinaba.

Y lo más extraño era que nadie parecía inmutarse.

Introducción

Título del relato: *Campaña publicitaria*

Título del guion: *Crazy Diamond*

Tony Grisoni es un escritor y director conocido por *Miedo y asco en Las Vegas*, la serie *Red Riding*, *Southcliffe* y *En este mundo*. Actualmente está adaptando la novela de China Miéville *La ciudad y la ciudad* y convertirla en una serie de televisión para la BBC.

Hace algunos años, cuando investigaba sobre la vida de Philip K. Dick, me encontré por casualidad con una pequeña rana verde que estaba sentada inmóvil en el mango de la ducha. Cada mañana, la rana estaba allí en la misma posición. Me preocupaba que saltara y aterrizara sobre mí. ¡La idea del contacto con ese cuerpo anfibio húmedo! Pero se quedó allí, inmóvil. Durante tres días. Al tercer día, me fijé bien en su cara muy de cerca, y estaba pensando en que había cierto parecido con PKD cuando se movió por primera vez: giró su cabeza verde y me miró directamente a los ojos. Decidí que era hora de volver a casa.

Philip K. Dick escribió *Campaña publicitaria* para la revista *Future Science Fiction* en 1954. El relato corto describe las vidas estancadas de Ed y Sally. El tedioso viaje de Ed desde Ganimedes a la Tierra, plagado de publicidad intrusiva, no está precisamente a años luz de la experiencia de muchos viajeros en este siglo XXI de consumismo desenfrenado y de una vigilancia que ha invadido los rincones más privados de nuestras vidas. El sueño de Ed de comenzar de nuevo en los nuevos mundos de Próxima Centauro sigue siendo justamente eso: una fantasía escapista. Mientras tanto, la esposa de Ed, Sally, abre la puerta a un «anaucad», un robot doméstico que tiene la respuesta a cada problema que el propietario de una casa podría tener. Lo que comienza como un humorístico, aunque insistente, intento de venta se

convierte en una pantomima absoluta cuando el anaucad trata de venderse a sí mismo de forma agresiva. El robot entrometido aterroriza a la pareja humana y, en un esfuerzo por librarse del anaucad, Ed se lo lleva en un viaje sin regreso hacia Próxima.

La historia tiene un origen claro en el creciente consumismo de los años cincuenta, pero había algo conmovedor en esta pareja aplastada por las fuerzas del mercado. Ed y Sally son confiados y estoicos y optimistas, no piden mucho, pero lo que consiguen a cambio es trabajo duro y esclavitud económica. Así que, cuando adapté libremente el relato para la pantalla, mantuve a Ed y Sally como los personajes centrales, desarrollándolos a ellos y a su relación conforme a otras parejas que encontré en las obras de Philip K. Dick. Ed sigue siendo un soñador, aunque ahora es un marinero de fantasía de los Siete Mares, y Sally, aunque aparentemente es alguien convencional y aficionada a la filosofía casera, alberga sus propios ocultos deseos de aventura. La pareja urbana es prisionera de exhortaciones implacables para que cuiden un medio ambiente sobre el que tienen poco control, con unas decisiones tomadas desde algún lugar lejano fuera de su órbita.

En mi versión del cuento, guiado por los temas habituales de Dick, el intruso se convierte en una *femme noir fatale* y Ed se pone en peligro por su atracción hacia ella. Por supuesto, al final la *femme fatale* nos sorprende a todos con sus maquinaciones retorcidas, pero también Sally lo hace, y también Ed cuando se libera de todo lo que creía poseer. Así pues, en muchos sentidos, el relato vuelve a las preocupaciones originales del consumismo. PKD expresó sus preocupaciones sobre la historia en 1978: «Lamento mucho el final, así que cuando leas la historia, trata de imaginarla como debería haber sido escrita. El anaucad dice: “Señor, estoy aquí para ayudarle. Al demonio con mi campaña publicitaria de venta. Estemos juntos para siempre”. Así que espero que Phil apruebe nuestro nuevo final en el que los humanos y los cuasi-humanos están realmente casados para siempre, o al menos en un futuro previsible, y no tenga que preocuparme más de que una pequeña rana verde me salte encima en la ducha.

TONY GRISONI STOKE NEWINGTON,

Londres, 17 de mayo de 2017

Campana publicitaria

Mientras Ed Morris regresaba a la Tierra, finalizada su dura jornada laboral, las naves domésticas rugían por todas partes. Los carriles Ganímedes-Terra estaban saturados de sombríos y agotados ejecutivos. Júpiter se encontraba en el lado opuesto a la Tierra y el viaje duraba dos largas horas. Cada tantos millones de kilómetros, el tráfico se paralizaba; los semáforos parpadeaban cuando las caravanas de vehículos procedentes de Marte y Saturno desembocaban en las principales arterias.

—Dios mío —murmuró Morris—. ¿El cansancio no tiene límites?

Desconectó el piloto automático y se apartó un momento del tablero de control para encender un cigarrillo. Le temblaban las manos. La cabeza le daba vueltas. Eran las seis pasadas. Sally estaría enfurecida; la cena echada a perder. Siempre lo mismo. El tráfico incesante, los bocinazos, conductores iracundos que pasaban como una bala junto a su pequeña nave, gritando y maldiciendo...

Y los anuncios. Eso era lo peor. Lo soportaba todo, excepto los anuncios, que jalonaban el camino desde Ganímedes a la Tierra. Y en la Tierra, las miríadas de robots. Era demasiado. Y estaban por todas partes.

Aminoró la velocidad para evitar una colisión en cadena de cincuenta naves. Los vehículos de emergencia intentaban despejar de escombros el carril. Su altavoz atronó cuando llegaron las naves de la policía. Morris elevó su cohete con pericia, pasó entre dos transportes comerciales que circulaban a escasa velocidad, se desvió hacia el carril izquierdo, que nadie utilizaba, y aceleró, dejando atrás el accidente. Un furioso coro de bocinas saludó su maniobra, pero hizo caso omiso.

—¡Productos Trans-Solar le saluda! —retumbó una poderosa voz en su oído. Morris gruñó y se hundió en el asiento. Se estaba acercando a Terra. El tráfico se intensificaba por momentos—. ¿Su tensión ha sobrepasado los

márgenes de seguridad por culpa de las frustraciones del día? Necesita una Unidad Id-Persona. Tan pequeña que puede llevarse detrás de la oreja, junto al lóbulo frontal...

Pasó de largo, gracias a Dios. El anuncio desapareció en la distancia, a medida que la nave progresaba. Pero le esperaba otro un poco más adelante.

—¡Conductores! ¡El tráfico interplanetario causa miles de muertes innecesarias al año! Control Hipno-Motor le proporciona seguridad. ¡Renuncie a su cuerpo y salve la vida! —El volumen de la voz aumentó—. Los expertos industriales afirman...

Anuncios auditivos, los más fáciles de pasar por alto, pero ya se estaba formando un anuncio visual. Se encogió y cerró los ojos, pero no sirvió de nada.

—¡Hombres! —proclamó por todas partes una voz pastosa—. ¡Eviten olores internos ofensivos para siempre! La sustitución del tracto intestinal mediante modernos métodos indoloros les exonerará de la causa más extendida de rechazo social.

La imagen visual tomó forma: una inmensa muchacha desnuda, el cabello rubio desordenado, los ojos azules entornados, la boca entreabierta, la cabeza echada hacia atrás, como en un éxtasis inducido por las drogas. Las facciones se agigantaron cuando los labios se acercaron a los suyos. De repente, la expresión voluptuosa de la muchacha fue sustituida por un rictus de asco, y la imagen se desvaneció.

—¿Le ocurre esto a usted? —tronó la voz—. ¿Ofende a su pareja con la aparición de procesos gástricos durante sus relaciones sexuales...?

La voz enmudeció y pasó de largo. Morris, dueño otra vez de su mente, pisó con furia el acelerador y la nave saltó hacia delante. La presión aplicada directamente a las regiones audiovisuales de su cerebro había desaparecido. Gruñó y sacudió la cabeza. A su alrededor, los ecos semidefinidos de los anuncios brillaban y parloteaban, como fantasmas de lejanas videoemisoras. Los anuncios acechaban por doquier. Manejó la nave con una pericia nacida de la desesperación animal, pero no pudo esquivarlos todos. Se sintió invadido por la desesperación. El contorno de un nuevo anuncio audiovisual ya se estaba formando.

—¡Usted, asalariado! —gritó a los ojos y oídos, narices y gargantas de mil trabajadores extenuados—. ¿Cansado del mismo trabajo? Circuitos Prodigio, S. A., ha perfeccionado un maravilloso analizador de ondas cerebrales de largo alcance. Sepa lo que dicen y piensan los demás. Aventura a sus compañeros de trabajo. Averigüe hechos y datos sobre la vida privada de su patrón. ¡Destruya la incertidumbre!

La desesperación de Morris aumentó. Pisó el acelerador a fondo. La pequeña nave culeó y se sacudió cuando saltó del carril a la zona muerta que venía a continuación. Un chirrido penetrante cuando el guardabarros entró en contacto con la valla protectora... y el anuncio se desvaneció a su espalda.

Disminuyó la velocidad, temblando de aflicción y cansancio. Divisó la Tierra. No tardaría en llegar a casa. Tal vez gozaría de una noche de sueño reparador. Incluyó el morro de la nave y se preparó para acoplarse al haz transportador del espaciouerto de Chicago.

—El mejor regulador metabólico existente en el mercado —gritó el robovendedor—. Garantizamos que mantiene un perfecto equilibrio glandular, de lo contrario le devolvemos su dinero.

Morris pasó de largo y se dirigió hacia el bloque residencial que albergaba su unidad familiar. El robot le siguió unos metros; después se olvidó de él y persiguió a otro peatón de rostro malhumorado.

—Manténgase constantemente al día —le gritó una voz metálica—. Instálese una videopantalla retinal en el ojo menos cansado. No pierda contacto con el mundo; olvídense de los resúmenes desfasados de cada hora.

—Apártate de mi camino —masculló Morris.

El robot se hizo a un lado y Morris cruzó la calle junto con una multitud de hombres y mujeres encorvados.

Por todas partes había robovendedores que gesticulaban, suplicaban o chillaban. Uno salió corriendo tras él y aceleró el paso. Canturreó su lema y trató de atraer su atención, colina arriba hasta llegar a su unidad familiar. No se rindió hasta que Morris se agachó, cogió una piedra y se la tiró, sin atinar.

Entró en casa y cerró la puerta a sus espaldas. El robot titubeó, dio media vuelta y se precipitó tras una mujer cargada con paquetes que subía la colina. Ella intentó esquivarlo, sin éxito.

—¡Querido! —gritó Sally. Salió corriendo de la cocina y se secó las manos en el delantal de plástico, los ojos brillantes de entusiasmo—. ¡Pobrecito mío! ¡Pareces muy cansado!

Morris se quitó el sombrero y la chaqueta. Depositó un rápido beso en el hombro desnudo de su mujer.

—¿Qué hay para cenar?

Sally guardó el sombrero y la chaqueta en el ropero.

—Faisán salvaje de Urano: tu plato favorito.

A Morris se le hizo la boca agua y una leve oleada de energía estremeció su cuerpo agotado.

—¿No bromeas? ¿Qué celebramos hoy?

Los ojos castaños de su mujer se humedecieron de compasión.

—Querido, es tu cumpleaños. Hoy cumples treinta y siete años. ¿Lo habías olvidado?

—Sí —sonrió apenas Morris—. Ya lo creo.

Entró en la cocina. La mesa estaba dispuesta. El café humeaba en las tazas y había mantequilla, pan blanco, puré de patatas y guisantes.

—Caramba —murmuró—. Un auténtico banquete.

Sally apretó los controles del horno y el recipiente de faisán humeante quedó depositado sobre la mesa y se abrió.

—Ve a lavarte las manos y empezaremos a cenar. De prisa, antes de que se enfríe.

Morris puso sus manos en la abertura de lavado y después se sentó a la mesa. Sally sirvió el tierno y aromático faisán, y los dos empezaron a comer.

—Sally —dijo Morris, cuando su plato estuvo vacío. Se reclinó en la silla y bebió lentamente el café—. No puedo seguir así. Tengo que hacer algo.

—¿Te refieres al tráfico? Ojalá consiguieras un empleo en Marte, como Bob Young. Si hablaras con la Comisión de Empleo y explicaras lo tenso que te pones, tal vez...

—No sólo es el tráfico. Están ahí fuera. En todas partes. Me esperan. Día y noche.

—¿Quiénes, querido?

—Los robots vendedores. En cuanto aparco la nave. Robots y anuncios audiovisuales. Se meten en la cabeza de la gente, la siguen hasta que muere.

—Lo sé. —Sally le palmeó la mano—. Cuando voy de compras, me siguen en manada. Todos hablan a la vez. Es espantoso. Resulta imposible entender la mitad de lo que dicen.

—Debemos escapar.

—¿Escapar? ¿Qué quieres decir?

—Debemos huir de ellos. Nos van a destruir.

Morris rebuscó en su bolsillo y extrajo con todo cuidado un diminuto fragmento de tela metálica. Lo desenrolló con infinita precaución y después lo alisó sobre la mesa.

—Mira esto. Circulaba por el despacho, entre los hombres. Me llegó y lo guardé.

—¿Qué es? —Sally frunció el entrecejo—. No creo que lo tengas todo, cariño. Falta una parte.

—Un nuevo mundo —susurró Morris—, al que aún no han llegado. Está muy lejos, fuera del sistema solar. En las estrellas.

—¿Próxima?

—Veinte planetas. La mitad habitables. Apenas unos miles de personas. Familias, obreros, científicos, algunos grupos de investigación industrial. Tierra gratis para quien la solicita.

—Pero eso es... —Sally hizo una mueca—. ¿No te parece un poco subdesarrollado, querido? Dicen que es como vivir en el siglo xx: inodoros, bañeras, coches de gasolina...

—Exacto. —Morris enrolló el fragmento de metal arrugado, con expresión seria y sombría—. Un atraso de cien años. Nada que ver con esto. —Indicó la cocina y el mobiliario de la sala de estar—. Tendremos que pasar sin ello, acostumbrarnos a una vida más sencilla, como nuestros antepasados. —Intentó sonreír, pero su rostro no colaboró—. ¿No te gustaría? Ni anuncios,

ni robovendedores, desplazarse a noventa kilómetros por hora en lugar de a noventa millones. Podríamos tomar pasaje en uno de los grandes transtelares. Vendería mi nave...

Se produjo un vacilante e incierto silencio.

—Ed —empezó Sally—, creo que deberíamos reflexionar. ¿Y tu trabajo? ¿Qué harías allí?

—Encontraría algo.

—Pero ¿qué? ¿No lo has pensado? —Un agudo timbre de irritación se insinuó en su voz—. Creo que deberíamos pensar en ese punto con más serenidad antes de echarlo todo por la borda y... largarnos.

—Si no nos vamos —dijo Morris con parsimonia, intentando controlar la voz—, acabarán con nosotros. No nos queda mucho tiempo. No sé cuánto más podré mantenerlos a raya.

—¡Por Dios, Ed! Eso suena muy melodramático. Si te sientes tan mal, ¿por qué no pides un permiso y te sometes a una cura de inhibición completa? Vi un videoprograma en el que salía un hombre cuyo sistema psicosomático estaba mucho peor que el tuyo. Y el hombre era mucho mayor que tú. —Se puso en pie de un salto—. Salgamos a celebrar tu cumpleaños, ¿de acuerdo? —Sus esbeltos dedos jugaron con la cremallera de los pantalones—. Me pondré mi nueva túnica de plástico, ésa que nunca me he atrevido a llevar.

Sus ojos brillaron de excitación cuando se fue corriendo hacia el dormitorio.

—¿Sabes a cuál me refiero? Cuando te acercas mucho es transparente, pero a medida que te alejas va transparentando más y más, hasta que...

—Sé cuál es —dijo Morris, cansado—. He visto el anuncio camino del trabajo. —Se levantó poco a poco y entró en la sala de estar. Se detuvo ante la puerta del dormitorio—. Sally...

—¿Sí?

Morris abrió la boca para hablar. Iba a preguntárselo otra vez, hablar de la hoja metálica que con tanto cuidado había guardado y traído a casa. Iba a hablarle de la frontera, de Próxima Centauri. De marcharse para no volver. Pero no tuvo la oportunidad.

Sonó el timbre de la puerta.

—¡Ha llamado alguien! —gritó Sally—. ¡Ve a ver quién es, corre!

El robot era una figura silenciosa e inmóvil en la oscuridad de la noche. Un viento frío se coló en la casa. Morris se estremeció y dio un paso atrás.

—¿Qué quieres? —preguntó. Un extraño temor se apoderó de él—. ¿Qué pasa?

Era el robot más grande que había visto. Alto y ancho, de pesadas agarraderas metálicas y lentes oculares alargadas. En lugar del habitual cono, su tronco consistía en un tanque cuadrado. Descansaba sobre cuatro ruedas neumáticas, en lugar de dos. Dominaba a Morris con su estatura, casi dos metros diez. Macizo y sólido.

—Buenas noches —dijo con calma.

El viento de la noche apagaba su voz, que se fundía con los ruidos nocturnos, los ecos del tráfico y el golpeteo de los letreros callejeros colgantes. Algunas formas vagas se desplazaban con rapidez por la oscuridad. El mundo era negro y hostil.

—Buenas noches —respondió Morris automáticamente. Se dio cuenta de que temblaba—. ¿Qué vendes?

—Me gustaría hacerle la demostración de un anaucad —dijo el robot.

La mente de Morris estaba paralizada; se negaba a reaccionar. ¿Qué era un anaucad? Lo que estaba ocurriendo era digno de un sueño, o mejor, de una pesadilla. Luchó por coordinar la mente con el cuerpo.

—¿Un qué? —graznó.

—Un anaucad. —El robot no dio más explicaciones. Le miró sin expresión, como si no fuera responsabilidad suya explicar nada más—. Sólo tardaré un momento.

—Yo... —empezó Morris.

Retrocedió, alejándose del viento. Y el robot, tan inexpresivo como antes, entró en la casa.

—Gracias —dijo. Se detuvo en mitad de la sala de estar—. ¿Quiere llamar a su esposa, por favor? Me gustaría hacerle también la demostración.

—Ven, Sally —murmuró Morris, impotente.

Sally entró como una exhalación en la sala de estar. Sus pechos se agitaban a causa de la emoción.

—¿Qué pasa? ¡Oh! —Vio al robot y se detuvo, indecisa—. Ed, ¿has pedido algo? ¿Vas a comprar algo?

—Buenas noches —la saludó el robot—. Voy a hacerles la demostración del anaucad. Siéntense, por favor. En el sofá, si les apetece. Los dos juntos.

Sally obedeció expectante, las mejillas coloradas, los ojos brillantes de curiosidad. Ed tomó asiento a su lado, aturdido.

—Escucha —murmuró con voz pastosa—. ¿Qué demonios es un anaucad? ¿De qué va este rollo? ¡No quiero comprar nada!

—¿Cómo se llama? —preguntó el robot.

—Morris. —Casi se atragantó—. Ed Morris.

El robot se volvió hacia Sally.

—Señora Morris. —Ejecutó una breve inclinación—. Es un gran placer conocerles, señor y señora Morris. Son las primeras personas de su barrio que van a ver el anaucad. Ésta es la primera demostración en su zona. —Sus fríos ojos inspeccionaron la habitación—. Supongo que usted trabaja, señor Morris. ¿Dónde?

—Trabaja en Ganímedes —respondió Sally con docilidad, como una niña en el colegio—. Para Desarrollo de Metales Terranos.

El robot digirió la información.

—Un anaucad le será de gran utilidad. —Miró a Sally—. ¿A qué se dedica usted?

—Soy transcritora de cintas en Investigaciones Históricas.

—Un anaucad no le servirá de nada en lo relacionado con su profesión, pero sí en casa. —Cogió una mesa con sus poderosas agarraderas de acero—. Por ejemplo, un invitado torpe puede estropear un mueble bonito. —El robot aplastó la mesa hasta reducirla a un puñado de fragmentos de madera y plástico—. Se necesita un anaucad.

Morris se puso en pie de un brinco, incapaz de hacer frente a los acontecimientos. Notaba un peso enorme sobre sus hombros. El robot apartó los fragmentos de la mesa y escogió una pesada lámpara de pie.

—Oh, querido —susurró Sally—. Es mi lámpara favorita.

—Cuando se posee un anaucad, no hay nada que temer. —El robot agarró la lámpara y la retorció grotescamente. Rasgó la pantalla, destrozó las bombillas y después tiró los restos—. Una situación de este tipo puede darse a causa de una violenta explosión, como la de una bomba H.

—Por el amor de Dios —murmuró Morris—. Nosotros...

—Es posible que nunca tenga lugar un ataque con bombas H —continuó el robot—, pero en tal circunstancia un anaucad es indispensable.

Se arrodilló y extrajo un complicado tubo de su cintura. Apuntó al suelo con él y practicó un agujero de metro y medio de diámetro. Se apartó del profundo hueco.

—No he abierto un túnel muy profundo, pero ya pueden comprobar que un anaucad salvaría sus vidas en caso de un ataque.

La palabra «ataque» pareció desencadenar una nueva serie de reacciones en su cerebro metálico.

—A veces, ladrones o asesinos atacan a las personas por la noche —prosiguió. Giró en redondo sin previo aviso y descargó el puño contra la pared, convirtiendo una parte en un montoncito de polvo y escombros—. Eso daría cuenta del asaltante. —El robot se enderezó y paseó la vista por la sala—. Sucede con frecuencia que por las noches está demasiado cansado para manipular los botones de la cocina.

Se dirigió a la cocina y procedió a apretar todos los controles. Inmensas cantidades de comida salieron disparadas en todas direcciones.

—¡Basta! —gritó Sally—. ¡Sal de mi cocina!

—Es posible que esté demasiado fatigada para llenar de agua la bañera. —El robot tocó los controles de la bañera y manó agua—. O quizá desee acostarse de inmediato. —Tiró de la cama empotrada y la depositó sobre el suelo. Sally retrocedió aterrorizada cuando el robot avanzó hacia ella—. Y habrá veces, después de un duro día de trabajo, en que estará demasiado extenuada para desnudarse. En ese caso...

—¡Largo de aquí! —chilló Morris—. Sally, llama a la policía. Ese trasto se ha vuelto loco. ¡De prisa!

—El anaucad es necesario en todos los hogares modernos —continuó el robot—. Por ejemplo, si un aparato se estropea, al anaucad lo repara al instante. —Asió el control automático de humedad, cortó los cables y volvió

a colocarlo en la pared—. A veces, le gustaría no ir a trabajar. La ley autoriza que un anaucad ocupe su lugar durante un período consecutivo que no sobrepase los diez días. Si después de ese período...

—Santo Dios —murmuró Morris, comprendiendo por fin—. Tú eres el anaucad.

—Exacto —confirmó el robot—. Androide Autorregulado Completamente Automático (Doméstico). También existe el anaucac (Construcción), el anaucag (Gerencial), el anaucás (Soldado) y el anaucab (Burócrata). Yo soy de uso doméstico.

—Tú... —exclamó Sally con voz ahogada—. Eres un producto. Te estás ofreciendo a la venta.

—Estoy haciendo una autodemstración —contestó el anaucad. Sus impasibles ojos metálicos se clavaron en Morris—. Estoy seguro, señor Morris, de que le gustará ser mi dueño. Mi precio es razonable y estoy garantizado contra todo riesgo. Va incluido un libro de instrucciones. Me resulta imposible aceptar un no como respuesta.

A las doce y media, Ed Morris seguía sentado al pie de la cama, con un zapato puesto y el otro en la mano, la mirada perdida en la lejanía, silencioso.

—Por el amor de Dios —protestó Sally—, termina de desabrochar el nudo y métete en la cama. Tienes que levantarte a las cinco y media de la mañana.

Morris jugueteó con el lazo. Al cabo de un rato, dejó caer el zapato y tiró del otro. La casa estaba fría y silenciosa. En el exterior, el viento nocturno azotaba los cedros que crecían junto al edificio. Sally yacía acurrucada bajo las lentes calóricas, un cigarrillo entre los labios, medio dormida.

El anaucad aguardaba en la sala de estar. No se había marchado. Seguía allí, esperando que Morris lo comprara.

—¡Va! —se impacientó Sally—. ¿Qué te pasa? Ha arreglado todo lo que ha roto; sólo estaba haciendo una demostración. —Suspiró—. Me ha asustado, desde luego. Pensaba que se había averiado. Tuvieron una idea inspirada cuando lo mandaron por ahí para que se autovendiera.

Morris no dijo nada.

Sally rodó sobre el estómago y apagó el cigarrillo lánguidamente.

—No es muy caro, ¿verdad? Diez mil unidades de oro, y si conseguimos que nuestros amigos compren uno, nos llevamos el tres por ciento de comisión. Sólo debemos hacer una demostración. No es como si lo compráramos. Él mismo se vende. —Lanzó una risita—. Siempre quisieron un producto que se vendiera solo, ¿verdad?

Morris desató el nudo del zapato. Se lo volvió a calzar y lo ató con fuerza.

—¿Qué haces? —preguntó Sally, irritada—. ¡Ven a la cama! —Se incorporó furiosa, cuando Morris salió del dormitorio y se alejó por el pasillo—. ¿Adónde vas?

Morris entró en la sala de estar, encendió la luz y se sentó frente al anaucad.

—¿Puedes oírme? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el robot—. Nunca dejo de funcionar. A veces se producen emergencias por la noche: un niño que se pone enfermo o un accidente. Ustedes aún no tienen hijos, pero a la larga...

—Cierra el pico —dijo Morris—. No quiero escucharte.

—Usted me ha hecho una pregunta. Los androides autorregulados están conectados con una central de información. A veces, una persona desea información inmediata; el anaucad siempre está dispuesto a contestar preguntas teóricas o prácticas. Cualquier cosa, excepto metafísica.

Morris cogió el manual de instrucciones y pasó las páginas. El anaucad hacía miles de cosas; nunca se averiaba; nunca dudaba; no cometía errores. Tiró el libro a un lado.

—No voy a comprarte —anunció—. Nunca. Ni en un millón de años.

—Oh, sí, ya lo creo —le corrigió el robot—. Es una oportunidad que no puede desperdiciarse. —Su voz poseía un tono sereno, confiado—. Usted no puede rechazarme, señor Morris. Un anaucad es indispensable en los hogares modernos.

—Sal de aquí —dijo Morris—. Sal de mi casa y no vuelvas.

—No puede darme órdenes, porque no soy su anacád. Hasta que me compre por el precio de venta al público, sólo soy responsable ante Androides Autorregulados, S. A. Sus instrucciones indican lo contrario: me quedaré con usted hasta que me compre.

—¿Y si no te compro? —preguntó Morris, aunque su corazón se heló mientras formulaba la pregunta.

Anticipó el frío horror de la respuesta que se avecinaba; no existía alternativa.

—Continuaré con usted, hasta que me compre. —Cogió unas rosas marchitas del jarro que descansaba sobre la repisa de la chimenea y las arrojó por la ranura de los desperdicios—. Se encontrará cada vez más en situaciones que exigen la intervención de un anacád. Al final, se preguntará cómo podía vivir sin uno.

—¿Hay algo que no puedas hacer?

—Oh, sí, hay muchas cosas que no puedo hacer, pero puedo hacer todo lo que usted hace... y mucho mejor.

Morris exhaló el aire lentamente.

—Comprarte sería una locura.

—Tiene que comprarme —respondió la voz implacable. El anacád extendió un tubo hueco y empezó a aspirar la alfombra—. Soy útil en toda clase de situaciones. Fíjese qué limpia queda esta alfombra.

Retrajo el tubo y extendió otro. Morris tosió y se alejó a toda prisa. Nubes de partículas blancas llenaron la sala.

—Estoy rociando una sustancia antipolillas.

La nube blanca adquirió un feo tono negro azulado. La sala se sumió en una siniestra oscuridad; el anacád era una sombra borrosa que se movía metódicamente en el centro. Al cabo de poco rato, la nube se disipó y aparecieron los muebles.

—He rociado una sustancia antibacterias nocivas.

Pintó las paredes de la sala y fabricó nuevos muebles a juego. Reforzó el techo del cuarto de baño. Aumentó el número de respiraderos del horno. Cambió los cables de la electricidad. Destrozó todos los accesorios de la

cocina y fabricó unos más modernos. Examinó las cuentas de Morris y calculó la declaración de la renta del año siguiente. Afiló todos los lápices. Asió su muñeca y diagnosticó que su tensión alta era psicósomática.

—Se sentirá mucho mejor después de haber delegado todas sus responsabilidades en mí —explicó. Tiró una sopa que Sally había guardado—. Peligro de botulismo —dijo—. Su esposa es sexualmente atractiva, pero de escasa inteligencia.

Morris fue al ropero y cogió su chaqueta.

—¿Adónde va? —preguntó el anaucad.

—Al despacho.

—¿A estas horas de la noche?

Morris echó un rápido vistazo al dormitorio. Sally dormía profundamente bajo las lentes calóricas. Su esbelto cuerpo era rosado y fuerte, su cara se veía libre de preocupaciones. Cerró la puerta principal y bajó los peldaños, hacia la oscuridad. El viento frío le azotó mientras se dirigía al aparcamiento. Su pequeña nave estaba estacionada junto a centenares de otras naves. Dio un cuarto de dólar al empleado robot, que fue a por ella.

A los diez minutos se encontraba camino de Ganímedes.

El anaucad subió a la nave cuando se detuvo en Marte para repostar.

—Por lo visto, no ha entendido nada —dijo el robot—. Mis instrucciones consisten en hacerle demostraciones hasta que esté satisfecho. Hasta el momento, aún no se ha convencido del todo; son necesarias ulteriores demostraciones. —Pasó una intrincada red sobre los controles de la nave hasta que todos los instrumentos se ajustaron—. Tendría que revisarla más a menudo.

Se encaminó a la parte posterior para examinar los motores. Morris hizo una señal al empleado y la nave se soltó de los surtidores. Aceleró y el pequeño planeta quedó atrás. Júpiter fue aumentando de tamaño.

—Sus motores se hallan en mal estado —dijo el anaucad, volviendo de popa—. No me gusta el ruido del freno principal. En cuanto aterricemos, procederé a una puesta a punto exhaustiva.

—¿A tu empresa no le importa que me hagas favores? —preguntó Morris con amargo sarcasmo.

—La empresa me considera su anaucad. A fin de mes le enviarán la factura. —El robot cogió un lápiz y un cuaderno de pedidos—. Le explicaré las cuatro modalidades de facilidades de pago. Diez mil unidades de oro al contado comportan un descuento del tres por ciento. Además, puede reducir la cantidad total entregando cierto número de utensilios caseros, utensilios que no volverá a necesitar. Si desea fraccionar el pago en cuatro partes, la primera se abona al instante, y la última a noventa días.

—Yo siempre pago al contado —murmuró Morris.

Volvió a fijar las coordenadas de ruta en el tablero de control con el mayor cuidado.

—El plan a noventa días carece de recargo. El plan a seis meses sufre un recargo anual del seis por ciento, que asciende a, aproximadamente... —Se interrumpió—. Hemos cambiado de trayectoria.

—Exacto.

—Hemos dejado el carril de tráfico oficial. —El anaucad tiró a un lado el lápiz y el cuaderno y corrió hacia el tablero de control—. ¿Qué está haciendo? Le pondrán una multa de dos unidades.

Morris hizo caso omiso. Aferró los controles con expresión sombría y clavó la vista en la pantalla. La nave aceleraba con gran rapidez. Las boyas de advertencia protestaron ruidosamente cuando pasó junto a ellas, internándose en la oscuridad del espacio. Al cabo de unos segundos, habían dejado atrás el resto del tráfico. Estaban solos, se alejaban de Júpiter, rumbo al espacio profundo.

El anaucad calculó por ordenador la trayectoria.

—Vamos a salir del sistema solar. Nos dirigimos a Centauro.

—Lo has adivinado.

—¿No sería mejor que llamara a su esposa?

Morris gruñó y aumentó la velocidad. La nave dio una sacudida, osciló y logró enderezarse. Los motores zumbaron amenazadoramente. Los indicadores demostraban que las turbinas principales empezaban a calentarse. Morris no hizo caso y conectó el depósito del combustible de emergencia.

—Voy a llamar a la señora Morris —dijo el anaucad—. No tardaremos en sobrepasar el radio de comunicación.

—No te molestes.

—Estará preocupada.

El anaucad volvió a popa y examinó los motores. Irrumpió en la cabina lanzando zumbidos de alarma.

—Señor Morris, esta nave no está preparada para viajes intersistemas. Es un modelo doméstico clase D de cuatro ejes y uso casero. No ha sido construido para aguantar esta velocidad.

—Para llegar a Próxima necesitaremos esta velocidad —replicó Morris.

El anaucad conectó sus cables en el tablero de control.

—Puedo aligerar de cierta tensión la instalación eléctrica, pero si no devuelve la nave a su velocidad normal, no me hago responsable del deterioro de los motores.

—Al diablo los motores.

El anaucad guardó silencio. Escuchaba con suma atención el creciente zumbido que se oía bajo sus pies. Toda la nave se estremeció. Algunos fragmentos de pintura se desprendieron. El piso estaba caliente. El pie de Morris no se apartaba del acelerador. La nave aumentaba la velocidad a medida que el Sol se alejaba. Habían salido de la zona controlada. El Sol disminuía de tamaño rápidamente.

—Es demasiado tarde para videofonar a su mujer —dijo el anaucad—. Hay tres cohetes de emergencia en la popa; si así lo desea, los dispararé con la esperanza de llamar la atención de algún transporte militar.

—¿Para qué?

—Pueden remolcarnos de vuelta al sistema solar. Significa una multa de seiscientos unidades de oro, pero dadas las circunstancias me parece la mejor solución.

Morris dio la espalda al anaucad y aplastó el acelerador con todo su peso. El zumbido se había convertido en un violento rugido. Los instrumentos crujieron y se hicieron pedazos. Los fusibles del tablero de control se quemaron. Las luces parpadearon, se apagaron y volvieron a encenderse, como de mala gana.

—Señor Morris —dijo el anaucad—, debe prepararse para morir. Las posibilidades estadísticas de que las turbinas estallen son del setenta por ciento. Haré lo que esté en mi mano, pero hemos sobrepasado el límite de peligro.

Morris regresó a la pantalla. Contempló con avidez durante un rato el punto creciente que era la estrella gemela Centauro.

—Tienen buen aspecto, ¿verdad? Prox es la importante. Veinte planetas. —Examinó los atormentados instrumentos—. ¿Cómo es posible que los motores resistan? La mayoría de los instrumentos se han quemado.

El anaucad titubeó. Quiso decir algo, pero cambió de opinión.

—Iré a echarles un vistazo —dijo.

Se dirigió a la parte posterior de la nave y desapareció por la corta rampa que conducía al cuarto de motores, sacudido por vibraciones y temblores.

Morris se inclinó hacia delante y apagó el cigarrillo. Esperó un momento más, alargó la mano y hundió los controles al máximo.

La explosión partió en dos la nave. Secciones del casco volaron a su alrededor. Salió disparado de la silla como si careciera de peso y fue a parar contra el tablero de control. Fragmentos de plástico y metal se derrumbaron sobre él. Puntos incandescentes parpadearon, se difuminaron y murieron en silencio, y sólo quedaron cenizas frías.

El ruido apagado de las bombas de vacío de emergencia le devolvieron la conciencia. Estaba atrapado bajo los restos del tablero de control. Tenía un brazo roto, doblado bajo el cuerpo. Intentó mover las piernas, pero no sentía nada por debajo de la cintura.

Los restos de su nave proseguían el viaje hacia Centauro. El mecanismo encargado de reparar el casco intentaba en vano taponar las grietas. Los controladores automáticos de temperatura y gravedad latían espasmódicamente en el interior de las baterías autónomas. El inmenso bulto flamígero de los soles gemelos crecía en la pantalla silenciosa, inexorablemente.

Estaba contento. En el silencio de la nave destrozada, yacía sepultado bajo los escombros y contemplaba con un sentimiento de gratitud el punto que aumentaba de tamaño. Era una hermosa visión. Hacía mucho tiempo que deseaba contemplarla, y se iba acercando a cada momento que pasaba. Al cabo de uno o dos días, la nave se precipitaría hacia la masa flamígera y se consumiría. De todos modos, podía gozar de ese intervalo; nada turbaba su felicidad.

Pensó en Sally, dormida como un tronco bajo las lentes calóricas. ¿Le habría gustado Próxima? Probablemente no. Hubiera querido regresar a casa lo antes posible. Era un placer que no podía compartir con nadie. Le estaba reservado en exclusiva. Una inmensa paz descendió sobre él. Se quedaría quieto, y aquella magnificencia incandescente se iría aproximando más y más...

Un ruido. Algo se estaba abriendo paso entre los escombros. Una forma retorcida y mellada, apenas visible gracias al resplandor parpadeante de la pantalla. Morris logró volver la cabeza.

El anaucad se tambaleó hasta erguirse en una postura precaria. La mayor parte de su tronco había desaparecido. Se bamboleó e inclinó la cabeza hacia delante con un chirrido agónico. Avanzó poco a poco hacia él y se detuvo a escasos metros de distancia. Los engranajes protestaron ruidosamente. Los relés se abrieron y cerraron. Una vida imprecisa y vaga animaba aquel armatoste destrozado.

—Buenas noches —graznó su voz metálica y aguda.

Morris chilló. Intentó mover el cuerpo, pero las vigas caídas lo impidieron. Gritó, aulló y trató de alejarse. Escupió, sollozó y lloriqueó.

—Me gustaría hacerle la demostración de un anaucad —continuó la voz metálica—. ¿Quiere llamar a su mujer, por favor? Me gustaría hacerle también la demostración.

—¡Vete! —chilló Morris—. ¡Aléjate de mí!

—Buenas noches —prosiguió el anaucad, como un disco rayado—. Buenas noches. Siéntese, por favor. Es un placer conocerle. ¿Cómo se llama? Gracias. Es usted la primera persona del barrio que ve un anaucad. ¿Dónde trabaja?

Sus lentes oculares muertas le dirigieron una mirada vacía.

—Siéntese, por favor —repitió—. Sólo tardaré un momento. Sólo un momento. La demostración sólo tardará un...

Introducción
Título de relato y de guion: *El padre-cosa*
(*The father-thing*)

Michael Dinner es un director, productor y escritor estadounidense. Es conocido por su trabajo como productor ejecutivo y director de las series *Aquellos maravillosos años* y *Justified*. Su trabajo más reciente es como productor ejecutivo de la popular serie *Sneaky Pete*, de Amazon.

Todos tenemos problemas con papá.

El padre-cosa abarca el tema del género por excelencia: ¿Qué significa ser humano?

Es una historia de reemplazos, un relato sobre humanos que son reemplazados por versiones replicadas. Y aunque es una idea que existe en otras obras del género, me encanta el relato porque se trata tanto de la invasión de una familia como de la invasión de la comunidad, del país o del mundo.

Nos lo cuenta a través de los ojos de un niño: él es el héroe de su propia historia. Y es algo que me angustia.

Me parece que la fuerza del relato de Dick procede de la pregunta que plantea: ¿Qué harías si la persona a la que más amas en el mundo resultara ser un monstruo? Es la historia de un chico que, gracias a la ayuda de sus amigos, se alza para enfrentarse a un mal inenarrable. Es un relato siniestro. Divertido. Atemorizante. Freudiano. Y extremadamente emocional.

«El padre-cosa lo había ocultado en el fondo del barril, entre hojas caducas, cartones rotos, los restos podridos de revistas y cortinas, toda la basura del desván que su madre había amontonado en el barril con la intención de quemarla algún día. Él lo había encontrado, y al verlo se le revolvió el estómago. Se inclinó sobre el barril y cerró los ojos hasta que fue

capaz de volver a mirar. En el barril se hallaban los restos de su padre, su auténtico padre. Pedazos que el padre-cosa no necesitaba. Pedazos que había descartado.»

El enfoque para adaptar la historia fue relativamente sencillo. Quería conservar el núcleo emocional mientras lo colocaba firmemente en mi propio mundo.

Tengo dos hijos, de once y trece años. Lo adapté para ellos. Y lo adapté para mi propio padre.

MICHAEL DINNER

El padre-cosa

—La cena está preparada —dijo la señora Walton—. Ve a buscar a tu padre y dile que se lave las manos. Aplícate el mismo cuento, jovencito. —Trasladó una cacerola humeante a la mesa—. Le encontrarás en el garaje.

Charles vaciló. Sólo tenía ocho años y el problema que le atormentaba habría confundido a Hillel.

—Yo... —empezó, titubeante.

—¿Qué pasa?

June Walton percibió el tono inquieto de la voz de su hijo y su busto maternal se agitó alarmado.

—¿No está Ted en el garaje? Por el amor de Dios, estaba afilando las tijeras de podar hace unos minutos. No habrá ido a casa de los Anderson, ¿verdad? Le he dicho que la cena ya estaba en la mesa.

—Está en el garaje —contestó Charles—, pero está..., está hablando consigo mismo.

—¡Hablando consigo mismo! —La señora Walton se quitó el delantal de plástico y lo colgó en el pomo de la puerta—. ¿Ted? Nunca habla solo. Ve a decirle que ya puede venir. —Vertió café humeante en las tacitas de porcelana azul y blanca y procedió a servir el maíz cubierto de crema—. ¿Qué mosca te ha picado? ¡Ve a avisarle!

—No sé a cuál de ellos decírselo —farfulló Charles, desesperado—. Los dos son iguales.

June Walton estuvo a punto de soltar el recipiente de aluminio; por un momento, el maíz cubierto de crema se tambaleó peligrosamente.

—Jovencito —empezó, en tono de irritación, pero Ted Walton entró en la cocina.

Aspiró el aroma de la cena y se frotó las manos.

—¡Ajá! —exclamó—. Estofado de cordero.

—Estofado de buey —murmuró June—. Ted, ¿qué estabas haciendo ahí fuera?

Ted ocupó su puesto y desdobló la servilleta.

—He afilado las tijeras de podar como una hoja de afeitar. Engrasadas y afiladas. Será mejor que no las toques, o podrías quedarte sin mano.

Era un hombre atractivo, de treinta y pocos años, abundante cabello rubio, brazos fuertes, manos grandes, rostro cuadrado y brillantes ojos castaños.

—Caramba, qué buen aspecto tiene el estofado. Menudo día he tenido en el despacho. Como todos los viernes, ya sabes. El trabajo se amontona y las cuentas han de estar terminadas a las cinco. Al McKinley afirma que el departamento podría encargarse de un veinte por ciento más de trabajo si organizáramos la hora de comer, haciendo turnos para que siempre se quedara alguien. —Se dirigió a Charles—. Siéntate y empecemos.

La señora Walton sirvió los guisantes congelados.

—Ted —dijo, mientras se sentaba—, ¿tienes algo en mente?

—¿En mente? —Parpadeó—. No, nada fuera de lo normal. ¿Por qué?

June Walton miró a su hijo, inquieta. Charles estaba sentado muy tieso, inexpresivo, blanco como la tiza. No se había movido ni desdoblado la servilleta; ni siquiera había tocado la leche. La tensión se palpaba en el aire. Charles había apartado su silla de la que ocupaba su padre; se había encogido en un pequeño bulto, lo más lejos posible de él. Movi6 los labios, pero la mujer no pudo leer lo que estaba diciendo.

—¿Qué dices? —preguntó, inclinándose hacia él.

—El otro —murmuró Charles—. Es el otro quien ha entrado.

—¿A qué te refieres, cariño? —preguntó June Walton en voz alta—. ¿Qué otro?

Ted se sacudió bruscamente. Una extraña expresión cruzó su cara. Se desvaneció al instante, pero fue suficiente para que el rostro de Ted Walton perdiera toda familiaridad. Algo frío y extraño asomó, una masa retorcida y serpenteante. Los ojos se empañaron y encogieron, proyectaron un brillo arcaico. El aspecto normal de un marido cansado había desaparecido.

Y en seguida reapareció, o casi. Ted sonrió y comenzó a devorar el estofado, los guisantes congelados y el maíz cubierto de crema. Rio, removió su café, bromeó y comió. Pero algo iba terriblemente mal.

—El otro —murmuró Charles, pálido, y le empezaron a temblar las manos. De pronto, se levantó de un salto y se apartó de la mesa—. ¡Vete! —gritó—. ¡Largo de aquí!

—Oye, ¿qué demonios te pasa? —rugió Ted, en tono amenazador. Indicó con severidad la silla—. Siéntate y acábate la cena, jovencito. Tu madre no la ha preparado porque sí.

Charles salió corriendo de la cocina y subió la escalera. June Walton lanzó una exclamación ahogada y se movió en la silla, afligida.

—¿Qué le...?

Ted siguió comiendo, con expresión siniestra y ojos sombríos.

—Ese chico necesita una lección —dijo con voz ronca—. Quizá tengamos que hablar en privado, de hombre a hombre.

Charles se acuclilló y escuchó.

El padre-cosa subía la escalera, se acercaba cada vez más.

—¡Charles! —gritó, encolerizado—. ¿Estás ahí?

No contestó. Caminó de puntillas hacia su habitación y cerró la puerta sin hacer ruido. El corazón le latía locamente. El padre-cosa había llegado al rellano; en un momento estaría en su cuarto.

Se precipitó hacia la ventana. Estaba aterrorizado. El impostor ya buscaba a tientas el pomo en el pasillo a oscuras. Abrió la ventana y salió al tejado. Saltó al jardín situado frente a la puerta principal, se tambaleó y cayó, se puso en pie y huyó de la luz que surgía a chorros por la ventana, un parche amarillo en la negrura de la noche.

Distinguió el garaje, un cuadrado negro que se recortaba contra el horizonte. Buscó en el bolsillo la linterna, abrió la puerta con cautela y entró.

El garaje estaba vacío. El coche estaba aparcado frente a la casa. A la izquierda estaba el banco de trabajo de su padre. Martillos y sierras en las paredes de madera. En la parte trasera guardaba el cortacésped, el rastrillo, la pala y el azadón. Un bidón de queroseno. Matrículas clavadas por todas

partes. El sucio suelo era de hormigón. Una gran mancha de aceite destacaba en el centro; el haz de la linterna reveló manojos de hierba grasienta y ennegrecida.

Nada más cruzar la puerta había un gran cubo de basura. Sobre éste se amontonaban periódicos y revistas antiguos, cubiertos de moho y humedad. Un intenso olor a podrido se desprendió de ellos cuando Charles los apartó. Cayeron arañas al cemento y se escurrieron; el niño las aplastó con el pie y siguió explorando.

La visión le arrancó un grito. Soltó la linterna y retrocedió de un salto. El garaje se sumió al instante en una oscuridad total. Se puso de rodillas con un gran esfuerzo de voluntad y tanteó el suelo en busca de la linterna, entre las arañas y la hierba grasienta. Por fin, la encontró. Apuntó el haz al interior del cubo, hacia el hueco que había practicado al apartar los montones de revistas.

El padre-cosa lo había ocultado en el fondo, entre hojas caducas, cartones rotos y restos podridos de revistas y cortinas, toda la basura del desván que su madre había amontonado allí con la intención de quemarla algún día. Él lo había encontrado, y al verlo se le revolvió el estómago. Se inclinó sobre el cubo y cerró los ojos hasta que fue capaz de volver a mirar. Ahí se hallaban los restos de su padre, su auténtico padre. Pedazos que el padre-cosa no necesitaba. Pedazos que había descartado.

Cogió el rastrillo y agitó los restos. Estaban secos. Crujieron y se quebraron en cuanto el rastrillo los tocó. Eran como una piel de serpiente desechada, escamosa y quebradiza al tacto. Una piel vacía. Lo que contenía, lo realmente importante, había desaparecido. Esto era todo cuanto quedaba, la piel frágil y crujiente, tirada en el fondo del cubo de basura. Era lo único que había dejado el padre-cosa; había devorado el resto. Se había apoderado de lo que contenía, usurpando el lugar de su padre.

Un ruido.

Tiró el rastrillo y corrió hacia la puerta. El padre-cosa se acercaba por el sendero, en dirección al garaje. Sus zapatos aplastaban la gravilla. Avanzaba con cierta vacilación.

—¡Charles! ¿Estás ahí? ¡Ya verás cuando te ponga la mano encima, jovencito!

La forma llena y nerviosa de su madre se recortó en la puerta de la casa.

—Ted, no le hagas daño, por favor. Está preocupado por algo.

—No voy a hacerle daño —vociferó el padre-cosa. Se detuvo para encender una cerilla—. Sólo voy a charlar un ratito con él. Necesita aprender mejores modales. Dejar la mesa así y salir corriendo en plena noche, bajando por el tejado...

Charles salió del garaje. El resplandor de la cerilla iluminó su forma. El padre-cosa lanzó un berrido y corrió tras él.

—¡Ven aquí!

Charles corrió. Conocía el terreno mejor que el replicante de su padre; aunque, gracias a su verdadero padre, aquél también sabía muchas cosas, pero nadie conocía el terreno mejor que Charles. Alcanzó la valla, trepó, saltó al patio de los Anderson, dejó atrás la ropa tendida, bajó por el sendero que rodeaba la casa y desembocó en la calle Maple.

Escuchó, agachado y sin respirar. El replicante no le había seguido. Había regresado. O tal vez se acercaba por la acera.

Respiró hondo. Tenía que marcharse. Tarde o temprano le encontraría. Miró a izquierda y derecha, no vio a nadie, y se alejó a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

—¿Qué quieres? —preguntó Tony Peretti, en tono beligerante.

Tony tenía catorce años. Estaba sentado a la mesa del comedor chapado en roble, rodeado de libros y lápices, con medio bocadillo de jamón con manteca de cacahuete y una Coca-Cola a su lado.

—Eres Walton, ¿verdad?

Tony Peretti desembalaba cocinas y neveras después del colegio en la tienda de Johnson, en el centro de la ciudad. Era grandote y de cara ruda. Cabello negro, piel olivácea, dientes blancos. Había apalizado un par de veces a Charles; había apalizado a todos los chicos del vecindario.

Charles se encogió.

—Oye, Peretti, ¿puedes hacerme un favor?

—¿Qué quieres? —se irritó Peretti—. ¿Un morado?

Charles, con la cabeza gacha y los puños apretados, explicó lo ocurrido con breves y entrecortadas palabras.

Cuando terminó, Peretti silbó por lo bajo.

—No me estarás tomando el pelo...

—Es verdad —se apresuró a insistir—. Te lo enseñaré. Acompáñame y te lo enseñaré.

Peretti se puso en pie con parsimonia.

—Sí, enséñamelo. Quiero verlo.

Fue a buscar su pistola de pequeño calibre a la habitación, y los dos avanzaron en silencio por la oscura calle, en dirección a casa de Charles. Ninguno habló mucho. Peretti estaba absorto en sus pensamientos, con expresión seria y solemne. Charles continuaba aturdido; su mente estaba completamente en blanco.

Entraron en el camino particular de los Anderson, atajaron por el patio posterior, saltaron la valla y se deslizaron con cautela hacia el patio trasero de Charles. No se movía nada. En el patio reinaba el silencio. La puerta principal de la casa estaba cerrada.

Miraron por la ventana de la sala de estar. Habían bajado las persianas, pero quedaba una estrecha rendija de luz amarillenta. La señora Walton, sentada en el sofá, cosía una camiseta de algodón. Su rostro expresaba tristeza y preocupación. Frente a ella estaba el replicante. Reclinado en la butaca de su padre, sin zapatos, leía la prensa vespertina. El televisor estaba encendido, pero nadie le hacía caso. Una lata de cerveza descansaba sobre el brazo de la butaca. El replicante se sentaba exactamente como su padre. Había aprendido mucho.

—Se parece a él —susurró Peretti, suspicaz—. ¿Estás seguro de que no me tomas el pelo?

Charles le condujo al garaje y le enseñó el cubo de basura. Peretti hundió en el interior los largos brazos bronceados y sacó con mucho cuidado los restos secos y quebradizos. Los desdoblaron hasta que se dibujó la silueta de su padre. Peretti depositó los restos en el suelo y colocó en su sitio las partes rotas. Los restos carecían de color. Eran casi transparentes. Un amarillo ámbar, fino como el papel. Seco y sin vida.

—Eso es todo —dijo Charles. Las lágrimas anegaron sus ojos—. Eso es todo lo que queda de mi padre. La cosa se ha quedado con el contenido.

Peretti había palidecido. Tiró los restos al barril, tembloroso.

—Esto es muy fuerte —murmuró—. ¿Dices que los viste a los dos juntos?

—Estaban hablando. Eran exactos. Me metí dentro. —Charles lloró a moco tendido; no podía continuar callándolo—. Lo devoró mientras yo estaba dentro. Luego, entró en casa. Fingió que era él, pero no. Lo mató y devoró su contenido.

Peretti guardó silencio un instante.

—¿Sabes?, he oído hablar de cosas parecidas. Es un asunto muy feo. Has de utilizar la cabeza y no asustarte. No estarás asustado, ¿verdad?

—No —consiguió murmurar Charles.

—Lo primero que hay que hacer es pensar en una forma de matarlo. —Agitó la pistola—. No sé si todavía funciona. Será difícil capturar a tu padre. Era un hombre muy grande. —Peretti reflexionó unos momentos—. Larguémonos de aquí. Podría volver. Es lo que suelen hacer los asesinos, según dicen.

Salieron del garaje. Peretti volvió a mirar por la ventana. La señora Walton se había levantado. Estaba nerviosa. Se oían vagos sonidos. El replicante cerró el periódico. Estaban discutiendo.

—¡Por el amor de Dios! —gritó el padre-cosa—. No cometas una estupidez semejante.

—Algo ha ocurrido —gimió la señora Walton—. Algo terrible. Deja que llame al hospital y pregunte.

—No llares a nadie. Se encuentra bien. Probablemente esté jugando en la calle.

—Nunca sale a estas horas. Nunca desobedece. Estaba terriblemente preocupado... ¡Te tenía miedo! No le culpo. —Su voz se quebró de aflicción—. ¿Qué te ha pasado? Estás muy raro. —Salió al vestíbulo—. Voy a llamar a los vecinos.

El replicante la fulminó con la mirada hasta que abandonó la estancia. Entonces, sucedió algo horrible. Charles lanzó una exclamación ahogada; incluso Peretti gruñó para sí.

—Mira —murmuró Charles—. ¿Qué...?

—Caramba —masculló Peretti, los ojos abiertos como platos.

En cuanto la señora Walton salió de la sala, la réplica se hundió en la butaca, como si todos sus músculos hubieran perdido la tensión. La boca se abrió. Los ojos tenían una mirada vaga. La cabeza cayó hacia delante, como una muñeca de trapo desechada.

Peretti se apartó de la ventana.

—Eso es —susurró—. Ésa es la explicación.

—¿Cuál? —preguntó Charles. Estaba perplejo, asustado—. Ha sido como si alguien lo hubiera apagado.

—Exactamente —asintió Peretti, sombrío y estremecido—. Lo controlan desde fuera.

El horror sobrecogió a Charles.

—¿Desde fuera de nuestro planeta, quieres decir?

Peretti sacudió la cabeza.

—¡Desde fuera de la casa! Desde el patio. ¿Sabes rastrear?

—No mucho. —Charles se devanó los sesos—. Conozco a alguien que es muy bueno. —Logró recordar el nombre—. Bobby Daniels.

—¿Ese negrito? ¿Es un buen rastreador?

—El mejor.

—Muy bien. Vamos a buscarle. Hemos de encontrar lo que acecha fuera. Lo que puso esa cosa ahí y que todavía continúa...

—Es cerca del garaje —dijo Peretti al pequeño negro acucillado a su lado en la oscuridad—. Cuando lo mató, estaba en el garaje. Mira por ahí.

—¿En el garaje? —preguntó Daniels.

—Alrededor del garaje. Walton ya ha revisado el interior. Explora los alrededores. Las cercanías.

Un pequeño macizo de flores crecía junto al garaje, y entre éste y la parte posterior de la casa había una gran confusión de bambúes y escombros. La luna había salido; una luz brumosa y fría lo bañaba todo.

—Si no lo encontramos pronto —dijo Daniels—, tendré que volver a casa. No puedo estar levantado hasta muy tarde.

Apenas era algo mayor que Charles. Tenía nueve años.

—Muy bien —contestó Peretti—. Empieza a rastrear.

Los tres se desplegaron y exploraron el suelo con cuidado. Daniels trabajaba a una velocidad increíble; su menudo cuerpo se movía como una exhalación entre las flores. Miró debajo de las rocas, bajo la casa, separó tallos de plantas, recorrió las hojas y las hierbas con mano experta. No pasó nada por alto.

Peretti se detuvo al poco rato.

—Yo vigilaré. Podría ser peligroso. Podría aparecer el padre-cosa y tratar de detenernos.

Se rezagó con la pistola preparada, mientras Charles y Bobby Daniels investigaban. Charles procedía con lentitud. Estaba cansado y tenía el cuerpo entumecido y aterido de frío. Todo se le antojaba imposible, el replicante y lo sucedido con su padre, el auténtico. Sin embargo, el terror le espoleaba. ¿Y si pasaba lo mismo con su madre, o con él? ¿O con todo el mundo? Quizá con el mundo entero.

—¡Lo he encontrado! —gritó Daniels con voz aguda—. ¡Venid, de prisa!

Peretti levantó la pistola y se incorporó con cautela. Charles dirigió el haz de su linterna hacia Daniels.

El negrito había levantado una placa de hormigón. Un cuerpo metálico brillaba en el suelo húmedo. Algo articulado y delgado, de innumerables patas torcidas, que cavaba frenéticamente. Satinado como una hormiga, era un bicho pardo rojizo que desapareció de repente ante sus propias narices. Sus filas de patas excavaban y arañaban. La tierra cedió en seguida. Su cola de aspecto mortífero se agitó con furia mientras se abría paso por el túnel que practicaba.

Peretti volvió corriendo al garaje y cogió el rastrillo. Atrapó la cola del bicho con la herramienta.

—¡De prisa! ¡Dispárale con la pistola!

Daniels se apoderó del arma y apuntó. El primer disparo arrancó la cola del bicho. Se retorció frenéticamente; la cola se arrastró en vano y algunas patas se rompieron. Medía unos treinta centímetros de largo, como un gran ciempiés. Se esforzó con desesperación en escapar por su agujero.

—Dispara otra vez —ordenó Peretti.

Daniels volvió a utilizar la pistola. El bicho se escurrió y siseó. Su cabeza se agitaba de un lado a otro. Mordió el rastrillo. Sus perversos ojos diminutos brillaban de odio. Atacó unos momentos al rastrillo, sin conseguir nada. Luego, de repente, se revolvió en una convulsión frenética que aterrorizó a los muchachos.

Algo zumbó en el cerebro de Charles, un sonido áspero y metálico, como un millón de alambres metálicos que vibraran a la vez. La fuerza le tiró al suelo; el estruendo metálico le aturdió y ensordeció. Se puso en pie, tambaleante, y retrocedió. Los demás le imitaron, pálidos y temblorosos.

—Si no podemos matarlo con la pistola —dijo Daniels—, podemos ahogarlo, quemarlo o hundirle un alfiler en el cráneo.

Se esforzó en mantener inmóvil al bicho con el rastrillo.

—Tengo un frasco con formaldehído —murmuró Daniels. Sus dedos jugaron con la pistola—. ¿Cómo funciona esto? Creo que no me...

Charles le arrebató la pistola.

—Yo lo mataré.

Se agachó, apuntó y cerró el dedo sobre el gatillo. El bicho se debatió. El campo de fuerza martilleaba en sus oídos, pero no soltó la pistola. Su dedo se fue cerrando...

—Muy bien, Charles —dijo el padre-cosa.

Unos dedos poderosos paralizaron sus muñecas. El arma cayó al suelo, mientras luchaba en vano. El replicante se precipitó sobre Peretti. El muchacho saltó y el bicho, liberado del rastrillo, desapareció por el túnel.

—Te espera una buena zurra, Charles —tronó el padre-cosa—. ¿Qué mosca te ha picado? Tu pobre madre está loca de preocupación.

Había estado al acecho, oculto entre las sombras. Agazapado en la oscuridad, vigilándolos. Su voz serena y desprovista de emoción, una parodia espantosa de la de su padre, retumbó en sus oídos mientras le arrastraba hacia el garaje. Su frío aliento, de olor dulzón, como de tierra putrefacta, bañó su rostro. Su fuerza era inmensa; no podía hacer nada.

—No opongas resistencia —dijo el ser con calma—. Entra en el garaje. Es por tu bien. Lo sé mejor que tú, Charles.

—¿Le has encontrado? —preguntó su madre con voz nerviosa, mientras abría la puerta trasera.

—Sí, le he encontrado.

—¿Qué vas a hacer?

—Darle una pequeña azotaina. —El replicante abrió la puerta del garaje—. En el garaje. —Una leve sonrisa, desprovista de humor y emoción, dilató sus labios en la penumbra—. Vuelve a la sala de estar, June. Yo me ocuparé de este asunto. Soy el más indicado. A ti nunca te ha gustado castigarle.

June cerró la puerta de mala gana. Cuando la luz se apagó, Peretti se agachó y cogió la pistola. El replicante se quedó inmóvil al instante.

—Volved a casa, chicos —dijo con voz rasposa.

Peretti no parecía muy decidido.

—Largaos —repitió el replicante—. Tira ese juguete y lárgate.

Avanzó poco a poco hacia Peretti, aferrando a Charles con una mano y extendiendo la otra hacia Peretti.

—En esta ciudad están prohibidas las pistolas de pequeño calibre, hijo. ¿Tu padre sabe que la tienes? Lo dice una ordenanza municipal. Será mejor que me la des antes de que...

Peretti le disparó en el ojo.

El replicante gimió y se llevó la mano al ojo destrozado. De repente, se abalanzó sobre Peretti. Éste se alejó hacia el camino particular, mientras intentaba amortillar la pistola. El replicante saltó. Los fuertes dedos se apoderaron de la pistola. En silencio, la rompió contra la pared de la casa.

Charles salió del trance y huyó. ¿Dónde podía ocultarse? El padre-cosa se interponía entre él y la casa. Ya corría hacia él, una forma negra que avanzaba con cautela, escudriñaba la oscuridad e intentaba localizarle. Charles retrocedió. Si tuviera algún sitio donde esconderse...

Los bambúes.

Se deslizó en silencio entre los bambúes. Los tallos eran gruesos, viejos. Se cerraron tras él con un leve crujido. El replicante buscó algo en el bolsillo. Encendió una cerilla, después ardió toda la caja.

—Charles —dijo—. Sé que estás por aquí. Es inútil que te escondas. Lo único que lograrás será crearme más problemas.

Charles se acuclilló entre los bambúes. El corazón le latía con violencia. Era como un vertedero, rebosante de malas hierbas, basura, papeles, cajas, ropa vieja, tablas, latas, botellas. Arañas y salamandras se arrastraban a su alrededor. El viento nocturno movía los bambúes. Insectos y podredumbre.

Y algo más.

Una forma, una forma silenciosa e inmóvil que se alzaba entre los desperdicios como un champiñón nocturno. Una columna blanca, una masa pulposa que brillaba a la luz de la luna. Estaba cubierta de telarañas, como un capullo mohoso. Tenía vagos brazos y piernas. Una cabeza a medio formar. Las facciones aún no se distinguían. Pero sabía lo que era.

Una madre-cosa. Crecía en el terreno húmedo y podrido, entre el garaje y la casa. Detrás de los altos bambúes.

Casi estaba terminada. En unos cuantos días alcanzaría la madurez. Aún era una larva, blanca, blanda y pulposa. Pero el sol la secaría y la calentaría. Endurecería su concha. Le proporcionaría fuerza y un tono más oscuro. Surgiría del capullo y un día, cuando su madre pasara junto al garaje... Detrás de la madre-cosa había otra larva blanca y pulposa, expulsada por el bicho hacía poco. Pequeña. Acababa de nacer. Comprendió de dónde había surgido el padre-cosa, dónde había crecido. Había madurado allí. Y su padre se había topado con él en el garaje.

Charles se alejó poco a poco de las tablas podridas, de los desperdicios, de la larva con forma de champiñón. Extendió la mano para agarrarse a la valla... y retrocedió.

Otra. Otra larva. No la había visto. No era blanca. Ya era de color oscuro. La telaraña, la blandura pulposa, la humedad, habían desaparecido. Estaba preparada. Se movió un poco, agitó los brazos débilmente.

El replicante de Charles.

Los tallos de bambú se separaron y el padre-cosa agarró con fuerza la muñeca del niño.

—Quédate aquí. Es el lugar perfecto. No te muevas. —Con la otra mano arrancó los restos del capullo que rodeaba al replicante de Charles—. Le echaré una mano. Aún está un poco débil.

Cayó la última brizna grisácea y el replicante de Charles salió, tambaleante. Avanzó con torpeza, mientras el padre-cosa despejaba de obstáculos el camino que le conducía a Charles.

—Por aquí —gruñó—. Yo lo sujetaré. Cuando hayas comido, serás más fuerte.

El replicante de Charles abrió y cerró la boca. Extendió los brazos hacia Charles. El chico se debatió, pero la inmensa mano del padre-cosa lo inmovilizó.

—Basta ya, jovencito —ordenó—. Te resultará mucho más fácil si...

Chilló y se retorció. Soltó a Charles y retrocedió. Su cuerpo se agitó con violencia. Se golpeó contra el garaje. Todos sus miembros temblaban. Rodó y sufrió convulsiones durante un rato, presa del dolor. Lloriqueó, gimió, intentó alejarse. Poco a poco, sus movimientos se aplacaron, hasta convertirse en un bulto silencioso. Quedó tendido entre los bambúes y los restos podridos, el cuerpo flácido, la cara desprovista de la menor expresión.

Por fin, el padre-cosa cesó de moverse. Sólo se oía el leve susurro de las cañas, mecidas por el viento.

Charles se puso en pie con movimientos torpes. Salió al camino particular. Peretti y Daniels se acercaron con cautela, los ojos abiertos como platos.

—No te acerques —ordenó Daniels—. Aún no está muerto. Tardan un poco.

—¿Cómo lo has hecho? —murmuró Charles.

Daniels depositó el bidón de queroseno en el suelo con un gruñido de alivio.

—Lo he encontrado en el garaje. En Virginia, los Daniels siempre utilizábamos queroseno para matar los mosquitos.

—Daniels ha vertido queroseno en el túnel del bicho —explicó Peretti, todavía aturdido—. Ha sido idea suya.

Daniels propinó una patada al cuerpo retorcido del padre-cosa.

—Ya ha muerto. Ha fallecido al mismo tiempo que el bicho.

—Imagino que los demás también morirán —dijo Peretti.

Apartó las cañas para examinar las larvas que crecían entre los desperdicios. Cuando Peretti hundió el extremo de un palo en el pecho del replicante de Charles, éste no se movió.

—Está muerto.

—Será mejor que nos aseguremos —dijo Daniels, ceñudo.

Cogió el pesado bidón de queroseno y lo arrastró hacia el borde del cañaveral.

—Ha dejado caer unas cerillas en el camino particular. Ve a cogerlas, Peretti.

Intercambiaron una mirada.

—Claro —dijo Peretti en voz baja.

—Sugiero que cerremos la tapa para evitar que se derrame —dijo Charles.

—Démonos prisa —replicó Peretti, impaciente.

Se puso a andar sin esperarles. Charles le siguió a toda prisa y empezó a buscar las cerillas bajo la luz de la luna.

Introducción

Título del relato: *El fabricante de capuchas*

Título del guion: *The F Maker*

Matthew Graham es un escritor y productor de televisión conocido por crear y escribir las series televisivas *Life on Mars* y *Ashes to Ashes*. Graham escribió y fue el productor ejecutivo de la miniserie de televisión *Childhood's End*, basada en la novela de Arthur C. Clarke *El fin de la infancia*.

En mis años de lectura formativa, desde los diez hasta los dieciocho años, devoré todas las obras de ciencia ficción que cayeron en mis manos, lo cual, considerando que mi biblioteca local me permitía sacar cinco libros cada dos semanas, es una cantidad considerable. Asimov, Herbert, Heinlein, Bradbury, Clarke, todos ellos tuvieron una gran influencia en mi imaginación. Philip K. Dick fue sin duda el más desafiante y emocionante.

PKD te suelta desde de una gran altura a su mundo, sin explicación ni disculpa. Aquí, en su mente, las reglas habituales no se aplican y es de cero a cien en un milisegundo, así que manténganse atentos. Una frase inicial podría ser fácilmente algo parecido a «Catoran Malovich usó su motoeco para escapar por la ciudad. Pero el Cerebro Verde estaba muy cerca».

Vale, me lo he inventado, pero deja claro lo que quiero decir. Estamos dentro y estamos corriendo. Había una gran energía en su prosa, densa y económica a la vez, que me impulsaba hacia delante y me aceleraba el pulso. PKD sabía pintar un cuadro en la mente, pero también sabía que a pesar de la inherente calidad cinematográfica de su trabajo, era literatura, no un guion de cualquier clase preparado de contrabando para los estudios de cine (como muchos novelistas hacen hoy día). Así pues, resulta irónico que los cineastas hagan cola para adaptar su trabajo.

Cuando leí su antología de cuentos cortos, tendí a hacerlo con demasiada rapidez. Me perdí cosas porque tenía ganas de terminar un relato y empezar el siguiente. Leerlos era como coleccionar Pokémon. ¡Tengo que atraparlos a todos! Así que me emocioné y me perdí cosas, era un niño, así que llévame a juicio si quieres. Como consecuencia, cuando leí *El fabricante de capuchas*, no me di cuenta de que en la primera página explicaba que la capucha en cuestión, que llevaba un hombre llamado Franklin y que estaba diseñada para protegerlo de la lectura mental, no era en realidad una capucha, sino una diadema de metal oculta.

Cuando volví a leerlo unos años después, me di cuenta de mi error. Pero ya era demasiado tarde. Tenía grabada en la mente la imagen de un hombre caminando por una calle abarrotada de gente que llevaba una capucha sobre su cabeza. Parecía tan etéreo y perturbador. Era a la vez un acto valiente de desafío público y un anuncio de la identidad personal y, sin embargo, también lo opuesto, una manera de esconderse y ser distante y reservado. Expone el asunto de la historia: ¿Qué secretos tenemos derecho a guardar? ¿Deberían ser sagrados todos nuestros pensamientos aunque sean oscuros o peligrosos? ¿Tengo derecho a leer su mente si creo que es de interés nacional? ¿Puedo esconderme? ¿Está mal eso?

Cuando tuve el gran privilegio de elegir una historia de PKD para adaptarla a *Electric Dreams*, me lancé directamente a por *El fabricante de capuchas* y decidí seguir con mi interpretación original, más infantil. Me quedé con las capuchas. Porque me inquietaban y yo quería encontrar imágenes que fueran perturbadoras y un poco icónicas para la película. Y porque, con razón o por error, había respondido a lo escrito de manera personal y sentía que eso debía preservarse. Porque adaptar a tus héroes es muy personal. Igual que leer su trabajo. A Dick más que a nadie. Su trabajo comienza como una conferencia, se convierte en un diálogo y evoluciona hacia una relación.

Así que disfruta de esta conferencia, conversación y relación. Será fugaz, pero espero que permanezca para siempre contigo. Como lo hizo conmigo.

MATTHEW GRAHAM

El fabricante de capuchas

¡Una capucha!

—¡Un tipo con una capucha!

Empleados y clientes salieron corriendo a la acera y se añadieron a la multitud congregada. Un joven de rostro cetrino dejó caer su bicicleta y empezó a correr. La muchedumbre se engrosó con ejecutivos de chaqueta gris, secretarias de aspecto cansado, funcionarios y obreros.

—¡Atrapadlo! —La multitud se abalanzó hacia delante—. ¡Atrapad al viejo!

El joven de rostro cetrino arrojó una piedra que había tomado de la cuneta y la estrelló contra el escaparate de una tienda.

—¡Sí, lleva una capucha!

—¡Quitádsela!

Llovieron más piedras. El viejo jadeó de miedo e intentó sortear a dos soldados que le bloqueaban el camino. Una piedra le alcanzó en la espalda.

—¿Qué escondes? —preguntó el joven de rostro cetrino, que se había plantado frente al anciano—. ¿Por qué tienes miedo de que te sondeen?

—¡Seguro que oculta algo!

Un obrero le arrebató el sombrero al viejo. Manos ansiosas buscaron la banda de metal que rodeaba su cabeza.

—¡Nadie tiene derecho a ocultar nada!

El viejo cayó al suelo con los miembros extendidos. El paraguas salió rodando. Un funcionario cogió la capucha y tiró. La muchedumbre luchó por tocar la banda metálica. De pronto, el joven lanzó un grito. Retrocedió y levantó en alto la capucha.

—¡La tengo! ¡La tengo!

Corrió hacia su bicicleta y se alejó pedaleando, sin soltar la capucha doblada.

Se oyó el aullido de una sirena y un coche robot de la policía frenó en la curva. Salieron policías robot que dispersaron a la turba.

—¿Está herido?

Ayudaron al anciano a levantarse.

El viejo sacudió la cabeza, aturdido. Las gafas le colgaban de una oreja. Tenía el rostro manchado de sangre y saliva.

—Muy bien. —Los dedos metálicos del policía le soltaron—. Será mejor que se aleje de la calle y se meta en algún sitio. Por su propio bien.

El director de seguridad Ross apartó la tarjeta electrónica que contenía el informe.

—Uno más. Me sentiré aliviado cuando el proyecto de ley Antiinmunidad sea aprobado.

—¿Uno más? —preguntó Peters, levantando la vista.

—Otra persona que llevaba una capucha, un escudo antisondeos. Van diez en las últimas cuarenta y ocho horas. No paran de enviarlas por correo.

—Enviadas por correo, deslizadas bajo las puertas, en los bolsillos, abandonadas sobre los escritorios... Hay muchas formas de distribuirlas.

—Si nos lo comunicara más gente...

—Ya es extraño que alguien lo haga. —Peters sonrió con malicia—. El hecho de que las capuchas sean enviadas a esta gente tiene su lógica. No las escogen al azar.

—¿En qué se basan para enviárselas?

—Tienen algo que ocultar. Es la única explicación.

—¿Qué me dices de los que sí nos informan?

—Tienen miedo de llevarlas. Nos entregan las capuchas... para evitar sospechas.

Ross reflexionó, malhumorado.

—Supongo que tienes razón.

—Un hombre inocente carece de motivos para ocultar sus pensamientos. El noventa y nueve por ciento de la población está contenta con que su mente sea sometida a sondeos. La mayoría de la gente desea demostrar su lealtad, pero ése uno por ciento es culpable de algo.

Ross abrió un sobre de papel manila y extrajo una banda metálica. La estudió con gran interés.

—Fíjate: un simple trozo de alguna aleación, pero que impide cualquier sondeo. Los agujas se ponen como locos. Sufren una especie de descarga eléctrica cuando intentan traspasarla.

—Habrás enviado muestras al laboratorio, por supuesto.

—No. No quiero que ningún empleado del laboratorio se fabrique su propia capucha. ¡Ya tenemos bastantes problemas!

—¿A quién le quitaron ésta?

Ross apretó un botón de su escritorio.

—Ahora lo sabremos. El aguja nos proporcionará un informe.

La puerta se desvaneció y un joven flaco, de rostro cetrino, entró en la habitación. Vio la banda de metal que sostenía Ross en la mano y dibujó una leve y vivaz sonrisa.

—¿Quería verme?

Ross examinó al joven. Cabello rubio, ojos azules. Un chico de aspecto normal; tal vez un estudiante de segundo de carrera. Pero Ross sabía muy bien quién era. Ernest Abbud era un mutante telépata: un aguja. Uno de los varios cientos que Seguridad empleaba para los sondeos de lealtad.

Antes de los agujas, los sondeos de lealtad se realizaban de cualquier manera. Juramentos, exámenes o micrófonos ocultos no bastaban. La teoría de que cada persona debía demostrar su lealtad era estupenda..., pero era una teoría. En la práctica, muy poca gente podía hacerlo. Daba la impresión de que sería preciso abandonar el concepto de que todo el mundo era culpable hasta que se demostrara su inocencia, y restaurar el derecho romano.

El problema, en apariencia insoluble, había encontrado respuesta en la explosión de Madagascar, ocurrida en 2004. Radiaciones muy poderosas habían afectado a varios miles de soldados estacionados en la zona. De los que quedaron con vida, pocos engendraron hijos, pero muchos de los varios centenares de niños que nacieron de los supervivientes dieron muestras de características mentales radicalmente nuevas. Había nacido un mutante humano por primera vez en miles de años.

Los agujas aparecieron por accidente, pero solucionaron el problema más grave al que se enfrentaba la Unión Libre: la detección y el castigo de la deslealtad. Los agujas eran de incalculable valor para el gobierno de la Unión Libre, y lo sabían.

—¿Usted encontró esto? —preguntó Ross, dando un golpecito a la capucha.

—Sí —asintió Abbud.

El joven no seguía las palabras que pronunciaba el director, sino sus pensamientos. Ross enrojeció de cólera.

—¿Cómo era el hombre? —preguntó con aspereza—. El informe no da detalles.

—Es el doctor Franklin, director de la Comisión de Recursos Federales. Tiene sesenta y siete años de edad. Ha venido para visitar a un pariente.

—¡Walter Franklin! He oído hablar de él. —Ross miró a Abbud—. Entonces, ¿ya ha...?

—En cuanto le quité la capucha pude sondearle.

—¿Adónde fue Franklin después de ser atacado?

—Se refugió en un local, a instancias de la policía.

—¿Apareció en el lugar de los hechos?

—Después de que le quité la capucha, por supuesto. Todo fue a pedir de boca. Franklin fue localizado por otro telépata. Fui informado de que Franklin caminaba en mi dirección. Cuando le vi grité que llevaba una capucha. Se formó una multitud y otras personas repitieron el grito. El otro telépata llegó y manipulamos a la muchedumbre hasta situarnos cerca de él. Yo mismo cogí la capucha... Ya conoce el resto.

Ross guardó silencio unos momentos.

—¿Sabe cómo consiguió la capucha? ¿Lo averiguó mediante el sondeo?

—La recibió por correo.

—¿Sabe...?

—No tiene ni idea de quién se la envió o de dónde procedía.

—Entonces, no podrá proporcionarnos la menor información. —Ross frunció el ceño—. ¿Quién se la habrá enviado?

—Los fabricantes de capuchas —respondió con frialdad Abbud.

Ross levantó al instante la vista.

—¿Qué?

—Los fabricantes de capuchas. Alguien las fabrica —añadió Abbud, con expresión dura—. Alguien está fabricando escudos a prueba de sondas.

—¿Y está seguro...?

—¡Franklin no sabe nada! Llegó anoche a la ciudad. Su máquina de correo le trajo la capucha esta mañana. Reflexionó durante un rato. Después, compró un sombrero y se lo colocó en la cabeza. Se encaminó a pie a casa de su sobrina. Le localizamos varios minutos después, cuando entró en nuestro radio de acción.

—Parece que últimamente han ocurrido casos similares de capuchas enviadas por correo. Pero usted ya lo sabe. —Ross apretó los labios—. Debemos localizar a los remitentes.

—Tardaremos un poco. Por lo visto, envían capuchas incesantemente. —Abbud hizo una mueca—. ¡Debemos estar tan cerca! Nuestro radio de acción es muy limitado, pero tarde o temprano localizaremos a uno. Tarde o temprano le arrancaremos la capucha a alguien... y le encontraremos...

—Durante el último año se han detectado cinco mil portadores de capuchas —declaró Ross—. Cinco mil..., y ni uno de ellos sabía nada. De dónde vienen las capuchas y quién las fabrica.

—Habrá más posibilidades cuando seamos más —dijo Abbud, en tono sombrío—. Actualmente, hay pocos como yo, pero cuando...

—Ordenarás que sondeen a Franklin, ¿verdad? —preguntó Peters a Ross—. Para asegurarnos.

—Supongo que sí. —Ross movió la cabeza en dirección a Abbud—. Podría encargarse usted mismo. Que su grupo proceda a un sondeo total y averigüe si existe algo de interés sepultado en su zona nerviosa inconsciente. Infórmeme de los resultados por los conductos habituales.

Abbud buscó en su chaqueta. Sacó una cinta y la tiró sobre el escritorio, frente a Ross.

—Aquí los tiene.

—¿Qué es esto?

—El sondeo total de Franklin. A todos los niveles; investigados y grabados por completo.

Ross miró al joven.

—Usted...

—Nos hemos adelantado. —Abbud se dirigió hacia la puerta—. Un buen trabajo. Lo hizo Cummings. Descubrimos considerable deslealtad, más ideológica que manifiesta. Es probable que ustedes quieran detenerlo. Cuando tenía veinticuatro años encontró libros antiguos y discos de música. Sufrió una fuerte influencia. La última parte de la cinta recoge nuestras discusiones sobre la evaluación global de su desviación.

La puerta se desvaneció, y Abbud se marchó.

Ross y Peters le siguieron con la mirada. Por fin, Ross cogió la cinta y la colocó junto a la banda metálica.

—¡Es increíble! —dijo Peters—. Han llevado a cabo el sondeo.

Ross asintió con la cabeza, abismado en sus pensamientos.

—Sí, y creo que no me gusta.

Los dos hombres intercambiaron una mirada, y adivinaron que mientras lo hacían, Ernest Abbud leía sus pensamientos desde el exterior del despacho.

—¡Maldita sea! —exclamó inútilmente Ross—. ¡Maldita sea!

La respiración de Walter Franklin era agitada. Miró a su alrededor y se secó el sudor de su cara surcada de arrugas con una mano temblorosa.

Oyó que los pasos de los agentes de seguridad se acercaban desde el extremo del pasillo.

Se había librado de la turba..., por poco. Habían transcurrido cuatro horas. Entonces, el sol se había puesto y la noche caía sobre la gran ciudad de Nueva York. Había conseguido llegar casi a los límites de la ciudad, pero una alarma pública estaba solicitando su detención.

¿Por qué? Había trabajado para el gobierno de la Unión Libre durante toda su vida. No había cometido la menor deslealtad. Nada, excepto abrir el correo matutino, encontrar la capucha, meditar sobre su significado y ponérsela. Recordaba la pequeña etiqueta que contenía las instrucciones:

¡SALUDOS!

Le enviamos este escudo antisondeos con los mejores deseos del fabricante y la esperanza de que le sea útil. Muchas gracias.

Nada más. Ninguna otra información. Había reflexionado durante largo rato. ¿Debía ponérsela? Nunca había hecho nada. No tenía nada que ocultar, ninguna deslealtad a la Unión. Sin embargo, la idea le fascinaba. Si se ponía la capucha, nadie leería sus pensamientos; le pertenecerían en exclusiva. Podría pensar lo que le viniera en gana, interminables pensamientos de los que sólo él disfrutaría.

Por fin, había tomado una decisión: se pondría la capucha y la disimularía con su viejo homburg. Había salido a la calle, y apenas pasados diez minutos, una multitud enfurecida se había congregado a su alrededor. Y en aquel momento se había declarado una alarma general con el propósito de detenerle.

Franklin se devanaba los sesos. ¿Qué podía hacer? Le llevarían ante un tribunal. No se le acusaría de nada; debería demostrar, simplemente, que era leal. ¿Había hecho algo malo? ¿Había olvidado algún acto desleal? Se había puesto la capucha. Tal vez era eso. Se había presentado en el Congreso una especie de proyecto de ley Antiinmunidad, a fin de que fuera considerado un delito llevar un escudo antisondeos, pero aún no lo habían aprobado...

Los agentes de seguridad casi le habían alcanzado. Retrocedió por el pasillo del hotel, mirando desesperadamente a su alrededor. Un letrero rojo centelleaba: Salida. Corrió hacia él, bajó un tramo de escalera y salió a una calle oscura. Salir al exterior, teniendo en cuenta las masas excitadas, era peligroso. Había tratado de mantenerse escondido lo máximo posible, pero no le quedaba otra elección.

Una voz estridente chilló a su espalda. Algo pasó a su lado y desintegró un trozo de pavimento. Un rayo Slem. Franklin corrió, jadeante, dobló una esquina y se desvió por una calle lateral. La gente le miraba con curiosidad cuando la rebasaba a toda prisa.

Cruzó una calle atestada de gente y se mezcló con un grupo de personas que iban al cine. ¿Le habrían visto los agentes? Miró nerviosamente a su alrededor. Ninguno de ellos a la vista.

Llegó a otra esquina y atravesó la calle. Alcanzó la zona central para peatones y observó que un brillante coche de seguridad avanzaba hacia él. ¿Le habrían visto salir de la zona para peatones?

Se encaminó a la esquina más alejada. El coche de seguridad aceleró de repente. Apareció un segundo vehículo por el otro extremo de la calle.

Franklin llegó a la esquina.

El primer coche se detuvo con un chirrido de neumáticos. Agentes de seguridad salieron en tropel e invadieron la acera.

Estaba atrapado. No tenía dónde esconderse. Paseantes y oficinistas volvieron la vista con curiosidad, sin expresar la menor simpatía en sus rostros. Algunos le sonrieron, vagamente divertidos. Franklin miró a su alrededor, desesperado. Ningún sitio, ninguna puerta, ninguna persona...

Un coche frenó ante él y se abrieron sus puertas.

—Entre. —Una joven se inclinó hacia él, con una expresión perentoria en su bonito rostro—. ¡Entre, maldita sea!

Obedeció. La chica cerró las puertas, y el coche aceleró. Un coche de seguridad dobló frente a ellos y bloqueó la calle con un bulto brillante. Un segundo coche de seguridad llegó por detrás.

La chica se inclinó y aferró los controles. El coche se elevó de súbito; ganaba altura con gran rapidez. Un relámpago de luz violeta iluminó el cielo a sus espaldas.

—¡Agáchese! —gritó la chica.

Franklin se hundió en su asiento. El coche describió un amplio arco y dejó atrás las columnas protectoras de una hilera de edificios. Los coches de seguridad abandonaron la persecución.

Franklin se secó la frente con manos temblorosas.

—Gracias —murmuró.

—De nada.

La chica aumentó la velocidad del coche. Salieron de la parte comercial y se dirigieron hacia los barrios residenciales de las afueras. La joven conducía en silencio, vigilando el cielo.

—¿Quién es usted? —preguntó Franklin.

La chica le tiró algo.

—Póngase eso.

Una capucha. Franklin la abrió y se la puso sobre la cabeza con movimientos torpes.

—Ya está.

—De no llevarla, nos localizarían con una sonda aguja. No hay que bajar la guardia ni un momento.

—¿Adónde vamos?

La chica se volvió hacia él. Le examinó con sus serenos ojos grises mientras manejaba el volante con una mano.

—Vamos a ver al fabricante de capuchas —dijo—. La alarma pública desatada contra usted tiene máxima prioridad. Si le dejamos marchar, no durará ni una hora.

—No lo entiendo. —Franklin sacudió la cabeza, aturdido—. ¿Por qué me buscan? ¿Qué he hecho?

—Le están sondeando.

El coche describió un amplio arco. El viento silbó al enroscarse entre los parachoques y las aletas.

—Le sondean los agujas. Los acontecimientos se están precipitando. No hay tiempo que perder.

El hombrecillo calvo se quitó las gafas y ofreció su mano a Franklin mientras le observaba con mirada miope.

—Encantado de conocerle, doctor. He seguido su trabajo en la Junta con sumo interés.

—¿Quién es usted? —preguntó Franklin.

El hombrecillo sonrió con timidez.

—Me llamo James Cutter. Soy el fabricante de capuchas, como me llaman los agujas. Ésta es nuestra fábrica. —Señaló la habitación con un ademán circular—. Eche un vistazo.

Franklin examinó las instalaciones. Se hallaba en un almacén, un antiguo edificio de madera del siglo pasado. En lo alto había gigantescas vigas resecas y carcomidas. El piso era de hormigón. En el techo brillaban luces fluorescentes anticuadas. Manchas de humedad y gruesas tuberías recorrían las paredes.

Franklin paseó por el almacén, con Cutter a su lado. Estaba aturdido. Todo había sucedido con mucha rapidez. Por lo visto, se encontraba en las afueras de Nueva York, en algún degradado suburbio industrial. Había

hombres trabajando por todas partes, inclinados sobre estampadoras y moldes. El aire era caliente. Un ventilador arcaico giraba en el techo. El almacén resonaba y vibraba con el constante estrépito.

—Esto... —murmuró Franklin—. Esto es...

—Aquí fabricamos las capuchas. No es muy impresionante, ¿verdad? Más adelante pensamos trasladarnos a instalaciones nuevas. Acompáñeme y le enseñaré el resto.

Cutter empujó una puerta lateral y entraron en un pequeño laboratorio. Frascos y retortas se hacinaban por todas partes en abigarrada confusión.

—Aquí realizamos nuestras investigaciones. Puras y aplicadas. Hemos aprendido algunas cosas. Algunas las utilizamos; otras, confiamos en no necesitarlas. Así mantenemos ocupados a nuestros refugiados.

—¿Refugiados?

Cutter apartó algunos aparatos y se sentó sobre la mesa del laboratorio.

—La mayoría de ellos están aquí por la misma razón que usted: sondeados por los agujas, acusados de desviación. Por fortuna, nosotros los atrapamos antes.

—Pero ¿por qué...?

—¿Por qué le sondeaban? Por su cargo, director de un departamento gubernamental. Todos estos hombres eran importantes..., y todos fueron sondeados por los agujas. —Cutter encendió un cigarrillo y se apoyó en la pared manchada de humedad—. Existimos gracias a un descubrimiento llevado a cabo hace diez años en un laboratorio del gobierno. —Dio un golpecito a su capucha—. Esta aleación impide los sondeos. Uno de estos hombres la descubrió por accidente. Los agujas le persiguieron de inmediato, pero escapó. Fabricó algunas capuchas y se las pasó a los demás hombres que trabajaban en su especialidad. Así empezó todo.

—¿Cuánta gente hay aquí?

—No puedo decírselo —rio Cutter—. Los suficientes como para fabricar capuchas y ponerlas en circulación enviándolas a destacados miembros del gobierno, directivos, científicos, funcionarios, educadores...

—¿Por qué?

—Porque queremos hacernos con ellos antes que los agujas. Con usted, llegamos demasiado tarde. Ya ha sido sometido a un sondeo total, incluso antes de que la capucha fuera enviada por correo.

»Los agujas están logrando un control cada vez mayor sobre el gobierno. Eligen a los mejores hombres, los denuncian y proceden a su detención. Si un aguja dice que alguien es desleal, Seguridad debe arrestarlo. Intentamos proporcionarle a tiempo una capucha. No podían entregar un informe a Seguridad si usted llevaba una. Sin embargo, fueron más inteligentes que nosotros. Lanzaron una turba tras usted y se apoderaron de la capucha. Entregaron el informe a Seguridad en seguida.

—Por eso querían quitármela.

—Los agujas no pueden presentar un informe incriminatorio contra un hombre cuya mente es opaca a los sondeos. Seguridad no es tan estúpida. Los agujas tienen que deshacerse de las capuchas. Todo hombre que utiliza una capucha es un hombre no controlado. Hasta ahora, se las han arreglado provocando tumultos, pero es poco eficaz. El próximo paso es la aprobación en el Congreso de ese proyecto de ley Antiinmunidad del senador Waldo. Prohibiría el empleo de capuchas. —Cutter sonrió con ironía—. Si un hombre es inocente, ¿por qué se opone a que le sondeen la mente? El proyecto convierte en delito llevar escudos antisondeos. La gente que recibe capuchas las entrega a Seguridad. Nadie querrá quedarse una capucha, si eso significa prisión y confiscación de sus bienes.

—Una vez hablé con Waldo. Creo que no comprendo el alcance de su proyecto. Si pudiéramos hacerle ver...

—¡Exacto! Si comprendiera las consecuencias. Hay que detener este proyecto. Si lo aprueban, estamos acabados. Y los agujas están muy interesados. Alguien debe hablar con Waldo y hacerle comprender la situación. —Los ojos de Cutter brillaban—. Usted le conoce. Se acordará de usted.

—¿Qué quiere decir?

—Franklin, vamos a soltarle..., para que hable con Waldo. Es la única posibilidad de detener el proyecto de ley. Y hay que detenerlo.

El crucero volaba sobre las Montañas Rocosas. De vez en cuando se divisaban bosques y arbustos enmarañados.

—Hay un prado llano hacia la derecha —dijo Cutter—. Si lo encuentro, aterrizaré.

Apagó los motores. El rugido del aparato cesó. Planearon sobre las colinas.

—A la derecha —dijo Franklin.

Cutter descendió con suavidad.

—Desde aquí se puede ir caminando a la propiedad de Waldo.

Ambos experimentaron una sacudida cuando las aletas de aterrizaje se hundieron en el suelo. Por fin, se quedaron inmóviles.

El viento agitaba débilmente los altos árboles que rodeaban la zona. Era mediodía. El aire era frío y tenue. Se encontraban a bastante altura, en las montañas, en la zona de Colorado.

—¿Qué posibilidades tenemos de entrevistarnos con él? —preguntó Franklin.

—Pocas.

—¿Cómo? —se inquietó Franklin—. ¿Por qué?

Cutter abrió la puerta del crucero y saltó al suelo.

—Vamos. —Ayudó a Franklin a salir y cerró la puerta—. Waldo tiene guardianes. Una muralla de robots le protege. Por eso aún no lo habíamos intentado. Si no fuera crucial, tampoco lo habríamos hecho.

Bajaron por la colina siguiendo un estrecho sendero cubierto de maleza.

—¿Por qué se comportan así los agujas? —preguntó Franklin—. ¿Por qué quieren obtener más poder?

—La naturaleza humana, supongo.

—¿La naturaleza humana?

—Los agujas no son diferentes de los jacobinos, los cabezas rapadas, los nazis o los bolcheviques. Siempre hay algún grupo que desea guiar a la humanidad; por su propio bien, desde luego.

—¿Eso creen los agujas?

—La mayoría de los agujas se consideran los líderes naturales de la humanidad. Los humanos sin poderes telepáticos constituyen una raza inferior. Los agujas son el siguiente paso, el *Homo superior*. Y como son

superiores, es natural que tomen las riendas y adopten todas las decisiones por nosotros.

—Y ustedes no están de acuerdo.

—Los agujas son diferentes de nosotros, pero eso no significa que sean superiores. Una facultad telepática no implica una superioridad general. Los agujas no son una raza superior. Son seres humanos con una capacidad especial, pero eso no les da derecho a decirnos lo que debemos hacer. No es un problema nuevo.

—¿Quién ha de guiar a la humanidad, entonces? ¿Quiénes deberían ser sus líderes?

—Nadie tiene que guiar a la humanidad. Debe guiarse por sus propios medios.

Cutter se inclinó hacia delante de repente, tenso.

—Casi hemos llegado. La propiedad de Waldo se encuentra directamente frente a nosotros. Prepárese. Todo depende de los siguientes minutos.

—Hay algunos guardias robot. —Cutter bajó los prismáticos—. Pero eso no es lo que me preocupa. Si Waldo tiene un aguja en las cercanías, detectará nuestras capuchas.

—Y no podemos quitárnoslas.

—No. La información pasaría de aguja a aguja. —Cutter avanzó con cautela—. Los robots nos darán el alto y pedirán que nos identifiquemos. Debemos confiar en su credencial de director.

Salieron de los matorrales a campo abierto y caminaron hacia los edificios que conformaban la propiedad del senador Waldo. Llegaron a un camino de tierra y lo siguieron, sin hablar, mientras contemplaban el paisaje que se extendía ante ellos.

—¡Alto! —Un guardia robot apareció y caminó hacia ellos por el campo—. ¡Identifíquense!

Franklin mostró su credencial.

—Tengo el cargo de director. Hemos venido a ver al senador. Soy un viejo amigo.

Relés automáticos chasquearon mientras los robots examinaban la placa de identificación.

—¿Cargo de director?

—Exacto —dijo Franklin, que se estaba poniendo nervioso.

—Apártense —ordenó Cutter, impaciente—. No tenemos tiempo que perder.

El robot obedeció, vacilante.

—Perdone las molestias, señor. El senador está en el edificio principal. Sigam recto.

—Muy bien. —Cutter y Franklin dejaron atrás al robot. El sudor perlaba la redonda cara de Cutter—. Lo conseguimos —murmuró—. Esperemos que no haya agujas ahí dentro.

Franklin llegó al porche y subió los escalones sin prisa, seguido de Cutter. Se detuvo ante la puerta y miró al hombrecillo.

—¿Debemos...?

—Adelante. —Cutter estaba tenso—. Entremos de una vez. Estaremos más seguros.

Franklin levantó la mano. La puerta emitió un agudo chasquido cuando las cámaras le fotografiaron y examinaron su imagen. Franklin rezó en silencio. Si la alarma de Seguridad había llegado hasta allí...

La puerta se desvaneció.

—Adentro —le urgió Cutter.

Franklin entró y escudriñó la semioscuridad. Parpadeó para acostumbrarse a la escasa luz del vestíbulo. Alguien avanzaba hacia él. Una forma, una forma pequeña que caminaba con rapidez y agilidad. ¿Era Waldo?

Un joven larguirucho, de rostro cetrino, penetró en el vestíbulo, con una sonrisa fija en el rostro.

—Buenos días, doctor Franklin —dijo.

Alzó su fusil Slem y disparó.

Cutter y Ernest Abbud se quedaron mirando la masa fluida que había sido el doctor Franklin. Ninguno de ellos habló. Por fin, Cutter levantó la mano, pálida como un muerto.

—¿Era necesario?

Abbud se movió al reparar en su presencia.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros; con el fusil Slem apuntaba al estómago de Cutter—. Era viejo. No habría durado mucho en los campos de custodia preventiva.

Cutter sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno lentamente, sin desviar la vista del rostro del joven. Nunca había visto a Ernest Abbud, pero sabía quién era. Vio cómo el joven de rostro cetrino golpeaba con el pie los restos que yacían en el suelo.

—Entonces, Waldo es un aguja —dijo Cutter.

—Sí.

—Franklin estaba equivocado. Comprende muy bien el alcance de su proyecto.

—¡Por supuesto! El proyecto de ley Antiinmunidad es una parte esencial de nuestro plan. —Abbud movió el cañón del fusil Slem—. Quítese la capucha. No puedo sondearle, y me pone nervioso.

Cutter titubeó. Dejó caer el cigarrillo al suelo con aire pensativo y lo aplastó con el zapato.

—¿Qué está haciendo aquí? Suele trabajar en Nueva York. Está muy lejos de allí.

—Captamos los pensamientos del doctor Franklin cuando entró en el coche de la chica —sonrió Abbud—, antes de que ella le diera la capucha. Esperé demasiado. Obtuvimos una imagen clara de ella, vista desde el asiento posterior, por supuesto, pero se volvió para darle la capucha a Franklin. Seguridad la detuvo hace dos horas. Sabía muchas cosas... Nuestro primer contacto positivo. Pudimos localizar la fábrica y detener a la mayoría de los trabajadores.

—¿Sí? —murmuró Cutter.

—Están bajo custodia preventiva. Les hemos quitado las capuchas, y las existencias que estaban pendientes de distribución. Hemos desmantelado las estampadoras. Por lo que yo sé, hemos atrapado a todo el grupo. Usted es el último.

—En ese caso, ¿es necesario que me quite la capucha?

Los ojos de Abbud destellaron.

—Quítesela. Quiero sondearle, señor fabricante de capuchas.

—¿Qué quiere decir? —gruñó Cutter.

—Varios de sus hombres nos proporcionaron imágenes de usted y detalles sobre su viaje hacia aquí. Vine en persona y avisé a Waldo previamente mediante nuestro sistema de comunicaciones. Quería estar presente.

—¿Por qué?

—Es un acontecimiento. Un gran acontecimiento.

—¿Qué papel interpreta usted?

El rostro cetrino de Abbud se descompuso.

—¡Vamos, quítese la capucha! Podría desintegrarle ahora mismo, pero antes quiero sondearle.

—Muy bien. Me la quitaré. Sondéeme si quiere. Sondee todo lo que quiera. —Cutter hizo una pausa, con la serenidad pintada en el rostro—. Es su funeral.

—¿Qué quiere decir?

Cutter se quitó la capucha y la tiró sobre una mesa situada cerca de la puerta.

—¿Y bien? ¿Qué ve? ¿Qué sé yo... que ninguno de los demás sabía?

Abbud se quedó en silencio durante un momento.

De pronto, su rostro se deformó en una mueca y sus manos se agitaron. El fusil Slem osciló. Abbud se tambaleó, y un violento estremecimiento recorrió su cuerpo esquelético. Miró a Cutter con creciente horror.

—Lo descubrí hace muy poco —dijo Cutter—. En nuestro laboratorio. No quería utilizarlo, pero usted me obligó a quitarme la capucha. Siempre había considerado la aleación mi mayor descubrimiento..., hasta éste. En algunos aspectos, todavía es más importante. ¿No lo cree?

Abbud no dijo nada. Su cara había adquirido un enfermizo tono grisáceo. Sus labios se movían, pero sin emitir sonido alguno.

—Tuve un presentimiento y me dejé llevar por él. Sabía que ustedes, los telépatas, habían nacido de un solo grupo, como resultado de un accidente: la explosión de hidrógeno en Madagascar. Eso me dio que pensar. La mayoría de los mutantes que conocemos surgen, por regla general, de una especie que ha alcanzado el estadio de mutación. Nunca se trata de un solo grupo en una única zona. Sucede en todo el mundo, allá donde exista una especie.

»La causa de su existencia reside en los daños sufridos por el plasma genético de un grupo específico de humanos. Ustedes no eran mutantes, no representaban un desarrollo natural del proceso de la evolución. Era absurdo suponer que el *Homo sapiens* había alcanzado el estadio de mutación. Por tanto, existía la posibilidad de que no fueran mutantes.

»Hice ciertos estudios, algunos biológicos, otros meramente estadísticos. Investigación sociológica. Empecé a correlacionar datos sobre ustedes, sobre cada miembro de su grupo que pudimos localizar. La edad, qué hacían para ganarse la vida, cuántos estaban casados, el número de hijos... Al cabo de un tiempo, descubrí los hechos que usted está sondeando en este preciso momento.

Cutter se inclinó hacia Abbud y clavó la mirada en el joven.

—Usted no es un auténtico mutante, Abbud. Su grupo existe gracias a una explosión fortuita. Es diferente de nosotros a causa de los daños sufridos por los aparatos reproductores de sus padres. Carece de una característica específica que todos los mutantes poseen. —Una leve sonrisa recorrió las facciones de Cutter—. Muchos de ustedes se han casado, pero no se tiene noticia de ningún nacimiento. ¡Ni uno! ¡Ni un solo niño aguja! No pueden reproducirse, Abbud. Todos ustedes son estériles. Cuando mueran, nadie los reemplazará.

»Ustedes no son mutantes. ¡Son monstruos!

Abbud gruñó roncamente y su cuerpo se puso a temblar.

—Lo estoy leyendo en su mente. —Recobró la serenidad con un esfuerzo—. Y lo ha mantenido en secreto, ¿verdad? ¿Es el único que lo sabe?

—Alguien más lo sabe —dijo Cutter.

—¿Quién?

—Usted lo sabe. Me ha sondeado. Y como es un aguja, todos los demás...

Abbud hundió frenéticamente el fusil Slem en su estómago y disparó. Se disolvió en una lluvia de fragmentos. Cutter retrocedió a la vez que se tapaba la cara con las manos. Cerró los ojos y contuvo el aliento.

Cuando los abrió de nuevo, no había nada.

Cutter sacudió la cabeza.

—Demasiado tarde, Abbud. No reaccionaste con la suficiente rapidez. El sondeo es instantáneo, y Waldo está dentro del radio de acción. Vuestro sistema de comunicaciones... Y aunque no te hubieran captado, no van a desperdiciar la oportunidad de detenerme.

Se produjo un ruido. Cutter se volvió. Agentes de seguridad entraron a toda prisa en el vestíbulo. Miraron los restos esparcidos sobre el suelo, y después a Cutter.

El director Ross se dirigió hacia Cutter, vacilante, confuso y agitado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde...?

—¡Que le sondeen! —gritó Peters—. Traigan a un aguja cuanto antes. Traigan también a Waldo. Averigüen lo que ha sucedido.

—Claro. —Cutter sonrió con ironía, sacudiendo la cabeza. Se relajó, aliviado y sereno—. Sondéenme. No tengo nada que ocultar. Traigan a un aguja para que me sondee... si encuentran alguno.

Introducción

Título del relato: *Foster, estás muerto*

Título del guion: *Safe & Sound*

Travis Sentell es el autor de la biografía *In the Shadow of Freedom*, y de la novela *Fluid*. Sus relatos cortos han aparecido en numerosas revistas y diarios literarios.

Kalen Egan ha trabajado para Electric Shepherd Productions desde 2007. Es coproductor ejecutivo de la serie original de Amazon *El hombre en el castillo* y productor ejecutivo de *Electric Dreams* de Philip K. Dick.

Casi veinticinco años después de su muerte, Philip K. Dick nos presentó el uno al otro.

Como muchas de las frases iniciales de PKD, esta afirmación es aparentemente imposible, enteramente verdadera y el comienzo de un largo y extraño viaje. Yo (hola, soy Travis) había dejado mi trabajo en una empresa de administración literaria con sede en Los Ángeles que representaba a los herederos de PKD, y yo (hola, soy Kalen) necesitaba que me instruyeran como sustituta. Inmediatamente, nos unió a un amor por los libros, las películas y, más que nada, por Philip K. Dick. Poco después, empezamos a escribir guiones juntos.

Lo que hemos aprendido después de trabajar de cerca con su obra durante casi una década es que, contrariamente a la descripción popular, Philip K. Dick no era un profeta único con una línea de comunicación directa al futuro. Puede parecerlo hoy día, pero sólo porque las preguntas que lo motivaron se referían al núcleo mismo de la vida: ¿qué es lo humano?, ¿qué es real? Utilizó la ciencia ficción como su laboratorio personal para probar una y otra vez los límites de la humanidad y la realidad, viendo dónde se separaban y dónde se mantenían unidas. Debido a que esas preguntas

centrales son perpetuamente narrables y totalmente irrefutables, el trabajo de Philip K. Dick sigue siendo tan verdadero y perspicaz hoy como lo fue hace sesenta años, y lo será en otros sesenta años.

Foster, estás muerto no es una excepción. Se publicó originalmente en 1955 y trata claramente sobre la ansiedad que provocaba la Guerra Fría. El relato nos impresionó a primera vista como un estudio inteligente y cínico de las entidades corporativas que explotan la ansiedad juvenil para obtener ganancias. Pero escondidos bajo la superficie de los comentarios sociales, vimos una descripción profundamente sincera de los seres humanos y las relaciones humanas. Había un padre muy real y un hijo muy real, cada uno con reacciones creíbles y dolorosamente verdaderas a un mundo injusto, cuya relación estaba siendo destrozada porque sus puntos de vista subjetivos eran irreconciliables: el padre, desesperado por no ceder a la presión social, y el hijo, desesperado por conformarse. Conocemos esta situación. Conocemos a esta gente. Tal vez seamos ellos, o lo hemos sido, o lo seremos. Como buena parte de la obra de Dick, *Foster, estás muerto*, nos dice que la seguridad es más que una mera supervivencia. Nos dice que los instintos tribales pueden triunfar sobre las relaciones sanguíneas, que los aparatos de consumo pueden tratar tanto de la identificación cultural como de la asistencia o protección funcional, y que los adolescentes que salen de sus burbujas necesitan algo más que una simple tranquilidad. Hay tanto en el relato que nos parece relevante porque los instintos y emociones siguen siendo muy familiares.

Escribimos nuestra adaptación para *Electric Dreams* durante la ascensión y la elección de un hombre que se estaba aprovechando de una nueva ola de populismo estadounidense, y nos dimos cuenta de que no podíamos escapar de al menos media docena de reflexiones no deseadas. Temores culturales que involucraban a invasores extranjeros, seguridad personal, percepción de pérdida de estatus cultural, brechas ideológicas entre generaciones... Cada ciclo de noticias mandó nuevas e inesperadas reverberaciones a través de nuestra adaptación ficticia, ninguna de las cuales nos habíamos propuesto abordar, pero resultó que todas ellas se estaban convirtiendo en una parte inextricable de la historia. Pero, por supuesto, ésta es la cuestión: el trabajo de Philip K. Dick siempre será relevante, porque vio el mundo y la gente que lo rodeaba con tanta claridad. Pensó y escribió sobre

la humanidad con extraordinaria precisión, y aunque las circunstancias externas cambian constantemente, estos atributos humanos fundamentales permanecen atterradoramente, hermosamente estancados. El cinismo se sostiene, pero también lo hace la empatía, y en el mundo de PKD, estos dos atributos van de la mano, apoyándose y combatiéndose entre sí en igual medida.

Por supuesto, él nos coló todo esto bajo el disfraz de ciencia ficción de baratillo, provocándonos a creer que tal vez todo esto es sólo fantasía. Sólo una vez que la historia ha terminado, y echamos otro vistazo al mundo que nos rodea, nos damos cuenta de que todo es completamente cierto.

KALEN EGAN y TRAVIS SENTELL

Foster, estás muerto

El colegio era una agonía, como siempre, sólo que hoy era peor. Mike Foster dejó de tejer sus dos cestas a prueba de agua y se incorporó, mientras todos los chicos que le rodeaban seguían trabajando. El frío sol de la tarde brillaba en el exterior del edificio de hormigón y acero. El aire transparente del otoño realzaba los tonos verdes y marrones de las colinas. Algunos NATS volaban perezosamente en círculos sobre la ciudad.

La inmensa y desagradable figura de la señora Cummings, la maestra, se aproximó a su pupitre.

—Foster, ¿has terminado?

—Sí, señora —respondió. Levantó las cestas—. ¿Puedo marcharme?

La señora Cummings examinó las cestas con aire crítico.

—¿Has acabado tus trampas?

El muchacho rebuscó en su pupitre y sacó una complicada trampa para cazar animales pequeños.

—Todo terminado, señora Cummings, y también mi cuchillo.

Le enseñó la hoja afilada del cuchillo, fabricada a partir de un bidón de gasolina desechado. La mujer cogió el cuchillo y pasó su dedo experto sobre el filo con expresión escéptica.

—No es suficientemente fuerte —afirmó—. Lo has afilado demasiado. Perderá el filo la primera vez que lo utilices. Baja al laboratorio de armas y examina los cuchillos que hay. Después, afílalo otra vez y consigue una hoja más gruesa.

—Señora Cummings, ¿puedo hacerlo mañana? —suplicó—. ¿Puedo irme ahora, por favor?

Todos los demás alumnos contemplaban la escena con interés. Mike Foster se ruborizó. Odiaba hacerse notar, pero tenía que marcharse. No podía permanecer en el colegio ni un minuto más.

—Mañana es el día dedicado a cavar —rugió la señora Cummings, inexorable—. No tendrás tiempo de trabajar en tu cuchillo.

—Lo haré después de cavar —le aseguró.

—No, cavar no es lo tuyo. —La anciana examinó los esqueléticos brazos y piernas del chico—. Será mejor que termines hoy tu cuchillo y pases todo el día de mañana en el campo.

—¿De qué sirve cavar? —preguntó Mike Foster, desesperado.

—Todo el mundo debe saber cavar —respondió con paciencia la señora Cummings. Los niños rieron. Acalló sus carcajadas con una mirada hostil—. Todos sabéis lo importante que es saber cavar. Cuando la guerra empiece, toda la superficie se llenará de escombros y desechos. Para sobrevivir, será necesario cavar, ¿verdad? ¿Alguno de vosotros ha visto a una ardilla cavar alrededor de las raíces de las plantas? La ardilla sabe que encontrará algo de valor bajo la superficie de la tierra. Todos seremos como ardillas. Todos tendremos que aprender a cavar en los escombros y encontrar cosas útiles, porque ahí es donde estarán.

Mike Foster se quedó manoseando el cuchillo con aire afligido, mientras la señora Cummings se alejaba por el pasillo. Algunos niños le dirigieron una sonrisa de desprecio, pero nada hizo mella en la capa de infelicidad que le recubría. Cavar no le serviría de nada. Cuando las bombas cayeran, moriría al instante. No servirían de nada las vacunas que le habían aplicado en los brazos, muslos y nalgas. Había malgastado el dinero asignado. Mike Foster no viviría lo suficiente para coger todas las infecciones bacteriológicas. A menos que...

Se levantó como impulsado por un resorte y siguió a la señora Cummings hacia su escritorio.

—Por favor, debo irme —suplicó, torturado por la desesperación—. Tengo que hacer algo.

Los cansados labios de la señora Cummings dibujaron una mueca de irritación, pero los ojos atemorizados del muchacho la frenaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Te encuentras mal?

El chico se quedó petrificado, incapaz de responder. La clase, complacida con la escena, murmuró y rio hasta que la señora Cummings, enojada, golpeó en el escritorio con un lápiz.

—¡Silencio! —ordenó. Su voz se suavizó un ápice—. Michael, si tus reacciones son inadecuadas, baja a la clínica psíquica. Es inútil que sigas trabajando si estás conflictuado. La señorita Groves estará encantada de optimizarte.

—No —respondió Foster.

—En ese caso, ¿qué te pasa?

La clase se agitó. Otras voces respondieron por Foster. La desdicha y la humillación paralizaron su lengua.

—Su padre es un anti-P —explicaron las voces—. No tienen refugio y no están alistados en la Defensa Civil. Su padre ni siquiera ha contribuido a los NATS. No han hecho nada.

La señora Cummings miró con asombro al muchacho silencioso.

—¿No tenéis refugio?

El chico negó con la cabeza.

Una extraña sensación se apoderó de la mujer.

—Pero... —Quería decir «pero moriréis en la superficie», y lo substituyó por—: pero ¿adónde iréis?

—A ningún sitio —respondieron las dulces voces—. Todo el mundo estará en sus refugios y él se quedará arriba. Ni siquiera tiene pase para el refugio del colegio.

La señora Cummings se quedó estupefacta. Había dado por sentado que todos los niños del colegio tenían un pase que les permitía acceder a las intrincadas cámaras subterráneas situadas debajo del edificio. Pero no. Sólo los niños cuyos padres pertenecían a la DC, que contribuían a la defensa de la comunidad. Y si el padre de Foster era un anti-P...

—Tiene miedo de estar sentado aquí —canturrearon las voces con calma—. Tiene miedo de que ocurra mientras está sentado aquí, porque los demás estarán a salvo en el refugio.

Caminaba con parsimonia, las manos hundidas en los bolsillos, y daba patadas a las piedras que encontraba en la acera. Anochecía. Los cohetes públicos descargaban a montones de viajeros fatigados, contentos de volver a casa después de recorrer ciento cincuenta kilómetros desde las fábricas del

oeste. Algo destelló en las lejanas colinas: una torre de radar que giraba silenciosamente en la oscuridad. Los NATS habían aumentado de número. Las horas del crepúsculo eran las más peligrosas. Los observadores visuales eran incapaces de localizar los misiles de alta velocidad que se acercaban a tierra. Suponiendo que esos misiles llegaran.

Una máquina de noticias le gritó cuando pasó. Guerra, muerte, sorprendentes armas nuevas inventadas en la patria y en el extranjero. Hundió los hombros y continuó su camino, dejó atrás los pequeños cascarones de hormigón que hacían las veces de casas, todos exactamente iguales, robustas cajas reforzadas. Brillantes letreros de neón destellaron más adelante, en la penumbra creciente: el distrito comercial, infestado de tráfico y gente.

Se detuvo media manzana antes de llegar al laberinto de neones. A su derecha tenía un refugio público. La entrada parecía un túnel, provista de un torniquete mecánico que brillaba débilmente. Cincuenta centavos la entrada. Si se encontraba en plena calle y tenía cincuenta centavos en el bolsillo, ningún problema. Había entrado en refugios públicos muchas veces, durante los ataques ficticios. En otras ocasiones, espantosas ocasiones dignas de una pesadilla que jamás olvidaba, no tenía los cincuenta centavos. Se había quedado mudo y aterrorizado, mientras la gente pasaba de largo a toda velocidad y los agudos aullidos de las sirenas sonaban por doquier.

Continuó su camino poco a poco hasta que llegó al punto más iluminado, las enormes y relucientes salas de exhibición de la General Electronics, que ocupaban dos manzanas, iluminadas por todas partes, un inmenso cuadrado de color. Se detuvo y examinó por millonésima vez las formas fascinantes, el escaparate que siempre le obligaba a detenerse cuando pasaba.

En el centro del inmenso bloque había un único objeto, un conjunto de máquinas, vigas de apoyo, puntales, paredes y cerraduras. Todos los reflectores apuntaban hacia él; enormes letreros pregonaban sus mil y una ventajas..., como si pudiera existir alguna duda.

¡EL NUEVO REFUGIO SUBTERRÁNEO A PRUEBA DE BOMBAS Y RADIACIONES, MODELO 1972, YA HA LLEGADO! COMPRUEBE SUS INMEJORABLES PRESTACIONES:

- Ascensor automático de descenso. A prueba de averías, energía eléctrica autónoma, cierre centralizado.

- Casco triple garantizado para soportar una presión de 5 atmósferas.
- Sistema de calefacción y refrigeración autónomo. Sistema de purificación del aire.
- Tres fases de descontaminación del agua y los alimentos.
- Cuatro fases desinfectantes de preexposición a las quemaduras.
- Proceso antibiótico completo.
- Cómodos plazos.

Contempló el refugio durante largo rato. En esencia, consistía en un gran depósito, con un gollete en un extremo que era el tubo de descenso y una escotilla de huida en el otro. Era completamente autónomo, un mundo en miniatura que suministraba su propia luz, calor, aire, agua, medicamentos y alimentos, casi inagotables. Ya abastecido, contaba con cintas de audio y vídeo, diversiones, camas, sillas, monitor, todo lo indispensable en un hogar de la superficie. De hecho, era una casa subterránea. No faltaba nada que fuera necesario o consagrado al ocio. Una familia estaría a salvo, incluso cómoda, durante el más grave ataque con bombas H o bacteriológicas.

Costaba veinte mil dólares.

Mientras contemplaba en silencio la gigantesca muestra, un vendedor salió, camino de la cafetería.

—Hola, hijo —saludó automáticamente cuando pasó junto a Mike Foster—. No está mal, ¿verdad?

—¿Puedo entrar? —se apresuró a preguntar Foster—. ¿Puedo bajar?

El vendedor se detuvo cuando reconoció al muchacho.

—Tú eres aquel chico, aquel maldito chico que no deja de perseguirnos.

—Me gustaría bajar. Sólo un par de minutos. No tocaré nada, se lo prometo. No tocaré nada.

El vendedor era un joven rubio, atractivo, de unos veintipocos años. Vaciló, indeciso. Por una parte, el chico era muy pesado, pero tenía una familia, y eso significaba un cliente potencial. El negocio iba mal. Septiembre finalizaba y las ventas continuaban en descenso. Por otra parte, decir al muchacho que fuera a vender sus cintas-noticiario no serviría de nada; era un mal negocio alentar a los niños a que manosearan la mercancía. Perdían el tiempo, rompían cosas, hurtaban objetos pequeños cuando nadie los miraba.

—Ni hablar —contestó el vendedor—. Oye, dile a tu padre que se pase por aquí. ¿Ha visto lo que tenemos?

—Sí —dijo Mike Foster con voz tensa.

—¿Qué le retiene? —El vendedor indicó con un gesto majestuoso la gran muestra reluciente—. Le haremos un buen precio por el antiguo, teniendo en cuenta el índice de inflación y el estado en que se encuentre.

—No tenemos ninguno —confesó Mike Foster.

El vendedor parpadeó.

—¿Cómo has dicho?

—Mi padre dice que es tirar el dinero. Dice que intentan asustar a la gente para que compre cosas innecesarias. Dice...

—¿Tu padre es un anti-P?

—Sí —contestó Mike Foster, desolado.

El vendedor lanzó un suspiro.

—Muy bien, chaval. Lamento que no podamos hacer negocios. No es culpa tuya. ¿Qué demonios le ocurre? ¿Contribuye a los NATS?

—No.

El vendedor maldijo por lo bajo. Un aprovechado, bien seguro porque el resto de la comunidad entregaba el treinta por ciento de sus ingresos para mantener un sistema defensivo constante.

—¿Qué opina tu madre? —preguntó—. ¿Está de acuerdo con tu padre?

—Dice que... —Mike Foster se interrumpió—. ¿Puedo bajar un momento? No tocaré nada. Sólo por esta vez.

—¿Cómo vamos a venderlo si dejamos que los niños lo toqueteen? No vamos a rebajar el precio porque sea un modelo de demostración. Ya nos ha pasado demasiadas veces. —La curiosidad del vendedor aumentó—. ¿Cómo se convierte uno en anti-P? ¿Siempre ha pensado igual, o es que alguien le convenció?

—Dice que ya han vendido a la gente todos los coches, lavadoras y televisores que podían utilizar. Dice que los NATS y los refugios antibombas no sirven de nada, que la gente nunca compra cosas verdaderamente útiles. Dice que las fábricas pueden seguir produciendo fusiles y máscaras antigás sin cesar, y que mientras la gente tenga miedo los seguirán comprando, porque piensan que si no lo hacen los matarán. Puede que un hombre se canse de pagar un coche nuevo cada año y pare, pero nunca dejará de comprar refugios para proteger a sus hijos.

—¿Y tú lo crees?

—Me gustaría tener un refugio. Si tuviéramos un refugio como ése, bajaría a dormir cada noche. Lo tendríamos a mano cuando lo necesitáramos.

—Es posible que no haya guerra —dijo el vendedor. Intuyó la desdicha y el miedo del muchacho y le dedicó una sonrisa bondadosa—. Deja de preocuparte. Creo que ves demasiadas películas... Sal a jugar, por ejemplo.

—Nadie está a salvo en la superficie. Tenemos que quedarnos abajo. Yo no tengo adónde ir.

—Dile a tu padre que venga a echar un vistazo —murmuró el vendedor, incómodo—. Quizá lo convenzamos. Tenemos muchas modalidades de venta a plazos. Dile que pregunte por Bill O'Neill. ¿De acuerdo?

Mike Foster se alejó por la calle en sombras. Sabía que debía volver a casa, pero los pies le pesaban y le dolía todo el cuerpo. El cansancio le trajo a la memoria lo que había dicho el profesor de gimnasia el día anterior, durante los ejercicios. Estaban practicando suspensión de la respiración; retenían el aire en los pulmones y corrían. Lo había hecho mal. Los otros aún seguían corriendo cuando él se detuvo, expulsó el aire y se quedó inmóvil, jadeando para recuperar el aliento.

—Foster —dijo el profesor, irritado—, estás muerto. Lo sabes, ¿verdad? Si hubiera sido un ataque con gases... —Negó con la cabeza, preocupado—. Ve allí y practica tú solo. Si quieres sobrevivir, has de mejorar.

Pero no confiaba en sobrevivir.

Cuando llegó al porche de su casa, vio que las luces de la sala de estar ya estaban encendidas. Oyó la voz de su padre, y también la de su madre, más débilmente, desde la cocina. Cerró la puerta y empezó a quitarse la chaqueta.

—¿Eres tú? —preguntó su padre.

Bob Foster estaba repantigado en su butaca, el regazo lleno de cintas y papeles de su tienda de muebles.

—¿Dónde has estado? La cena está preparada desde hace media hora.

Se había quitado la chaqueta y subido las mangas de la camisa. Los brazos eran pálidos y delgados, pero musculosos. Estaba cansado. Tenía los ojos grandes y oscuros, y su cabello empezaba a ralear. Movié las cintas de un montón al otro.

—Lo siento —dijo Mike Foster.

Su padre consultó el reloj de bolsillo; estaba seguro de que era el único hombre que aún llevaba reloj.

—Ve a lavarte las manos. ¿Qué has estado haciendo? —Escrutó a su hijo—. Estás raro. ¿Te encuentras bien?

—He ido al centro.

—¿Para qué?

—A mirar los refugios.

Su padre, sin decir nada, cogió un fajo de documentos y los guardó en una carpeta. Apretó los labios y profundas arrugas surcaron su frente. Resopló furioso cuando las cintas cayeron al suelo. Se agachó para recogerlas. Mike Foster no hizo nada para ayudarlo. Se acercó al ropero y colgó la chaqueta en la percha. Cuando se volvió, su madre estaba dirigiendo la mesa con la cena hacia el comedor.

Comieron en silencio, concentrados en sus platos y sin mirarse.

—¿Qué has visto? —preguntó por fin su padre—. Lo mismo de siempre, imagino.

—Ya han llegado los nuevos modelos del 72 —respondió Mike Foster.

—Son iguales que los modelos del 71. —Su padre tiró el tenedor con violencia. La mesa lo capturó y absorbió—. Algunos accesorios nuevos, un poco más de cromo, y punto. —Miró a su hijo, desafiante—. ¿Estoy en lo cierto?

Mike Foster jugueteó desmañadamente con su pollo a la crema.

—Los nuevos tienen un ascensor de descenso a prueba de averías. No puedes quedarte a mitad de camino. Basta con entrar, y él hace el resto.

—El año que viene saldrá uno que te recogerá arriba y te bajará. Éste de ahora quedará obsoleto en cuanto la gente lo compre. Eso es lo que quieren, que sigas comprando. Sacan nuevos modelos lo más de prisa posible. El que has visto es de 1972, pero aún estamos en 1971. ¿Es que no pueden esperar?

Mike Foster no contestó. Lo había oído miles de veces. Nunca había nada nuevo, sólo cromo y accesorios, y los antiguos ya no servían para nada. La explicación de su padre era enérgica, apasionada, casi frenética, pero carecía de sentido.

—Compremos uno antiguo, pues —barbotó—. No me importa, cualquiera servirá. Incluso uno de segunda mano.

—No, tú quieres uno nuevo. Brillante y reluciente, para impresionar a los vecinos. Montones de cuadrantes, botones y aparatos. ¿Cuánto piden por él?

—Veinte mil dólares.

Su padre dejó escapar el aliento.

—Así de sencillo.

—En cómodos plazos.

—Claro. Pagas durante el resto de tu vida. Intereses, recargos... ¿Cuál es la garantía?

—Tres meses.

—¿Y qué pasa cuando se avería? Deja de purificar y descontaminar. Se cae en pedazos en cuanto se cumplen los tres meses.

Mike Foster negó con la cabeza.

—No. Es grande y sólido.

Su padre enrojeció. Era un hombre bajo, delgado, de huesos frágiles. De repente, pensó en las batallas perdidas que definían su vida, la lucha enconada por progresar, siempre aferrándose a algo, un trabajo, dinero, la tienda de muebles, de tenedor de libros a gerente, y por fin propietario.

—Nos asustan para que los engranajes sigan funcionando —gritó con desesperación a su mujer y a su hijo—. No quieren otra depresión.

—Bob, para ya —dijo su mujer, en voz baja y con parsimonia—. No puedo aguantarlo más.

Bob Foster parpadeó.

—¿De qué estás hablando? —murmuró—. Estoy cansado. Esos malditos impuestos. Por culpa de las grandes cadenas, es imposible que una tienda pequeña salga adelante. Tendría que haber una ley. —Su voz se quebró—. Creo que he perdido el apetito. —Se levantó—. Voy a tumbarme en el sofá y echaré una cabezada.

El enjuto rostro de su mujer se encendió de furia.

—¡Debes comprar uno! No soporto el modo en que hablan de nosotros. Todos los vecinos y comerciantes, todos los que están enterados. Lo oigo en todas partes. Desde el día que pusieron la bandera. Anti-P. El último de la

ciudad. Todo el mundo contribuye a pagar esos aparatos que vuelan ahí arriba, excepto nosotros.

—No —respondió Bob Foster—. No puedo comprarlo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo permitírmelo —respondió con sencillez.

Se hizo el silencio.

—Lo invertiste todo en esa tienda —dijo Ruth por fin—. Y se está hundiendo. Te aferras a ella como un náufrago a un clavo ardiendo. Nadie quiere ya muebles de madera. Eres una reliquia... Una curiosidad.

Descargó el puño sobre la mesa, que se alzó al instante para recoger los platos sucios, como un animal sobresaltado. Salió como una furia del comedor y volvió a la cocina. Los platos tintineaban en el depósito de lavado mientras corría.

Bob Foster suspiró, cansado.

—No discutamos. Estaré en la sala. Dejadme que duerma un par de horas. Hablaremos más tarde.

—Siempre más tarde —comentó con amargura Ruth.

Su marido desapareció en la sala de estar, una silueta menuda, encorvada, de cabello gris desgredado, los omóplatos como alas rotas.

Mike se levantó.

—Voy a hacer los deberes —dijo.

Siguió a su padre, con una extraña expresión en el rostro.

La sala estaba en silencio, el televisor apagado y la lámpara a la mínima potencia. Ruth manipulaba los controles de la cocina para que preparara los platos del mes siguiente. Bob Foster descansaba tendido en el sofá, descalzo y con la cabeza apoyada en una almohada. Su rostro estaba pálido de cansancio. Mike vaciló un momento antes de hablar.

—¿Puedo pedirte algo?

Su padre gruñó, se movió, abrió los ojos.

—¿Qué?

Mike se sentó frente a él.

—Cuéntame otra vez aquello de cuando le diste un consejo al presidente.

Su padre se irguió.

—Yo no le di ningún consejo al presidente. Sólo hablé con él.

—Cuéntamelo.

—Te lo he contado un millón de veces. Cada tanto, desde que eras un bebé. Tú estabas conmigo. —Su voz se suavizó, mientras recordaba—. Eras un bebé; te llevábamos en brazos.

—¿Qué aspecto tenía?

—Bueno —empezó su padre, deslizándose en una rutina que había practicado y pulido durante años—, más o menos como en la tele. Un poco más bajo.

—¿Por qué vino aquí? —preguntó Mike con avidez, aunque conocía casi todos los detalles. El presidente era su héroe, el hombre al que más admiraba en el mundo—. ¿Por qué vino a nuestra ciudad desde tan lejos?

—Iba de gira. —La amargura se insinuó en la voz de su padre—. Pasó por casualidad.

—¿Qué clase de gira?

—Recorría todo el país, visitando ciudades. —La amargura se intensificó—. Quería ver cómo nos iba. Quería comprobar si habíamos comprado suficientes NATS, refugios antibombas, vacunas antibacterias, máscaras antigás e instalaciones de radar para repeler los ataques. La General Electronics Corporation empezaba a montar sus grandes salas de muestra, todo brillante, reluciente y caro. El primer equipo defensivo para uso doméstico. —Torció los labios—. Todo en cómodos plazos. Anuncios, carteles, focos, gardenias y platos gratis para las señoras.

Mike Foster contuvo el aliento.

—Ése fue el día que recibimos nuestra Bandera de Preparación —dijo, emocionado—. Ése fue el día que vino a entregarnos la bandera. Y la izaron en el centro de la ciudad. Todo el mundo gritaba y lanzaba hurras.

—¿Te acuerdas?

—Creo... Creo que sí. Recuerdo a la gente y ruidos. Y hacía calor. Fue en junio, ¿verdad?

—El 10 de junio de 1965. Un gran acontecimiento. Por aquel entonces, pocas ciudades tenían la gran bandera verde. La gente aún compraba coches y televisores. No habían descubierto que aquellos tiempos habían terminado. Los televisores y los coches son útiles... Puedes fabricar y vender tantos como quieras.

—Te dio a ti la bandera, ¿verdad?

—Bueno, nos la dio a todos los comerciantes. La Cámara de Comercio lo había acordado. Competencia entre las ciudades, a ver quién compra más en menos tiempo. Mejorar la ciudad al tiempo que se estimulan los negocios. Tal como enfocaban el asunto, la idea era que, si debíamos comprar máscaras antigás y refugios antibombas, debíamos cuidarlos bien. Como si alguna vez hubiéramos estropeado los teléfonos o las aceras. O las autopistas, porque el Estado las proporcionaba. O los ejércitos. ¿Acaso no han existido siempre los ejércitos? ¿Acaso los gobiernos no han organizado siempre a los ciudadanos para la defensa? Supongo que la defensa cuesta demasiado. Supongo que ahorran un montón de dinero, palían la deuda nacional gracias a esto.

—Cuéntame lo que dijo —susurró Mike Foster.

Su padre buscó la pipa y la encendió con dedos temblorosos.

—Dijo: «Aquí tenéis vuestra bandera, muchachos. Habéis hecho un buen trabajo». —Bob Foster tosió cuando aspiró el acre humo de la pipa—. Estaba bronceado, tenía la cara colorada, no se avergonzaba. Sudaba y sonreía. Sabía tratar a la gente. Conocía a muchas personas por el nombre. Contó un chiste divertido.

El chico tenía los ojos abiertos de par en par.

—Vino de tan lejos y habló contigo.

—Sí, hablé con él. Todos gritaban y lanzaban hurras. Se izó la bandera, la gran Bandera de la Preparación verde.

—Y tú dijiste...

—Yo le dije: «¿Eso es todo lo que nos ha traído? ¿Un trozo de tela verde?» —Bob Foster apretó la pipa—. Fue entonces cuando me convertí en un anti-P, aunque en aquel momento no lo supe. Sólo sabía que nos habían dejado solos, de no ser por un trozo de tela verde. En lugar de un país, una

nación, ciento setenta millones de personas coordinadas para defenderse, éramos un montón de pequeñas ciudades aisladas, pequeños fuertes amurallados. Como en la Edad Media. Con ejércitos aislados de los demás...

—¿Volverá algún día el presidente?

—Lo dudo. Estaba... Estaba de paso.

—Si vuelve —susurró Mike, nervioso, sin atreverse a albergar esperanza alguna—, ¿iremos a verle?

Bob Foster se incorporó. Sus huesudos brazos eran de color blanco. Su enjuto rostro estaba demacrado por la preocupación. Y la resignación.

—¿Cuánto valía ese maldito trasto que viste? —preguntó con voz ronca—. El refugio antibombas.

A Mike le dio un vuelco el corazón.

—Veinte mil dólares.

—Hoy es jueves. Iremos a verlo el sábado. —Bob Foster dio unos golpecitos en su pipa medio apagada—. Lo compraré a plazos. Ya se acerca la temporada de ventas de otoño. Suele irme bien... La gente compra muebles de madera para regalar en Navidad. —Se levantó con brusquedad—. ¿Trato hecho?

Mike no pudo responder, sólo asentir con la cabeza.

—Bien —dijo su padre, con patética jovialidad—. Ya no tendrás que ir a mirar el escaparate.

El refugio fue instalado (pagando otros doscientos dólares) por una eficiente brigada de operarios ataviados con guardapolvos marrones, que llevaban escritas en la espalda las palabras GENERAL ELECTRONICS. Repararon con celeridad el patio trasero, colocaron en su sitio los arbustos, alisaron la superficie y deslizaron respetuosamente la factura por debajo de la puerta principal. El camión de reparto, ya vacío, se alejó calle abajo, y el barrio quedó en silencio de nuevo.

Mike Foster estaba con su madre y un grupo de vecinos admirados en el porche posterior de la casa.

—Bien —dijo por fin la señora Carlyle—, ya tenéis refugio. El mejor del mercado.

—Ya lo creo —reconoció Ruth Foster. Era muy consciente de la gente que la rodeaba; hacía mucho tiempo que no se congregaban tantos vecinos en su casa. Se sentía embargada de una sombría satisfacción, cercana al resentimiento—. Esto ya es otra cosa —dijo con aspereza.

—Sí —corroboró el señor Douglas desde la calle—. Ahora ya tenéis un sitio adonde ir. —Cogió el grueso libro de instrucciones que los operarios habían dejado—. Dice que podéis abastecerlo para un año. Podéis vivir ahí abajo doce meses sin necesidad de subir ni una vez. —Sacudió la cabeza, admirado—. El mío es un modelo antiguo, del 69. Sólo tiene autonomía para seis meses. Me parece que...

—Para nosotros es suficiente —le interrumpió su mujer, con cierto anhelo en la voz—. ¿Podemos bajar a verlo, Ruth? Está preparado, ¿verdad?

Mike emitió un sonido estrangulado y saltó hacia delante. Su madre sonrió.

—Él será el primero en bajar a verlo. En realidad, es para él.

El grupo de hombres y mujeres, cruzados de brazos para protegerse del frío viento de septiembre, aguardó y contempló al muchacho, mientras éste se acercaba a la boca del refugio y se detenía a unos pasos de distancia.

Entró en el refugio con cautela, casi temeroso de tocar algo. La boca era grande para él; se había construido para que un adulto entrara sin problemas. En cuanto pisó el ascensor, éste descendió con un silbido hacia el fondo del refugio. El ascensor cayó sobre los amortiguadores y el chico salió dando tumbos. El ascensor volvió a la superficie y, al mismo tiempo, selló la parte subterránea del refugio, mediante una impenetrable capa de acero y plástico levantada en la estrecha boca.

Las luces se encendieron automáticamente. El refugio estaba vacío. Aún no habían bajado los suministros. Olía a barniz y a grasa de motor. Los generadores zumbaban bajo sus pies. Su presencia activó los sistemas de purificación y descontaminación. Medidores y cuadrantes empotrados en la pared de hormigón entraron en acción.

Se sentó en el suelo, las rodillas levantadas, el rostro solemne, los ojos abiertos como platos. Sólo se oía el ruido de los generadores; estaba aislado del mundo por completo. Se encontraba en un pequeño cosmos autónomo. Tenía todo cuanto necesitaba..., bueno, lo tendría dentro de poco: comida,

agua, aire, cosas que hacer. No era preciso nada más. Podía extender la mano y tocar todo lo que necesitaba. Podía quedarse hasta el fin del mundo, sin moverse. Sin que le faltara nada, sin miedo, acompañado por el ruido de los generadores y por las austeras paredes que le rodeaban, tibias, cordiales, como un recipiente vivo.

Lanzó un grito de júbilo que rebotó de pared en pared. El eco le ensordeció. Cerró los ojos y apretó los puños. Una inmensa alegría le invadió. Volvió a gritar y dejó que el eco se derramara sobre él, su voz reforzada por las paredes próximas, sólidas, increíblemente poderosas.

Los chicos del colegio se enteraron antes de que llegara por la mañana. Le saludaron cuando se acercó, todos sonrientes y dándose codazos.

—¿Es verdad que habéis comprado un nuevo modelo General Electronic S-72? —preguntó Earl Peters.

—Es verdad —respondió Mike. Su corazón se hinchó de una confianza que jamás había poseído—. Venid a verlo —dijo con tanta indiferencia como logró fingir—. Os lo enseñaré.

Siguió adelante, consciente de sus caras envidiosas.

—Bien, Mike —dijo la señora Cummings, cuando iba a salir de la clase al finalizar la jornada—. ¿Cómo te sientes?

Se detuvo junto a su escritorio, tímido y embargado de un silencioso orgullo.

—Muy bien —admitió.

—¿Ya contribuye tu padre a los NATS?

—Sí.

—¿Y has conseguido un pase para el refugio del colegio?

Exhibió con alegría la pequeña cinta azul que rodeaba su muñeca.

—Ha enviado un cheque al ayuntamiento por todo. Dijo: «Ya que he llegado hasta aquí, no cuesta nada continuar hasta el final».

—Ya tienes todo cuanto poseen los demás. —La anciana sonrió—. Me alegro mucho. Ya eres un pro-P, aunque no exista esa expresión. Eres... como todos los demás.

Al día siguiente, las máquinas de noticias propagaron a los cuatro vientos que los rusos habían inventado los proyectiles perforadores.

Bob Foster estaba de pie en medio de la sala de estar, la cinta-noticiario en las manos, su flaco rostro congestionado de furia y desesperación.

—¡Es un complot, maldita sea! —Su voz adquirió un tono histérico—. Acabamos de comprar ese trasto y fíjate. ¡Fíjate! —Tiró la cinta a su mujer—. ¿Lo ves? ¡Te lo dije!

—Ya lo he visto —dijo Ruth indignada—. Estarás pensando que el mundo aguardaba tu reacción. No paran de mejorar las armas, Bob. La semana pasada fueron las escamas que envenenan las semillas. Hoy, los proyectiles perforadores. No esperarás que el progreso se detenga porque cambiaste de opinión por fin y compraste un refugio, ¿verdad?

El hombre y la mujer se miraron.

—¿Qué demonios vamos a hacer? —preguntó Bob Foster en voz baja. Ruth volvió a la cocina.

—Me han dicho que van a sacar adaptadores.

—¡Adaptadores! ¿Qué quieres decir?

—Para que la gente no tenga que comprar nuevos refugios. He visto un anuncio en la tele. Van a sacar al mercado una especie de parrilla mecánica, en cuanto el gobierno lo apruebe. Se extienden sobre el terreno e interceptan los proyectiles perforadores. Los interceptan, explotan en la superficie, y no se introducen en el refugio.

—¿Cuánto valen?

—No lo han dicho.

Mike Foster estaba sentado en el sofá, muy atento. Se había enterado de la noticia en el colegio. Estaban pasando la prueba sobre las bayas, examinando muestras de bayas silvestres para diferenciar las inofensivas de las tóxicas, cuando el timbre anunció una asamblea general. El rector leyó la noticia sobre los proyectiles perforadores y pronunció una breve conferencia sobre el tratamiento de urgencia que debía aplicarse a la nueva variante del tifus, desarrollada en fechas recientes.

Sus padres continuaron discutiendo.

—Tendremos que comprar uno —dijo con calma Ruth Foster—. De lo contrario, dará igual que tengamos o no un refugio. Los proyectiles perforadores han sido diseñados a propósito para penetrar en la superficie y buscar el calor. En cuanto los rusos hayan producido...

—Compraré uno —dijo Bob Foster—. Compraré una parrilla antiproyectiles y lo que haga falta. Compraré todo lo que saquen al mercado. Nunca dejaré de comprar.

—No hay para tanto.

—Este juego tiene una auténtica ventaja sobre vender a la gente coches y televisores. Con algo así, debemos comprar. No es un lujo, algo grande y reluciente que impresione a los vecinos, algo superfluo. Si no compramos, morimos. Siempre se ha dicho que la forma de vender algo es crear anhelo en la gente. Crear una sensación de inseguridad, como decirles que huelen mal o que tienen un aspecto ridículo. El desodorante y la brillantina son juegos de niños. A eso es imposible escapar. Si no compras, te matarán. La campaña publicitaria perfecta. Compra o muere, el nuevo lema. Pon en tu patio trasero un nuevo refugio antibombas de la General Electronics, o te matarán.

—¡Deja de hablar así! —gritó Ruth.

Bob Foster se dejó caer en la silla de la cocina.

—Muy bien. Me rindo. Picaré el anzuelo.

—¿Comprarás una? Creo que se pondrán a la venta en Navidad.

—Sí —dijo Foster—. Se pondrán a la venta en Navidad. —Había una extraña expresión en su rostro—. Compraré uno de esos malditos trastos en Navidad, como todo el mundo.

Los adaptadores fueron un éxito.

Mike Foster caminaba lentamente por la calle abarrotada de gente. Era diciembre y anochecía. Los adaptadores brillaban en todos los escaparates. De todas las formas y tamaños, para toda clase de refugios. De todos los precios, para todos los bolsillos. La muchedumbre estaba alegre y emocionada, todo sonrisas, cargada de paquetes y abrigos, la típica muchedumbre de todas las navidades. Los copos de nieve pintaban de blanco

el aire. Los coches avanzaban con precaución por las calles abarrotadas. Luces, letreros de neón e inmensos escaparates iluminados brillaban por todas partes.

Su casa estaba oscura, silenciosa. Sus padres aún no habían llegado. Los dos estaban trabajando en la tienda. El negocio iba mal y su madre había sustituido a uno de los empleados. Mike alzó la mano hacia la cerradura codificada y la puerta se abrió. La estufa automática había conservado la casa caliente y confortable. Se quitó la chaqueta y dejó los libros.

No permaneció en casa mucho rato. Salió por la puerta trasera al porche, con el corazón acelerado.

Se obligó a detenerse, dar media vuelta y entrar de nuevo en la casa. Era mejor no apresurarse. Había planificado cada momento, desde el instante en que vio el eje del túnel recortarse contra el cielo nocturno. Había convertido el proceso en un arte; no hacía ni un gesto de más. Había dotado de belleza todos sus movimientos. La abrumadora sensación de presencia cuando el túnel del refugio se cerraba a su alrededor. La helada corriente de aire que se producía cuando el ascensor descendía hasta el fondo.

Y la grandeza del refugio en sí.

Cada tarde, en cuanto llegaba, se enterraba bajo la superficie, encerrado y protegido en su silencio de acero, igual que el primer día. Ahora, la cámara estaba llena. Llena de ingentes cantidades de comida, almohadas, libros, cintas de audio y vídeo, cuadros en las paredes, telas de alegres colores y texturas, incluso jarrones con flores. El refugio era su lugar, donde se acurrucaba rodeado de todo lo que necesitaba.

Demorándose lo máximo posible, recorrió la casa y buscó entre las cintas de audio. Se quedaría sentado en el refugio hasta la hora de la cena, escuchando *El viento en los sauces*. Sus padres sabían dónde encontrarle; siempre estaba en el mismo sitio. Dos horas de felicidad ininterrumpida, a solas en el refugio. Y después, cuando acababan de cenar, volvía de nuevo hasta la hora de acostarse. En ocasiones, por la noche, cuando sus padres dormían, se levantaba con sigilo, se acercaba a la boca del refugio y descendía a las profundidades. Se escondía allí hasta el amanecer.

Encontró la cinta y salió corriendo al patio. Feas nubes negras cruzaban el cielo grisáceo. Las luces de la ciudad se encendían poco a poco. El patio parecía frío y hostil. Avanzó con paso vacilante hacia los peldaños... y se quedó petrificado.

Distinguió una enorme y profunda cavidad, una boca vacía, sin dientes, abierta al cielo de la noche. No había nada más. El refugio había desaparecido.

Permaneció inmóvil durante una eternidad, la cinta aferrada en la mano, la otra apoyada sobre la barandilla del porche. La noche cayó. El hueco se disolvió en la oscuridad. Todo el mundo se hundió en el silencio y las tinieblas abismales. Salieron algunas estrellas. Se encendieron las luces de las casas próximas, frías y débiles. El muchacho no vio nada. Estaba inmóvil, el cuerpo rígido como una piedra, contemplando el gran pozo que había sustituido al refugio.

De pronto, su padre apareció junto a él.

—¿Cuánto rato llevas aquí? —preguntó su padre—. ¿Cuánto rato, Mike? ¡Contéstame!

Mike consiguió reponerse con un violento esfuerzo.

—Has vuelto pronto —murmuró.

—Me he ido de la tienda a propósito. Quería estar aquí cuando tú... llegaras a casa.

—Ya no está.

—No. —La voz de su padre era fría, desprovista de emoción—. El refugio ya no está. Lo siento, Mike. Les llamé y dije que se lo llevaran.

—¿Por qué?

—No podía pagarlo, sobre todo en Navidad, ahora que todo el mundo compra esas parrillas. No podía competir con ellas. —Su voz se quebró—. Fueron muy legales. Me devolvieron la mitad del dinero. —Su voz adquirió un tono irónico—. Sabía que si hacía un trato con ellos antes de Navidad, saldría mejor librado. Podrán vendérselo a otra persona.

Mike no dijo nada.

—Intenta comprenderlo —continuó su padre—. Tuve que invertir todo el capital que pude reunir en la tienda. Tenía que sacarla adelante. Era la tienda o el refugio. Y si elegía el refugio...

—Nos quedábamos sin nada.

Su padre le apretó el brazo.

—Y en ese caso, también habríamos tenido que desprendernos del refugio. —Sus fuertes y delgados dedos se hundieron espasmódicamente en su piel—. Ya eres mayor para entender las cosas... Compraremos otro más adelante, quizá no el más grande, pero algo. Fue un error, Mike. El maldito adaptador acabó de estropearlo todo. Seguiré contribuyendo a los NATS y pagaré tu pase del colegio. No se trata de una cuestión de principios —terminó, desesperado—. No puedo hacer nada. ¿Lo entiendes, Mike? Tenía que hacerlo.

Mike se apartó de él.

—¿Adónde vas? —Su padre le persiguió—. ¡Vuelve aquí!

Intentó atrapar a su hijo, pero en la oscuridad tropezó y cayó. Las estrellas le cegaron cuando se golpeó la cabeza contra una esquina de la casa. Se puso en pie con gran esfuerzo y buscó algún apoyo.

Cuando recobró la vista, el patio estaba vacío. Su hijo se había ido.

—¡Mike! —gritó—. ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta. El viento de la noche acumuló nubes de nieve a su alrededor; el aire frío transportaba un sabor amargo. Viento y oscuridad, nada más.

Bill O'Neill examinó el reloj de pared. Eran las nueve y media. Ya podía cerrar las puertas y clausurar el gigantesco almacén. Echar a las ruidosas multitudes y volver a casa.

—Gracias a Dios —exclamó, mientras sostenía la puerta para que saliera la última anciana, cargada con paquetes y regalos. Tecleó el código de cierre y bajó la persiana—. Menuda turba. Nunca había visto a tanta gente junta.

—Asunto concluido —dijo Al Connors desde la caja registradora—. Voy a contar el dinero. Ve a echar un vistazo. Asegúrate de que no queda nadie.

O'Neill se alisó el cabello y se aflojó la corbata. Encendió un cigarrillo con ansia y fue a inspeccionar la tienda. Comprobó los interruptores, apagó los escaparates. Por fin, se acercó al gigantesco refugio antibombas que

ocupaba el centro de la planta.

Subió la escalerilla hasta la boca y entró en el ascensor. Un segundo después se encontraba en el interior del refugio, similar a una caverna.

En un rincón, Mike Foster estaba acurrucado, las rodillas apretadas contra la barbilla, rodeando con sus huesudos brazos los tobillos. Tenía la cabeza gacha; sólo se veía su cabello castaño enmarañado. No se movió cuando el vendedor se acercó, estupefacto.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó O’Neill, sorprendido e irritado. Su furia aumentó—. Creía que habíais comprado uno. —Entonces recordó—. Ah, ya. Nos lo devolvisteis.

Al Connors hizo acto de presencia.

—¿Qué pasa? Salgamos de aquí y... —Vio a Mike y se quedó sin habla—. ¿Qué hace ése aquí abajo? Échale y larguémonos.

—Vamos, chaval —dijo O’Neill con suavidad—. Es hora de volver a casa.

Mike no se movió.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Creo que tendremos que sacarle a rastras —dijo Connors. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre el aparato de descontaminación—. Vamos. Acabemos de una vez.

Tuvieron que hacerlo entre los dos. El muchacho luchó con desesperación, sin decir palabra, utilizando las uñas, los pies y hasta los dientes cuando lo cogieron. Lo arrastraron hasta el ascensor y consiguieron activar el mecanismo. O’Neill fue con él; Connors le siguió. Cargaron al muchacho hasta la puerta, lo sacaron y aseguraron los cerrojos.

—Uf —jadeó Connors, desplomándose sobre el mostrador. Tenía la manga desgarrada y un corte en la mejilla. Las gafas le colgaban de una oreja. Tenía el pelo desgreñado y estaba agotado—. ¿Crees que deberíamos llamar a la policía? Ese chico no está en sus cabales.

O’Neill, jadeante, se apoyaba en la puerta y escudriñaba la calle. Vio al chico sentado en la acera.

—Sigue ahí —murmuró.

La gente empujaba al chico por todas partes. Por fin, alguien se detuvo y le ayudó a levantarse. El muchacho se soltó y desapareció en la oscuridad. La persona que le había ayudado recogió sus paquetes, vaciló un instante y prosiguió su camino. O'Neill apartó la vista. Se secó la cara con el pañuelo.

—Nos ha plantado cara.

—¿Qué le pasaba? No ha dicho ni una palabra.

—Es indignante tener que devolver cosas en Navidad —contestó O'Neill. Cogió la chaqueta con mano temblorosa—. Es una pena. Ojalá hubieran podido quedárselo.

Connors se encogió de hombros.

—O pagas, o te fastidias.

—¿Por qué no les ofrecimos un trato especial? Tal vez... —O'Neill se esforzó en buscar las palabras—. Tal vez les hubiéramos podido vender el refugio a precio de coste.

Connors le dirigió una mirada iracunda.

—¿A precio de coste? Todo el mundo se apuntaría. No sería justo. ¿Cuánto tiempo aguantaría el negocio? ¿Cuánto tiempo duraría la GEC?

—No mucho, imagino —admitió O'Neill.

—Utiliza la cabeza —rio Connors—. Necesitas un buen trago. Acompáñame al ropero. Tengo guardada una botella de Haig & Haig. Te pondrá a tono antes de volver a casa. Lo necesitas.

Mike Foster vagaba sin rumbo por las calles, entre las multitudes que volvían a casa después de las compras. No veía nada. Le empujaban, pero no se daba cuenta. Luces, gente feliz, las bocinas de los coches, el rumor de los semáforos. Su mente estaba vacía, muerta. Caminaba como un autómeta, sin conciencia ni sentimientos.

A su derecha, un letrero de neón parpadeaba en la oscuridad. Un letrero enorme, brillante y llamativo:

PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD
REFUGIO PÚBLICO
ENTRADA: 50 CENTAVOS

Introducción

Título del relato y del guion: *Humano es (Human is)*

Jessica Mecklenburg es escritora y productora, muy conocida por su trabajo en la exitosa serie de Netflix *Stranger Things*. Mecklenburg también trabajó como productora supervisora y escritora para *Resurrection* y *Being Mary Jane*. Acaba de terminar la primera temporada de *Gypsy* para Universal Television y Netflix, en la que trabajó como coproductora ejecutiva.

Siempre me han inquietado las evocadoras profecías de Philip K. Dick y los profundos y a veces perturbadores viajes psicológicos. Los temas y las metáforas resuenan en su lenguaje libre. Pero la difícil situación de Jill Herrick en *Humano es* me ha angustiado profundamente. Su deseo palpable de relacionarse con su esposo, Lester, en un nivel más emotivo me tocó una fibra que sospecho que muchos sienten también al leerlo. Eso era el genio de Philip K. Dick: exponer una verdad existencial frente a circunstancias crueles, provocativas y vanguardistas.

En *Humano es*, la Tierra se llama Terra. Es más militarista de lo que jamás la hemos conocido hasta ahora porque los elementos que necesitamos para sobrevivir vienen con el precio máximo: nuestra especie o la de ellos. Mientras nuestros personajes luchan con las implicaciones éticas de la guerra intergaláctica, los verdaderos desafíos de *Humano es* siguen siendo emocionales y universales.

Al tratar de adaptar *Humano es* para *Electric Dreams*, el reto consistió en actualizar el mundo de Jill y Lester sin alterar el anhelo, la desconexión y, en última instancia, la belleza del creciente apego de nuestros clientes potenciales tras el regreso de Lester de Rexor IV. Mucho de *Humano es* todavía parece relevante, si no crucial, para nuestra comprensión del mundo de hoy día. De hecho, es asombroso lo esencial que parece el trabajo de

Philip K. Dick. Aunque no se especifica el período de tiempo de la historia original, el relato tiene una calidad atemporal. Elegimos ambientar nuestra versión en 2520. Reimaginé a Jill y Lester, llamándolos Vera y Silas, conservando tanto como fuera posible el matiz y la emoción sincera de la historia original de Philip K. Dick.

Humano es explora la pregunta más real: «¿qué significa ser humano?». Sin revelar demasiado, a lo largo de la producción nos referimos a Silas después de su regreso de Rexus IV como «Silas Rex». La ironía es que, en latín, «*rex*» significa «rey». *Humano es* es uno de los relatos de Philip K. Dick por excelencia, ya que es paradójicamente una historia de advertencia y a la vez profundamente esperanzadora. Silas Rex representa el futuro posible de la humanidad, porque cuando la evolución, la innovación y la tecnología chocan inevitablemente, una verdad fundamental permanece: ser humano es amar.

JESSICA MECKLENBURG

Humano es

Los ojos azules de Jill Herrick se llenaron de lágrimas. Miró a su marido con indecible horror.

—Eres... ¡Eres horrible! —aulló.

Lester Herrick continuó trabajando, disponiendo notas y gráficas en montones precisos.

—Horrible es un juicio de valor —afirmó—. No contiene información objetiva. —Envió un informe grabado sobre la vida parasitaria de Centauro mediante el ordenador de su escritorio—. Una simple opinión. La expresión de una emoción, nada más.

Jill se dirigió con pasos vacilantes hacia la cocina. Movi6 la mano para ponerla en marcha.

Las cintas transportadoras de la pared cobraron vida con un zumbido y expidieron alimentos para la cena desde los congeladores subterráneos.

—¿Ni siquiera por un tiempo breve? —suplicó a su marido por última vez—. ¿Ni siquiera...?

—Ni siquiera por un mes. Díselo cuando venga. Si no te atreves, lo haré yo. No quiero tener a un niño dando vueltas por aquí. Tengo demasiado trabajo. Este informe sobre Betelgeuse XI ha de estar listo dentro de diez días. —Lester introdujo una cinta sobre utensilios fosilizados de Fomalhaut en el ordenador—. ¿Qué le pasa a tu hermano? ¿Es incapaz de cuidar a su propio hijo?

Jill se frotó sus ojos hinchados.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Quiero que Gus venga! Le pedí a Frank que le diera permiso. Y ahora tú...

—Me sentiré muy feliz cuando cumpla la edad de ser entregado al gobierno. —Lester hizo una mueca de desagrado—. Maldita sea, Jill, ¿aún no está preparada la cena? ¡Han pasado diez minutos! ¿Qué le pasa a esa cocina?

—Está casi a punto.

En la cocina se encendió una luz roja. El robocamarero había surgido de la pared y esperaba para recoger la comida.

Jill se sentó y se sonó con furia. Lester seguía trabajando en la sala de estar, imperturbable. Su trabajo. Sus investigaciones. Día tras día. Lester se estaba labrando un brillante futuro; no cabía duda. Su cuerpo flaco se hallaba inclinado como un resorte espiral sobre el ordenador; sus fríos ojos grises asimilaban febrilmente la información, analizaban, calculaban. Sus facultades conceptuales funcionaban como una maquinaria bien engrasada.

Los labios de Jill temblaban de rencor y desdicha. Gus... El pequeño Gus. ¿Cómo iba a decírselo? Nuevas lágrimas anegaron sus ojos. Nunca vería de nuevo a la rechoncha criatura. Nunca podría volver..., porque sus risas y juegos infantiles molestaban a Lester. Interferían en sus investigaciones.

La luz de la cocina pasó a verde. La comida salió expedida a los brazos del robocriado. La cena fue anunciada por leves tintineos.

—Ya lo oigo —rezongó Lester. Desconectó el ordenador y se puso en pie—. Supongo que llegará mientras estemos cenando.

—Puedo videofonar a Frank y pedirle...

—No. Lo mejor será darlo por concluido cuanto antes. —Lester movió la cabeza con impaciencia en dirección al robot—. Muy bien. Sírvenos. — Sus labios finos se fruncieron de cólera—. ¡No pierdas el tiempo, maldita sea! ¡Quiero volver a mi trabajo!

Jill reprimió sus lágrimas.

El pequeño Gus entró arrastrando los pies cuando terminaban de cenar.

Jill lanzó un grito de alegría.

—¡Gussie! —Se precipitó a estrecharle entre sus brazos—. ¡Estoy tan contenta de verte!

—Cuidado con mi tigre —murmuró Gus. Dejó caer sobre la alfombra su pequeño gato gris, que corrió a refugiarse bajo el sofá—. Se ha escondido.

Lester echó chispas por los ojos mientras contemplaba al niño y el extremo de la cola gris que sobresalía del sofá.

—¿Por qué le llamas tigre? No es más que un vulgar gato callejero.

Gus se revolvió, ofendido.

—Es un tigre. Tiene rayas.

—Los tigres son amarillos y mucho más grandes. Ya es hora de que aprendas a llamar a las cosas por su nombre.

—Por favor, Lester... —suplicó Jill.

—Cállate —le espetó su marido—. Gus es lo bastante mayor como para desechar ilusiones infantiles y desarrollar una orientación realista. ¿En qué fallarán los analistas psíquicos? ¿Acaso no eliminan estas tonterías?

Gus corrió a tomar su gato.

—¡Déjale en paz!

Lester contempló el gato. Una extraña y fría sonrisa se dibujó en sus labios.

—Baja al laboratorio alguna vez, Gus. Te enseñaremos montones de gatos. Los utilizamos en nuestras investigaciones. Gatos, cobayas, conejos...

—¡Lester! —chilló Jill—. ¡Hay que ver cómo eres!

Lester lanzó una breve carcajada. Se levantó de repente y volvió a su escritorio.

—Desaparezcan. Debo acabar estos informes. Y no te olvides de decírselo a Gus.

—¿Decirme qué? —preguntó Gus, excitado. Sus mejillas enrojecieron y sus ojos brillaron—. ¿Qué es? ¿Algo para mí? ¿Un secreto?

Un peso enorme oprimió el corazón de Jill. Apoyó la mano con fuerza en el hombro del niño.

—Ven, Gus. Nos sentaremos en el jardín y te lo diré. Trae... Trae a tu tigre.

Un chasquido. El videotransmisor de emergencia se iluminó. Lester se puso en pie al instante.

—¡Callaos! —Corrió hacia el aparato, respirando con agitación—. ¡Que nadie hable!

Jill y Gus se detuvieron en la puerta. Un mensaje confidencial surgió de la ranura y cayó en la bandeja. Lester lo cogió y rompió el precinto. Lo examinó con suma concentración.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jill—. ¿Malas noticias?

—¿Malas? —Un brillo interior iluminaba el rostro de Lester—. No, ni mucho menos. —Consultó su reloj—. Justo a tiempo. Veamos, necesitaré...

—¿Qué pasa?

—Me voy de viaje. Estaré ausente dos o tres semanas. Rexor IV se halla dentro de la zona cartografiada.

—¿Te vas a Rexor IV? —Jill aplaudió de alegría—. ¡Oh, siempre he querido ver un sistema viejo, ciudades y ruinas antiguas! Lester, ¿puedo acompañarte? ¿Puedo ir contigo? Nunca hemos hecho vacaciones, y siempre me prometiste...

Lester Herrick contempló a su mujer, patidifuso.

—¿Tú? ¿Tú, acompañarme? —Lanzó una desagradable carcajada—. Date prisa y hazme el equipaje. He esperado esta oportunidad durante mucho tiempo. —Se frotó las manos, satisfecho—. El niño puede quedarse aquí hasta que yo vuelva, pero ni un segundo más. ¡Rexor IV! ¡Estoy impaciente!

—Debes hacer algunas concesiones —dijo Frank—. Al fin y al cabo, es un científico.

—No me importa —repuso Jill—. Voy a dejarle en cuanto regrese de Rexor IV. Ya me he decidido.

Su hermano calló, absorto en sus pensamientos. Estiró los pies sobre el césped del pequeño jardín.

—Bueno, si le dejas, podrás casarte de nuevo. Todavía estás clasificada como sexualmente adecuada, ¿verdad?

—Ya puedes apostar por ello —afirmó Jill—. No tendría ningún problema. Quizá encuentre a alguien que quiera tener hijos.

—Piensas demasiado en los niños —observó Frank—. A Gus le encanta venir a verte, pero no le gusta Lester. Les le mortifica.

—Lo sé. Con él ausente, esta semana pasada ha sido una delicia. —Jill acarició su liso cabello rubio, sonrojándose—. Me he divertido. Me he sentido viva otra vez.

—¿Cuándo volverá?

—En cualquier momento. —Jill cerró los puños—. Llevamos casados cinco años, y cada año ha sido peor que el anterior. Es tan..., tan inhumano. Frío e insensible. Él y su trabajo. Día y noche.

—Les es ambicioso. Quiere llegar a la cumbre de su especialidad. — Frank encendió un cigarrillo con movimientos perezosos—. Un trepador. Bien, tal vez lo consiga. ¿En qué trabaja?

—Toxicología. Fabrica nuevos venenos para los militares. Inventó el sulfato de cobre despellejador que utilizaron contra Calixto.

—Es un campo muy restringido. Fíjate en mí. —Frank se apoyó contra la pared de la casa, satisfecho—. Hay miles de abogados de Seguridad. Podría trabajar cinco años sin llamar la atención. Con eso me contento. Hago mi trabajo. Lo disfruto.

—¡Ojalá Lester pensara como tú!

—Quizá cambie.

—Nunca cambiará —dijo Jill con amargura—. Ahora lo sé. Por eso he tomado la decisión de dejarle. Siempre será igual.

Lester Herrick volvió de Rexor IV convertido en un hombre diferente. Exhibió una sonrisa radiante y depositó la maleta antigravitatoria en brazos del robocriado.

—Gracias.

Jill se quedó sin habla.

—¡Les! ¿Qué...?

Lester la saludó con una leve inclinación del sombrero.

—Buenos días, querida. Estás guapísima. Tus ojos son claros y azules. Brillan como un lago virginal alimentado por ríos procedentes de las montañas. —Olfateó el aire—. ¿Huelo acaso un delicioso plato, calentándose en el horno?

—¡Oh, Lester! —Jill parpadeó, indecisa. Una débil esperanza creció en su pecho—. Lester, ¿qué te ha pasado? Estás... muy diferente.

—¿De veras, querida? —Lester paseó por la casa, tocando los objetos y exhalando suspiros—. Mi querida casa, tan dulce y entrañable. No sabes lo maravilloso que es estar aquí. Créeme.

—Tengo miedo de creerlo —respondió Jill.

—¿De creer qué?

—Que hablas en serio. Que ya no eres como antes, como siempre has sido.

—¿Cómo era?

—Mezquino. Mezquino y cruel.

—¿Yo? —Lester frunció el ceño y se frotó los labios—. ¡Hummm! Interesante. —Sonrió—. Bueno, eso pertenece al pasado. ¿Qué hay para cenar? Me muero de hambre.

Jill no dejó de mirarle con incertidumbre mientras se dirigía a la cocina.

—Lo que te apetezca, Lester. Ya sabes que nuestra cocina cubre toda la lista de platos selectos.

—Por supuesto. —Lester carraspeó—. Bien, ¿qué te parece solomillo en su punto, cubierto de cebollas? Con salsa de champiñones, panecillos y café caliente. Y de postre, sugiero helado y pastel de manzana.

—Nunca te importó demasiado la comida —dijo Jill, con aire pensativo.

—¿No?

—Siempre decías que ojalá se pudieran administrar tomas de alimentación por vía intravenosa. —Examinó a su marido con suma curiosidad—. Lester, ¿qué ha pasado?

—Nada. Nada en absoluto.

Lester sacó su pipa y la encendió con rapidez y cierta torpeza. Cayeron algunas hebras de tabaco sobre la alfombra. Se agachó nerviosamente y trató de recogerlas.

—Dedícate a tus cosas y no te preocupes por mí, te lo ruego. Tal vez pueda ayudarte a preparar... Quiero decir, ¿puedo ayudarte en algo?

—No. Ya me encargo yo. Sigue con tu trabajo, si quieres.

—¿Trabajo?

—Tus investigaciones sobre las toxinas.

—¡Toxinas! —Lester se mostró confuso—. ¡Por el amor de Dios! Toxinas. ¡Al diablo con ellas!

—¿Cómo dices, querido?

—Es que, en este momento, me siento muy cansado. Trabajaré más tarde. —Lester vagó sin rumbo por la habitación—. Creo que me sentaré y disfrutaré de estar en casa de nuevo, lejos de ese horrible Rector IV.

—¿Es horrible?

—Espantoso. —Lester hizo una mueca de desagrado—. Seco y muerto. Viejo. Reducido a pulpa por el viento y el sol. Un lugar temible, querida mía.

—Lo siento. Siempre quise visitarlo.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Lester de todo corazón—. Tú te quedarás aquí, querida. Conmigo. Juntos..., los dos. —Paseó la mirada por la habitación—. Sí, los dos. La Tierra es un planeta maravilloso. Húmedo y lleno de vida. —Una sonrisa de felicidad iluminó su cara—. Perfecto.

—No lo entiendo —dijo Jill.

—Repite todo lo que recuerdes —dijo Frank. Su lápiz robot se preparó—. Siento curiosidad por los cambios que has observado en él.

—¿Por qué?

—Por nada. Sigue. ¿Dices que advertiste en seguida que estaba distinto?

—Me di cuenta al instante, por la expresión de su rostro. No era dura ni práctica, sino plácida, relajada, tolerante, serena.

—Entiendo —dijo Frank—. ¿Qué más?

Jill miró con nerviosismo al interior de la casa.

—No nos puede oír, ¿verdad?

Estaban en el patio posterior.

—No. Está jugando con Gus en la sala de estar. Hoy son hombres-nutria venusinos. Tu marido ha construido un tobogán para nutrias en el laboratorio. Le vi desempaquetándolo.

—Su conversación.

—¿Su qué?

—La forma en que habla. Las palabras que elige, palabras que nunca había empleado. Frases nuevas, metáforas. Nunca le he oído utilizar una metáfora en los cinco años que llevamos juntos. Decía que las metáforas eran inexactas, engañosas y...

—¿Y qué?

El lápiz escribía sin cesar.

—Son palabras extrañas. Palabras antiguas. Palabras que ya no se oyen.

—¿Fraseología arcaica? —preguntó Frank, tenso.

—Sí. —Jill paseaba arriba y abajo del jardín, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones de plástico—. Palabras pomposas, como...

—¿Como extraídas de un libro?

—¡Exacto! ¿Te has dado cuenta?

—Sí —respondió Frank, con expresión sombría—. Sigue.

Jill dejó de caminar.

—¿Qué piensas? ¿Tienes una teoría?

—Quiero más datos concretos.

Jill reflexionó.

—Juega con Gus. Juega y bromea. Y... come.

—¿Es que no comía antes?

—No como ahora. Ahora, le encanta comer. Va a la cocina y prueba combinaciones incesantemente. Él y la cocina se alían para preparar toda clase de platos exóticos.

—Me ha parecido que ha engordado.

—Ha engordado cinco kilos. Come, sonrío y río. Se muestra muy atento en todo momento. —Jill desvió la vista con timidez—. Hasta es... ¡romántico! Siempre había dicho que eso era irracional. Y ya no le interesa su trabajo, sus investigaciones sobre las toxinas.

—Entiendo. —Frank se mordió el labio—. ¿Algo más?

—Hay algo que me sorprende mucho. Lo he observado en infinidad de ocasiones.

—¿Qué es?

—Parece tener extraños lapsos de...

Sonó un estallido de carcajadas. Lester Herrick, con los ojos brillantes de alegría, salió corriendo de la casa, seguido del pequeño Gus.

—¡Les vamos a dar una noticia! —exclamó Lester.

—Una *notisia* —repitió Gus.

Frank dobló sus notas y las guardó en el bolsillo de la chaqueta. El lápiz se precipitó detrás de ellas.

—¿Cuál es? —preguntó Frank, levantándose.

—Dila tú.

Lester tomó a Gus de la mano y le hizo avanzar.

La cara regordeta de Gus mostró una mueca de concentración.

—¡Voy a vivir con vosotros! —anunció. Escrutó ansiosamente la expresión de Jill—. Lester me da permiso. ¿Puedo, tía Jill?

Una inmensa alegría henchió el corazón de Jill. Su mirada se desvió de Gus a Lester.

—¿Lo dices..., lo dices en serio?

Su voz era casi inaudible. Lester la rodeó con el brazo y la estrechó contra él.

—¡Pues claro que lo digo en serio! —Su mirada era cálida, llena de comprensión—. Nosotros somos incapaces de tomarte el pelo, querida.

—¡No te tomamos el pelo! —gritó Gus, excitado—. ¡Se acabaron las tomaduras de pelo! —Lester, Jill y el niño se abrazaron—. ¡Nunca más!

Frank se mantenía algo apartado, con el semblante hosco. Jill lo advirtió y avanzó hacia él.

—¿Qué pasa? —tartamudeó—. ¿Algo va...?

—Cuando hayas terminado —dijo Frank a Lester Herrick—, me gustaría que me acompañaras.

Un escalofrío atenazó el corazón de Jill.

—¿Qué sucede? ¿Puedo venir yo también?

Frank denegó con la cabeza. Avanzó hacia Lester de forma amenazadora.

—Vamos, Herrick. Tú y yo vamos a hacer un pequeño viaje.

Los tres agentes de la Seguridad Federal tomaron posiciones a pocos pasos de Lester Herrick, con los vibrotubos preparados.

El director de Seguridad, Douglas, examinó a Herrick durante largo rato.

—¿Está seguro? —dijo por fin.

—Absolutamente —afirmó Frank.

—¿Cuándo regresó de Rexor IV?

—Hace una semana.

—¿Y el cambio fue perceptible al instante?

—Su esposa lo notó en cuanto le vio. No cabe duda de que se produjo en Rexor. —Frank hizo una significativa pausa—. Y usted ya sabe lo que eso quiere decir.

—Lo sé.

Douglas caminó lentamente alrededor del hombre sentado y le examinó desde todos los ángulos.

Lester Herrick se hallaba sentado en silencio, con la chaqueta pulcramente doblada sobre la rodilla. Descansaba las manos sobre su bastón de puño de marfil; tenía el rostro sereno e inexpresivo. Vestía un traje gris claro, corbata de tonos apagados, puños dobles y lustrosos zapatos negros. No decía nada.

—Sus métodos son sencillos y precisos —dijo Douglas—. Extraen y almacenan, en alguna especie de suspensión, los contenidos psíquicos originales. La introducción de los contenidos sustitutivos es instantánea. Es muy probable que Lester Herrick se encontrara vagando por las ruinas de alguna ciudad de Rexor, haciendo caso omiso de las precauciones de seguridad, escudo o pantalla manual, y le atraparan.

El hombre sentado se movió.

—Me gustaría mucho comunicarme con Jill —murmuró—. Se estará poniendo nerviosa.

Frank se volvió con una mueca de repulsión.

—¡Santo Dios!, continúa fingiendo.

El director Douglas se contuvo con un enorme esfuerzo.

—Desde luego, es algo asombroso. No se producen cambios físicos. Lo miras y no adviertes nada. —Avanzó hacia el hombre sentado con expresión dura—. Escúchame, sea cual sea tu nombre. ¿Entiendes lo que digo?

—Por supuesto —contestó Lester Herrick.

—¿De veras crees que te vas a salir con la tuya? Atrapamos a los otros..., los que te precedieron. A todos. Incluso antes de que llegaran. —Douglas sonrió con frialdad—. Los vibrodesintegramos uno tras otro.

Lester Herrick palideció. El sudor perló su frente. Lo secó con un pañuelo de seda que sacó del bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Sí? —murmuró.

—Usted no nos engaña. Toda la Tierra está en alerta contra los rexorianos. Me sorprende que consiguiera abandonar Rexor. Herrick debió de haberse comportado con extrema imprudencia. Neutralizamos a los demás a bordo de la nave. Los devolvimos al espacio.

—Herrick tenía una nave particular —murmuró el hombre sentado—. Burló la estación de control. No existen registros de su llegada. No fue detectado.

—¡Fríalo! —graznó Douglas.

Los tres agentes de Seguridad levantaron sus tubos y dieron un paso adelante.

—No. —Frank sacudió la cabeza—. No podemos. La situación es muy complicada.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué no podemos? Freímos a todos los demás...

—Fueron apresados en el espacio. Estamos en la Tierra. No se aplican las leyes militares, sino las leyes de la Tierra. —Frank señaló al hombre sentado con un ademán—. Y ocupa un cuerpo humano. Se halla bajo las leyes civiles normales. Debemos demostrar que no es Lester Herrick..., que es un rexoriano infiltrado. Es difícil, pero posible.

—¿Cómo?

—Su mujer. La mujer de Herrick. Su testimonio. Jill Herrick puede dar cuenta de las diferencias entre Lester Herrick y esta cosa. Ella lo sabe..., y creo que podremos clarificarlo en el juicio.

Caía la tarde. Frank mantenía el crucero de superficie a escasa velocidad. Ni él ni Jill hablaban.

—Eso lo explica todo —dijo por fin Jill, pálida. Sus ojos secos y brillantes no delataban la menor emoción—. Sabía que era demasiado estupendo para ser cierto. —Intentó sonreír—. Parecía maravilloso.

—Lo sé —asintió Frank—. Es una situación terrible. Si por lo menos...

—¿Por qué? —preguntó Jill—. ¿Por qué ese hombre..., esa cosa lo hizo? ¿Por qué se adueñó del cuerpo de Lester?

—Rexor IV es viejo. Muerto. Un planeta agonizante. La vida se está extinguiendo.

—Ahora lo recuerdo. Él... dijo algo parecido. Algo acerca de Rexor. Que estaba contento de haberse marchado.

—Los rexorianos son una raza antigua. Los pocos que quedan son débiles. Han intentado emigrar durante siglos, pero sus cuerpos son demasiado frágiles. Algunos trataron de emigrar a Venus... y murieron en el acto. Inventaron este sistema hace más o menos un siglo.

—Pero sabe mucho sobre nosotros. Habla nuestro idioma.

—Pero sin dominarlo. Los cambios que mencionaste, la extraña dicción. Los rexorianos sólo poseen un vago conocimiento de los seres humanos. Una especie de abstracción ideal, extraída de los objetos terrícolas que han llegado a Rexor, libros en especial; datos secundarios de este tipo. La idea rexoriana de la Tierra se basa en clásicos literarios de la Tierra, novelas románticas del pasado. Idioma, costumbres y modales de los viejos libros terrícolas.

»Eso explica el extraño arcaísmo de esa cosa. Había estudiado la Tierra, de acuerdo, pero de una manera indirecta y engañosa. —Frank sonrió con ironía—. Los rexorianos llevan un atraso de doscientos años..., y eso nos da una ventaja. Así podemos detectarlos.

—¿Esto... suele suceder? ¿Es frecuente? Parece increíble. —Jill se frotó la frente, cansada—. Es como un sueño. Cuesta comprender que haya ocurrido de veras. Estoy empezando a entender lo que significa.

—La galaxia está llena de formas de vida alienígenas. Seres parasitarios y destructivos. La ética terrícola no les es aplicable. Debemos mantenernos en constante vigilancia. Lester deambuló por Rexor sin sospechar nada..., y esta cosa le expulsó de su cuerpo y lo ocupó.

Frank miró a su hermana. El rostro de Jill no expresaba la menor emoción. Un rostro severo, de grandes ojos, pero sosegado. Estaba sentada muy erguida, con la vista clavada en el frente y sus pequeñas manos enlazadas sobre el regazo.

—Lo haremos de tal forma que no te sea preciso acudir al juicio en persona —prosiguió Frank—. Grabas en vídeo la declaración y la presentaremos como prueba. Estoy seguro de que tu declaración bastará. El tribunal federal nos ayudará en todo lo que pueda, pero necesita alguna prueba para seguir adelante.

Jill no dijo nada.

—¿Qué opinas? —preguntó Frank.

—¿Qué ocurrirá después de que el tribunal tome una decisión?

—Le administraremos un vibrorrayo. Destruiremos la mente rexoriana. Un patrullero terrícola de Rexor IV enviará una expedición para localizar los..., hummm..., contenidos originales.

Jill tragó saliva. Se volvió hacia su hermano, asombrada.

—¿Quieres decir...?

—¡Oh, sí! Lester está vivo. En suspensión, en alguna parte de Rexor. En una de las ciudades derruidas. Tendremos que obligarlos a que nos lo entreguen. No querrán, pero lo harán. Ya lo han hecho otras veces. Después, volverá contigo, sano y salvo. Igual que antes. Y esta horrible pesadilla que estás viviendo pasará a formar parte del pasado.

—Entiendo.

—Ya hemos llegado.

El crucero se detuvo ante el imponente edificio de la Seguridad Federal. Frank salió en seguida y abrió la puerta a su hermana. Jill bajó lentamente.

—¿De acuerdo? —preguntó Frank.

—De acuerdo.

Cuando ambos entraron en el edificio, agentes de la Seguridad Federal les guiaron entre las pantallas de comprobación. Recorrieron largos pasillos. Los tacones altos de Jill resonaban en el siniestro silencio.

—Menudo lugar —comentó Frank.

—Es tenebroso.

—Considéralo una comisaría de policía con pretensiones. —Frank se detuvo ante una puerta custodiada—. Es aquí.

—Espera. —Jill retrocedió, con una mueca de pánico—. Yo...

—Esperaremos a que te sientas preparada. —Frank indicó al agente que se marchara—. Lo comprendo. Es un mal asunto.

Jill se quedó quieta un momento, con la cabeza gacha. Respiró profundamente y cerró los puños. Alzó la barbilla con firmeza.

—Adelante.

—¿Estás dispuesta?

—Sí.

Frank abrió la puerta.

—Vamos a ello.

El director Douglas y los tres agentes de la Seguridad Federal se volvieron con expectación cuando Jill y Frank entraron.

—Bien —murmuró Douglas, aliviado—. Empezaba a preocuparme.

El hombre sentado se levantó poco a poco y cogió su chaqueta. Apretó con dedos tensos el bastón con pomo de marfil. No dijo nada. Contempló en silencio a la mujer que entraba en la habitación, seguida de Frank.

—Ésta es la señora Herrick —dijo Frank—. Jill, te presento al director de Seguridad Douglas.

—He oído hablar de usted —dijo Jill en voz baja.

—Entonces, ya sabrá cuál es nuestro trabajo.

—Sí, sé cuál es su trabajo.

—Este asunto es muy desagradable. Ya ha ocurrido en anteriores ocasiones. No sé lo que Frank le habrá dicho...

—Me ha explicado la situación.

—Bien —suspiró Douglas—, me alegro. No resulta fácil de explicar. Ya comprenderá, pues, lo que queremos. Los casos anteriores fueron neutralizados en el espacio. Les administramos una dosis de vibrotubos y recuperamos los contenidos originales. Esta vez, sin embargo, debemos proceder siguiendo los conductos legales. —Douglas tomó una grabadora de vídeo—. Necesitamos su declaración, señora Herrick. Como no se han producido alteraciones físicas, carecemos de pruebas directas para apoyar nuestro caso. Sólo podemos presentar ante el tribunal su testimonio acerca de la alteración del carácter.

Extendió la grabadora. Jill la tomó, despacio.

—No cabe duda de que su testimonio será aceptado por el tribunal. Éste nos dejará las manos libres y procederemos en consecuencia. Si todo va bien, confiamos en que las cosas vuelvan a ser exactamente como antes.

Jill contempló en silencio al hombre que se hallaba de pie en un rincón, con la chaqueta y el bastón en la mano.

—¿Como antes? —dijo—. ¿Qué quiere decir?

—Como antes del cambio.

Jill se volvió hacia el director Douglas. Dejó la grabadora sobre la mesa con absoluta calma.

—¿A qué cambio se refiere?

Douglas palideció y se humedeció los labios. Todos los ojos estaban clavados en Jill.

—El cambio que se ha producido en él. —Señaló al hombre.

—¡Jill! —gritó Frank—. ¿Qué te pasa? —Avanzó rápidamente hacia ella—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Sabes muy bien a qué cambio nos referimos!

—Pues me extraña —dijo Jill con aire pensativo—. Yo no he notado ningún cambio.

Frank y el director Douglas intercambiaron una mirada.

—No lo entiendo —murmuró Frank, desconcertado.

—Señora Herrick... —empezó Douglas.

Jill se acercó al hombre que esperaba en silencio en el rincón.

—¿Nos vamos, querido? —preguntó, tocándole el brazo—. ¿Existe algún motivo que impida a mi marido salir de aquí?

El hombre y la mujer caminaban en silencio por la calle oscura.

—Bien, vamos a casa —dijo Jill.

—Hace una tarde espléndida —comentó el hombre, mirándola. Respiró profundamente y se llenó los pulmones de aire—. La primavera se acerca..., me parece. ¿No es cierto?

Jill asintió con la cabeza.

—¿Vamos a pie? ¿Está lejos?

—No mucho.

El hombre la miró con una expresión seria en el rostro.

—Estoy en deuda contigo, querida —dijo.

Jill asintió con la cabeza.

—Me gustaría darte las gracias. Debo admitir que no esperaba este...

Jill se volvió bruscamente.

—¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre auténtico?

Los ojos grises del hombre destellaron. Una leve, tierna y hermosa sonrisa se dibujó en sus labios.

—Me temo que no serías capaz de pronunciarlo. Los sonidos no pueden formarse...

Jill guardó silencio mientras continuaban caminando, absorta en sus pensamientos. Las luces de la ciudad empezaban a encenderse, como brillantes puntos amarillos en la oscuridad.

—¿Qué piensas? —preguntó el hombre.

—Estaba pensando que te seguiré llamando Lester —respondió Jill—, si no te importa.

—No me importa —dijo el hombre.

La rodeó con el brazo y la atrajo hacia él. La miró con ternura mientras se adentraban en la oscuridad, entre las luces amarillas que señalaban el camino.

—Lo que tú desees. Todo cuanto te haga feliz.

Introducción

Título del relato y del guion: *Autofab (Autofab)*

Travis Beacham es escritor y productor, conocido por los largometrajes *Pacific Rim* y *Furia de Titanes*. Actualmente está adaptando su propio guion del largometraje *A Killing on Carnival Row* para una serie de televisión que se está grabando.

Autofab no era el relato que estaba planeando adaptar inicialmente, pero fue la propia historia la que echó raíces y a la que me enganché y que exigió ser adaptada. Es una premisa sorprendentemente sencilla pero, a la vez, sorprendentemente vigorosa: en nuestro mundo, los supervivientes de una guerra apocalíptica intentan cerrar una fábrica automatizada que destruye ciegamente la Tierra mucho después de la caída de la civilización. Siempre se ven historias sobre la malévolos inteligencia artificial rebelándose contra su programación y tratando de destruir a sus creadores por alguna razón. Y esta historia sigue un camino similar, pero al final es algo muy diferente. Lo que es brillante de *Autofab* es que la fábrica no es una máquina enloquecida. Es una máquina que hace exactamente lo que sus creadores, ingeniosos pero irresponsables, le habían hecho construir. Esta máquina no es un intelecto alienígena recién despertado que se empeña en la destrucción de la humanidad, sino más bien una especie de aviso que nos obliga a enfrentarnos a las consecuencias de nuestros deseos como cultura. Eso, para mí, no sólo me parece un toque más realista que el tradicional hilo de rebelión del robot, sino también una parábola tecnológica más oportuna en algunos aspectos, porque no se trata realmente de la tecnología. La tecnología en esta historia es poco más que el fantasma de lo que solíamos ser, recreando nuestros errores a perpetuidad. No estamos luchando contra eso. Estamos luchando contra

nosotros mismos. Estamos luchando contra nuestra propia naturaleza. En última instancia, se trata de la humanidad, que es realmente la característica de una gran historia de Philip K. Dick.

TRAVIS BEACHAM

Autofab

I

La tensión flotaba sobre los tres hombres que estaban a la espera. Fumaban, paseaban de un lado a otro y lanzaban alguna que otra patada a la maleza que crecía junto al arcén. Era un mediodía caluroso y el sol caía sin compasión sobre los campos pardos, las hileras de pulcras casas de plástico y la lejana línea de las montañas, al oeste.

—Ya casi es la hora —dijo Earl Perine, frotándose las flacas manos—. Varía según la carga. Medio segundo por cada medio kilo de más.

—¿Lo tienes calculado? Mira que eres raro. Vamos a fingir que simplemente llega tarde —respondió Morrison con acidez.

El tercer hombre no dijo nada. O'Neill venía de otro asentamiento. No conocía a Perine y Morrison lo bastante bien para discutir con ellos. En lugar de hacerlo, se agachó y empezó a ordenar los documentos que llevaba en su sujetapapeles. Sus peludos brazos estaban bronceados y recubiertos de brillante sudor. Enjuto, de cabello cano y enmarañado, y gafas de pasta, era mayor que los otros dos. Llevaba pantalones holgados, camisa deportiva y zapatos de suela de crepé. Entre sus dedos brillaba su estilográfica, metálica y eficiente.

—¿Qué estás escribiendo? —rezongó Perine.

—El procedimiento que vamos a emplear —respondió O'Neill tranquilamente—. Es mejor analizarlo ahora en lugar de probar al azar. Conviene que sepamos qué cosas no funcionan en lo que intentemos. De lo contrario, caminaremos en círculos. Aquí lo que tenemos es un problema de comunicación. Así es como yo lo veo.

—Comunicación —asintió Morrison con aquella voz grave que brotaba del fondo de su pecho—. Sí, no podemos ponernos en contacto con esa maldita cosa. Viene, descarga y se marcha... No hay contacto alguno.

—Es una máquina —dijo Perine con tono alterado—. Está muerta... Es ciega y sorda.

—Pero está en contacto con el mundo exterior —señaló O'Neill—. Tiene que haber alguna forma de llegar hasta ella. Algunas señales semánticas específicas tienen sentido para ella. Lo único que tenemos que hacer es encontrarlas. O redescubrirlas, más bien. Una media docena entre mil millones de posibilidades.

Un ruido sordo interrumpió a los tres hombres. Levantaron la mirada, cautelosos y alertas. Era la hora.

—Ahí está —dijo Perine—. Vale, tío listo. A ver si consigues que haga un solo cambio en su rutina.

El enorme camión, cargado hasta los topes, avanzaba emitiendo un rugido sordo. En muchos aspectos parecía un vehículo de transporte convencional, manejado por seres humanos, salvo por un detalle: no tenía cabina para el conductor. La superficie horizontal era toda zona de carga y en la sección donde normalmente irían los faros y la rejilla del radiador había una fibrosa masa de receptores, semejante a una esponja, la limitada batería sensorial de aquella extensión móvil de la instalación.

Consciente de la presencia de los tres hombres, el camión aminoró, redujo la marcha y activó el freno. Transcurrió un instante mientras accionaba unos relés. Una parte de la sección de carga se inclinó y descargó una cascada de cajas de grueso cartón sobre la carretera. Junto con la mercancía, planeando, descendió un detallado inventario.

—Ya sabéis lo que hay que hacer —dijo O'Neill—. De prisa, antes de que se marche.

Con la rapidez y taciturnidad de auténticos expertos, los hombres recogieron las cajas de cartón y les arrancaron el plástico protector. Muchos objetos salieron a la luz: un microscopio binocular, una radio portátil, varios montones de discos de plástico, equipo médico, cuchillas de afeitar, ropa, comida... La mayor parte del cargamento, como de costumbre, era comida. Sistemáticamente, los tres hombres empezaron a destrozar los objetos. En cuestión de pocos minutos no quedaba otra cosa que restos desordenados a su alrededor.

—Ya está —dijo O'Neill con voz entrecortada, mientras retrocedía un paso. Sin mirar, sacó un inventario—. Ahora vamos a ver lo que hace.

El camión había emprendido ya el camino de regreso. Se detuvo bruscamente y regresó. Sus receptores habían captado el hecho de que los tres hombres acababan de destruir la carga que les había dejado. Con un chirrido de los engranajes, dio media vuelta y orientó su banco de receptores hacia ellos. Extendió una antena; había empezado a comunicarse con la fábrica. Estaba recibiendo instrucciones.

La superficie horizontal se inclinó y dejó caer un segundo cargamento, idéntico al primero.

—Hemos fracasado —gimió Perine mientras otro inventario descendía flotando sobre el nuevo cargamento—. Hemos destruido todo esto para nada.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Morrison a O'Neill—. ¿Cuál es la siguiente fase del plan?

—Echadme una mano. —O'Neill recogió una de las cajas de cartón y la llevó hasta el camión. Tras depositarla sobre la plataforma, se volvió en busca de otra. Los otros dos hombres lo imitaron con lentitud. El cargamento volvió al camión. Cuando éste se disponía a emprender el camino de vuelta, los hombres ya habían devuelto la última caja.

El vehículo se detuvo. Sus receptores registraron el regreso del cargamento. De su interior surgió un zumbido sordo y sostenido.

—Esto podría volverlo loco —comentó O'Neill, sudando—. Ha llevado a cabo la operación sin conseguir nada.

El camión hizo ademán de marcharse, con un movimiento que quedó interrumpido casi al momento de iniciarse. Entonces, parsimoniosamente, volvió a girar y, a tal velocidad que casi no llegaron a verlo, volvió a dejar su cargamento sobre la carretera.

—¡Vamos! —gritó O'Neill. Los tres hombres recogieron las cajas y volvieron a cargarlas con rapidez febril. Pero en cuanto la superficie horizontal volvió a estar cargada, las grúas del camión las transportaron hasta las rampas del otro lado y desde allí las dejaron caer sobre la carretera.

—No sirve de nada —dijo Morrison, casi sin resuello—. Es como recoger agua con un cedazo.

—Menuda mierda —asintió Perine jadeando—. Como siempre. Los humanos siempre perdemos.

El camión los estudió calmadamente, con los receptores mudos e impasibles. Estaba haciendo su trabajo. La red planetaria de fábricas automatizadas estaba llevando a cabo eficientemente la tarea que se le había impuesto cinco años antes, en los primeros días del conflicto global total.

—Ya se va —señaló Morrison, consternado. El camión había bajado la antena. Metió una marcha y quitó el freno.

—Un último intento —dijo O’Neill. Cogió una de las cajas y la abrió. De su interior sacó un tanque de leche de treinta y ocho litros, al que le quitó la tapa—. Por muy absurdo que os parezca.

—Es ridículo —protestó Perine. De mala gana, buscó una taza entre los restos desperdigados y la metió en la leche—. ¡Una tontería infantil!

El camión se había detenido para observarlos.

—Hazlo —le ordenó O’Neill con voz tajante—. Tal como lo hemos practicado, exactamente.

Los tres hombres empezaron a beber como locos del tanque de leche, dejando que el líquido corriera visiblemente por sus barbillas; querían que resultara evidente lo que estaban haciendo.

Tal como habían convenido, O’Neill fue el primero. Con el rostro retorcido por la repulsión, arrojó la taza a un lado y escupió violentamente la leche sobre la carretera.

—¡Por Dios! —dijo, medio atragantado.

Los otros dos lo imitaron; maldiciendo a voz en grito, derribaron el tanque a puntapiés antes de volverse hacia el camión con miradas acusatorias.

—¡Está agria! —rugió Morrison.

Impelido por la curiosidad, el vehículo regresó lentamente. Sus sinapsis electrónicas respondieron a la situación con chasquidos y zumbidos. Su antena se extendió como el astil de una bandera.

—Creo que lo hemos logrado —dijo O’Neill, temblando. Bajo la atenta mirada del camión, tomó un segundo tanque de leche, le quitó la tapa y probó su contenido—. ¡Igual! —le gritó—. ¡Está tan mala como la otra!

El camión escupió un cilindro metálico. El cilindro aterrizó a los pies de Morrison. Éste se apresuró a recogerlo y lo abrió.

ESPECIFIQUE LA NATURALEZA DEL DEFECTO.

La hoja de instrucciones incluía varias filas de posibles defectos, cada uno de ellos con su correspondiente recuadrado. El cilindro contenía también un punzón destinado a marcar el problema concreto del producto.

—¿Cuál marco? —preguntó Morrison—. ¿Contaminado? ¿Infección bacteriana? ¿Pasado? ¿Rancio? ¿Mal etiquetado? ¿Roto? ¿Aplastado? ¿Agrietado? ¿Doblado? ¿Con tierra?

O'Neill pensó rápidamente y respondió:

—No marques nada. Seguro que la fábrica está preparada para reponer la mercancía defectuosa. Realizará su propio análisis y luego nos ignorará. — Entonces tuvo una inspiración que hizo que su rostro se iluminara con frenética satisfacción—. Escribe ahí abajo. Hay un espacio para incluir más datos.

—¿Y qué pongo?

—Escribe: «El producto está totalmente pislado».

—¿Y eso qué es? —inquirió Perine, desconcertado.

—¡Tú ponlo! No significa nada. La fábrica no será capaz de entenderlo. Tal vez podamos sabotearla.

Con la estilográfica de O'Neill, Morrison escribió cuidadosamente que la leche estaba «pislada». Sacudiendo la cabeza, cerró el cilindro y se lo devolvió al camión. Éste recogió los tanques de leche y, con un fuerte golpe, retrajo la superficie de carga. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto y el vehículo echó a andar. La ranura expulsó un último cilindro, que rebotó sobre el suelo; luego, el camión se alejó rápidamente, dejando el cilindro sobre la tierra.

O'Neill lo abrió y les enseñó el papel a los demás.

SE LES ENVIARÁ
UN REPRESENTANTE.
PREPÁRENSE PARA SUMINISTRARLE
TODOS LOS DATOS SOBRE EL PROBLEMA.

Por un momento, los tres guardaron silencio. Entonces Perine se echó a reír quedamente.

—Lo hemos conseguido. Hemos contactado. Hemos llegado hasta ellos.

—Ya lo creo —asintió O’Neill—. Esa cosa nunca había oído hablar de un producto pislado.

En la base misma de las montañas, excavado, se encontraba el vasto complejo de la fábrica de Kansas City. La superficie estaba corroída, cariada como una muela por la radiación, agrietada y cubierta por las cicatrices de los cinco años de guerra que habían transcurrido sobre ella. La mayor parte del complejo estaba en el subsuelo; sólo las entradas eran visibles. El camión era como un puntito negro que avanzaba a toda velocidad hacia la gran mole de metal negro. De repente, una abertura se formó en la superficie uniforme. El camión la atravesó y desapareció en su interior. La entrada volvió a cerrarse a cal y canto.

—Ahora queda lo más complicado —dijo O’Neill—. Tenemos que convencerla de que clausure las operaciones..., de que se desactive.

II

Judith O’Neill servía café a la gente que había en su salón. Su marido hablaba mientras los demás escuchaban. O’Neill era lo más parecido a una autoridad sobre las autofabs que existía.

Procedía de Chicago. Había conseguido sortear el perímetro defensivo de la fábrica y salir de allí con datos de la misma. Como es natural, la fábrica había respondido erigiendo un perímetro más sólido. Pero O’Neill había logrado demostrar que las fábricas no eran infalibles.

—El Instituto de Cibernética Aplicada —les estaba explicando en aquel momento— ejercía un control total sobre la red. Por culpa de la guerra, o puede que por el desmoronamiento de las líneas de comunicación, que impidió que el instituto nos transmitiera la información necesaria para hacerlo, no podemos informar a las fábricas..., informarles de que la guerra ha terminado y estamos preparados para reasumir el control de las operaciones industriales.

—Y entre tanto —añadió Morrison con amargura— esa condenada red sigue expandiéndose y consumiendo cada vez más recursos.

—Me da la impresión —dijo Judith— de que si doy un pisotón lo bastante fuerte, acabaré en alguno de sus túneles. A estas alturas debe de haber túneles por todas partes.

—¿No existe ningún factor que las limite? —preguntó nerviosamente Perine—. ¿Es que estaban programadas para seguir expandiéndose de manera indefinida?

—Cada fábrica está limitada a su propia zona de operaciones —dijo O'Neill—, pero la red carece de límites. Podría seguir consumiendo nuestros recursos eternamente. El instituto decidió que recibiera prioridad total. La suerte que corriera la gente como nosotros, la gente normal, era sólo una consideración secundaria.

—¿Y entonces no nos dejará nada? —indagó Morrison.

—No, a menos que consigamos que detenga sus operaciones. Ya ha agotado las reservas naturales de media docena de minerales básicos. Los equipos de prospección de todas las fábricas trabajan a todas horas, buscando hasta el último resto de los materiales que pueden utilizar.

—¿Y qué pasaría si se cruzaran los túneles de dos fábricas diferentes?

O'Neill se encogió de hombros.

—En condiciones normales, eso no debería pasar. Cada fábrica tiene asignada una sección del planeta, una porción del pastel para su uso exclusivo.

—Pero podría ocurrir.

—Bueno, se nutren de las mismas materias primas, sí; mientras quede algo, intentarán conseguirlo. —O'Neill barajó la idea con creciente interés—. Habría que pensar en ello. Supongo que conforme vaya aumentando la escasez...

Dejó de hablar. Una figura acababa de entrar en la habitación. En silencio, los observaba a todos desde el umbral.

En la penumbra de la sala, parecía casi humana. Por un momento fugaz, O'Neill pensó que se trataba de un simple visitante. Entonces, al ver cómo se movía, comprendió que sólo era el simulacro de un humano: un chasis funcional, erguido y bípedo, con receptores de datos montados en la parte

superior y manipuladores y propioceptores sobre una especie de oruga descendente terminada en unas ventosas. Su semejanza con un ser humano era un tributo a la eficiencia. No escondía ningún propósito sentimental.

Había llegado el representante de la fábrica.

Empezó sin preámbulos:

—Ésta es una máquina de recogida de datos, capaz de comunicarse por medios orales. Contiene dispositivos emisores y receptores y puede integrar los elementos relevantes al objeto de su investigación.

La voz era tan agradable como plena de confianza. Evidentemente se trataba de una grabación realizada por algún ingeniero del instituto antes de la guerra. En aquella parodia de ser humano, resultaba grotesca. O'Neill podía imaginarse sin dificultad al joven muerto cuya voz brotaba ahora de la boca mecánica de aquella máquina hecha de acero y cables.

—Una pequeña advertencia —continuó la agradable voz—. Considerar humano a este receptor y tratar de entablar conversación con él sobre cualquier otro motivo que no sea su misión sería una pérdida de tiempo. Aunque está programada y es perfectamente capaz de llevar a cabo su cometido, carece del don del pensamiento conceptual. Sólo puede recomponer aquellos datos de los que ya dispone.

Con un pequeño chasquido, la voz optimista cesó y se vio reemplazada por otra. Era muy similar a la primera, aunque despojada de toda entonación personal. La máquina estaba empleando el patrón fonético del muerto para entablar comunicación.

—El análisis del producto rechazado —afirmó— no refleja señales de elementos impropios ni deterioro perceptible alguno. El producto ha superado todas las pruebas estándar empleadas en la red. Por consiguiente, el rechazo se basa en elementos que exceden el alcance de las pruebas. Están empleándose estándares de los que la red no dispone.

—Así es —convino O'Neill. Sopesando las palabras con cuidado, continuó—: La leche está por debajo de nuestros estándares. No queremos ni verla. La producción debe ser más cuidadosa.

Al cabo de un instante, la máquina respondió:

—La red no está familiarizada con el contenido semántico del término «pislada». No existe en el vocabulario almacenado en nuestra base de datos. ¿Pueden presentar un análisis fáctico de la leche en el que se especifiquen los elementos específicos presentes o ausentes?

—No —repuso O'Neill con cautela; el juego al que estaba jugando era enrevesado y peligroso—. «Pislada» es un término genérico. No puede reducirse a una descripción de elementos químicos.

—¿Qué significa «pislada»? —preguntó la máquina—. ¿Puede usted definir el término empleando símbolos semánticos alternativos?

O'Neill vaciló. Su objetivo era conseguir que el representante de la fábrica se desviara de su investigación concreta para llevarlo hasta regiones más generales y, en última instancia, al problema de la clausura de la red. Si lograba abrir una grieta, iniciar una discusión en términos teóricos...

—«Pislada» —dijo— viene a expresar la condición de un producto que sigue fabricándose cuando no hay necesidad. Indica el rechazo del producto sobre la base de que ya no se lo quiere.

—Los análisis de la red —respondió el representante— muestran un elevado índice de necesidad de sucedáneos de leche pasteurizada de alta calidad en la zona. No existen fuentes alternativas. La red controla todos los medios existentes de producción de sintéticos de tipo mamífero. —Y añadió—: Los datos inscritos originalmente en nuestros archivos describen la leche como un producto esencial para la dieta humana.

O'Neill se veía intelectualmente superado. La máquina estaba devolviendo la discusión al reino de lo concreto.

—Hemos decidido —respondió con desesperación— que ya no queremos más leche. Preferimos pasar sin ella. Al menos hasta que podamos encontrar vacas.

—Eso contradice los datos de la red —objetó el representante—. Ya no quedan vacas. Toda la leche se produce sintéticamente.

—Entonces la produciremos sintéticamente nosotros mismos —intervino Morrison con impaciencia—. ¿Por qué no podemos hacernos cargo de las máquinas? ¡Por Dios, no somos niños! ¡Podemos dirigir nuestras propias vidas!

El representante de la fábrica se encaminó a la puerta.

—Hasta que su comunidad encuentre otras fuentes de suministro de leche, la red seguirá proporcionándosela. El dispositivo de análisis y evaluación seguirá activo en la zona, realizando las recogidas de muestras rutinarias.

En un intento vano, Perine gritó:

—¿Cómo quieres que encontremos otras fuentes? ¡Todo está en tus manos! ¡Lo controlas todo! —Fue tras el representante, gritando—: ¡Dices que no podemos dirigir las cosas! ¡Que no somos capaces! ¿Cómo lo sabes? ¡No nos das una sola oportunidad! ¡Nunca nos la darás!

O'Neill estaba petrificado. La máquina se marchaba. Su mente unidireccional había obtenido un triunfo completo.

—Escucha —dijo con voz ronca mientras se interponía en su camino—. Queremos que te desactives, ¿entiendes? Queremos hacernos cargo del equipo y dirigir las cosas. La guerra ha terminado. ¡Joder, ya no te necesitamos!

El representante de la fábrica se detuvo un momento junto a la puerta.

—La entrada en ciclo inoperativo no está prevista —dijo— hasta que la producción de la red esté al mismo nivel que la producción exterior. Según los datos que recabamos constantemente, en este momento no existe producción exterior. Por consiguiente, la producción de la red continuará.

Sin previo aviso, Morrison levantó la tubería de acero que llevaba en la mano. El golpe recayó sobre el hombro de la máquina y atravesó la intrincada red de aparatos sensoriales que formaban su pecho. La batería de receptores quedó pulverizada; una lluvia de cristales, cables y piezas diminutas roció la sala entera.

—¡Es una paradoja! —chilló Morrison—. Un juego de palabras, una broma semántica con la que están burlándose de nosotros. Los ciberneticistas lo han amañado. —Levantó la tubería y volvió a descargarla salvajemente sobre la impasible máquina—. Nos han atado de pies y manos. Nos han dejado en la más completa impotencia.

Se desató el caos.

—Es el único modo —dijo Perine con voz entrecortada mientras empujaba a O'Neill para abrirse paso—. Tenemos que destruirlos. O acabamos con la red o ella acaba con nosotros. —Agarró una lámpara y se la

arrojó a la «cara» al representante de la fábrica. La lámpara y la intrincada superficie de plástico reventaron. Perine se acercó y sus manos tantearon a ciegas, tratando de asir la máquina. Todos los humanos de la habitación, embargados por una sensación de resentimiento impotente, estaban aproximándose al erguido cilindro. La máquina desapareció en el suelo, sepultada por ellos.

O'Neill se apartó, temblando. Su esposa lo sujetó por el brazo y se lo llevó a un extremo de la habitación.

—Idiotas —dijo con tono abatido—. No pueden destruirla. Sólo le enseñarán a construir mejores defensas. Sólo están agravando el problema.

En ese momento irrumpió en la habitación un equipo de reparación de la red. Con la precisión de un grupo de expertos, las unidades mecánicas se desplegaron a partir de la unidad nodriza y correataron por el suelo en dirección a la montaña de humanos. Se introdujeron rápidamente entre ellos y desaparecieron. Un momento después, la carcasa inerte del representante de la fábrica fue arrastrada hasta la cavidad de transporte de la unidad nodriza. Las unidades recogieron las piezas y los miembros arrancados y se los llevaron. Los restos plásticos fueron localizados. Hecho esto, regresaron a sus posiciones originales en la unidad nodriza y ésta se marchó.

Un segundo representante de la fábrica, réplica exacta del primero, apareció en la puerta. Y había dos más en el pasillo. Un pelotón había sido enviado al asentamiento. Como un enjambre de hormigas, las unidades de recogida de datos habían recorrido el pueblo hasta que el azar había llevado a una de ellas hasta O'Neill.

—La destrucción del equipo móvil de recogida de datos va en detrimento de los intereses humanos —informó el representante de la fábrica a los humanos de la sala—. La extracción de materias primas está sufriendo un peligroso descenso. Las materias primas que aún quedan deben emplearse en la fabricación de mercancías y equipos.

O'Neill y la máquina se quedaron mirando.

—¿Ah, sí? —dijo el humano en voz baja—. Qué interesante. Me gustaría saber qué es lo que más falta te hace..., y hasta dónde estarías dispuesta a llegar por ellas.

El débil zumbido de los rotores sonaba sobre la cabeza de O'Neill. Sin prestarles la menor atención, se asomó por la ventanilla y contempló la región circundante.

Se veían ruinas y montañas de chatarra por todas partes. Las malas hierbas, tallos malsanos infestados de insectos, se alzaban entre ellas. Aquí y allá se veían colonias de ratas: madrigueras enmarañadas hechas de huesos y escombros. La radiación había mutado a las ratas, al igual que a la mayoría de los insectos y los animales. A poca distancia, O'Neill identificó una bandada de pájaros que perseguía a una ardilla. La ardilla se arrojó al interior de una grieta en la superficie de la chatarra, y los pájaros, frustrados, dieron media vuelta.

—¿Crees que lograremos reconstruirlo algún día? —preguntó Morrison—. Me pongo enfermo de sólo mirarlo.

—Con el tiempo —respondió O'Neill—. Siempre, claro, que recuperemos el control de la industria. Y siempre que quede algo con lo que trabajar. En el mejor de los casos, tardaremos mucho. Habrá que ir reconquistando el territorio centímetro a centímetro a partir de los asentamientos.

A la derecha había una colonia de humanos, espantajos demacrados que malvivían en las ruinas de lo que en su día fuera un pueblo. Habían despejado algunos acres de tierra infértil; unas verduras mustias se cocían al sol entre gallinas, que correteaban de un lado a otro, y un caballo, que, devorado por las moscas, intentaba encontrar solaz a la sombra de una tosca choza.

—Moradores de las ruinas —dijo O'Neill con pesadumbre—. Demasiado alejados de la red. No están en la zona de influencia de ninguna de las fábricas.

—Culpa de ellos —le retrucó Morrison—. Podrían venir a uno de los asentamientos.

—Ése era su pueblo. Están intentando hacer lo mismo que nosotros: levantar las cosas por sí solos. Pero están empezando, sin herramientas ni maquinaria, con las manos desnudas, tratando de utilizar lo que ha quedado. Y no va a funcionar. Necesitamos máquinas. No podemos reparar las ruinas. Hay que reactivar la producción industrial.

Por delante de ellos se levantaba una cadena de quebradas, restos desconchados de lo que en su día fuera una cordillera. Más allá, la titánica y fea llaga del cráter dejado por la detonación de una bomba H, medio llena de agua estancada y limo, cual un emponzoñado mar insular.

Y detrás..., el centelleo de una actividad frenética.

—Ahí —dijo O’Neill con voz tensa. Descendió rápidamente—. ¿Sabrías decir a qué fábrica pertenecen?

—A mí me parecen todos iguales —murmuró Morrison mientras se inclinaba para ver mejor—. Habrá que esperar y seguirlos cuando tengan un cargamento completo.

—Si lo consiguen —puntualizó O’Neill.

El equipo de exploración de la autofab, ignorando el helicóptero que tenía encima, se concentró en su labor. Por delante del camión principal marchaban dos tractores; avanzaron entre los montículos de escombros, con las sondas erguidas como plumas de escribano, emprendieron el descenso por la ladera más lejana y allí se hundieron en el manto de cenizas que cubría la escoria. Los dos exploradores excavaron y excavaron hasta que sólo sus antenas quedaron a la vista. Luego volvieron a salir a la superficie y, con el chirrido metálico de sus orugas, continuaron la marcha.

—¿Qué estarán buscando? —preguntó Morrison.

—Sabe Dios. —Hojeó nerviosamente los documentos que llevaba en su portapapeles—. Habrá que analizar todos los envíos anteriores, para ver qué falta.

El equipo de exploración de la autofab quedó atrás y finalmente desapareció. El helicóptero pasó sobre una región desierta de arena y chatarra en la que no se movía nada. Luego apareció una zona de arbustos y, más lejos, a la derecha, una serie de puntitos en movimiento.

Una procesión de vagonetas automóviles, una fila de veloces vehículos metálicos en pulcra sucesión, avanzaba a gran velocidad sobre la yerma extensión de chatarra. O’Neill dirigió el helicóptero hacia allí y, pocos minutos después, sobrevolaban la mina.

El lugar estaba repleto de máquinas mineras de aspecto achaparrado. Había varias galerías excavadas; las vagonetas vacías aguardaban en pacientes filas. Una inagotable caravana de compañeras cargadas se alejaba

en dirección al horizonte, dejando tras de sí un reguero de mineral. La imagen entera estaba dominada por la actividad y el sonido de las máquinas, que la convertían en un insólito centro industrial en medio de los desolados páramos de la chatarra.

—Ahí viene el equipo de exploración —comentó Morrison mirando en la dirección por la que habían venido—. ¿Crees que se encontrarán? —Sonrió—. No, supongo que sería mucho pedir.

—Esta vez sí —respondió O’Neill—. Probablemente estén buscando materias primas diferentes. Y en condiciones normales están programados para ignorarse.

La primera de las unidades de exploración llegó junto a la hilera de vagonetas. Viró levemente y continuó con su búsqueda; los carromatos continuaron su avance inexorable como si nada hubiera ocurrido.

Decepcionado, Morrison apartó la mirada de la ventanilla y soltó una imprecación.

—Nada. Es como si no se vieran.

Poco a poco, el grupo de exploración fue apartándose de la hilera de vagonetas y la mina, hasta perderse de vista detrás de unas colinas. No lo hicieron con especial premura. Desaparecieron sin haber reaccionado en modo alguno a la existencia del complejo minero.

—Puede que pertenezcan a la misma fábrica —dijo Morrison intentando animarse.

O’Neill señaló las antenas visibles de las unidades mineras más grandes.

—Las antenas están orientadas en vectores diferentes, lo que indica que son de dos fábricas distintas. No va a ser fácil. Tendremos que ser muy exactos o no obtendremos nada. —Encendió la radio y activó la frecuencia del asentamiento—. ¿Algún resultado en los inventarios de los cargamentos anteriores?

La operadora lo pasó a la oficina de gobierno del asentamiento.

—Los inventarios están empezando a llegar —dijo Perine—. En cuanto tengamos un muestreo lo bastante amplio trataremos de determinar de qué materias primas carece cada fábrica. No será fácil, porque habrá que hacer extrapolaciones a partir de productos manufacturados. Esperemos que haya elementos comunes en los diferentes lotes.

—¿Y qué haremos cuando hayamos identificado los elementos que escasean? —preguntó Morrison a O’Neill—. ¿Qué haremos si descubrimos que dos factorías adyacentes carecen del mismo material?

—Entonces —respondió O’Neill con sombría determinación— empezaremos a recolectar ese mismo material nosotros mismos, aunque tengamos que fundir el asentamiento entero.

III

En la oscuridad sembrada de polillas se levantó una brisa fría y débil. La maleza emitía traqueteos metálicos. Aquí y allá asomaba la cabeza algún roedor nocturno, con todos los sentidos alerta, expectante, calculador, en busca de alimento.

Era una región salvaje. No existía ningún asentamiento humano en muchos kilómetros a la redonda; los impactos repetidos de varias bombas H la habían calcinado y allanado por completo, como una herida cauterizada. En algún lugar de la tenebrosa oscuridad, un mísero arroyuelo se abría paso entre la chatarra y la maleza, hasta desembocar en lo que antaño fuera un complejo laberinto de cloacas. Las tuberías, agrietadas y rotas, invadidas por la vegetación, sobresalían en medio de la oscuridad. La brisa levantaba nubes de cenizas que se arremolinaban y bailaban entre las malas hierbas. Un enorme reyezuelo mutante se agitó en su sueño, se envolvió mejor en la capa de harapos con la que se cubría de noche y continuó dormitando.

Durante un rato, no hubo movimiento alguno. En lo alto se abrió una franja de cielo estrellado, que brillaba severa y lejanamente. Earl Perine sintió un escalofrío, levantó la mirada y se arrimó un poco más al calentador colocado entre los tres hombres.

—¿Y bien? —inquirió Morrison con los dientes castañeteando.

O’Neill no respondió. Se terminó el pitillo y lo apagó sobre un montón de chatarra oxidada, al mismo tiempo que sacaba el mechero y se encendía otro. La masa de tungsteno —el cebo— se encontraba a cien metros de ellos.

Durante los últimos días, a las fábricas de Detroit y Pittsburgh se les había agotado el tungsteno. Y, al menos en un sector, sus dispositivos de búsqueda habían coincidido. Aquel burdo montículo era una cosecha de herramientas cortadoras de precisión, piezas arrancadas de interruptores eléctricos, equipo quirúrgico de alta calidad, electroimanes, aparatos de medida..., tungsteno extraído de todas las fuentes posibles y febrilmente recopilado en todos los asentamientos.

Una neblina oscura flotaba sobre el montón de metal. De vez en cuando, una polilla descendía revoloteando, atraída por el reflejo de la luz de las estrellas sobre la superficie metálica. La polilla pasaba un momento allí flotando, sacudía sus alargadas alas contra la maraña de metal y luego se perdía volando entre las sombras de los densos macizos de enredadera que crecían sobre los muñones de las tuberías rotas.

—Menudo sitio de mierda —rezongó Perine.

—No te quejes tanto —repuso O’Neill—. Es el lugar más bello del mundo. La tumba de la red de autofabs. Algún día, la gente vendrá aquí en peregrinación. Habrá una placa de dos kilómetros de altura.

—Estás intentando animarnos —dijo Morrison con un resoplido—. Ni tú te crees que vayan a matarse por un montón de instrumental quirúrgico y filamentos de bombilla. Probablemente tengan una máquina en el último piso capaz de extraer el tungsteno directamente de la roca.

—Puede —dijo O’Neill mientras intentaba matar a un mosquito de un manotazo. El mosquito lo esquivó hábilmente y se alejó para seguir incordiando a Perine. Éste lo espantó con un ademán y luego, malhumorado, se pegó a la húmeda vegetación.

Y entonces apareció lo que habían ido a ver.

Con un sobresalto, O’Neill comprendió que llevaba varios minutos mirándolo sin reconocerlo. El pequeño dispositivo buscador estaba completamente inmóvil. Descansaba sobre la cima de un montículo de chatarra, con el extremo anterior ligeramente elevado y los receptores extendidos del todo. Podría haberla tomado por una carcasa abandonada, porque su inactividad era total y no había en él ni el menor indicio de actividad. El pequeño dispositivo encajaba a las mil maravillas en aquel

paisaje desolado y carbonizado. Apenas era un tubo, formado por planchas de metal, engranajes y pequeñas superficies planas a modo de pies, que sólo descansaba y esperaba. Y observaba.

Estaba observando el montón de tungsteno. El cebo había atraído a la primera presa.

—Han picado —dijo Perine con voz tensa—. El sedal se ha movido. Creo que la plomada se ha hundido.

—¿De qué coño hablas? —refunfuñó Morrison. Pero en ese momento, también él vio el dispositivo buscador—. Dios —susurró. Se incorporó a medias, con su enorme cuerpo encorvado hacia delante—. Bueno, al menos es uno de ellos. Ahora lo único que necesitamos es una unidad de la otra fábrica. ¿De cuál crees que viene ésa?

O'Neill localizó la antena de comunicaciones y siguió con la mirada la trayectoria trazada por su ángulo de inclinación.

—Pittsburgh, así que rezad para que aparezca uno de Detroit... Rezad como locos.

De repente, el dispositivo buscador abandonó su posición y avanzó rodando. En una cautelosa maniobra de aproximación, inició una serie de movimientos complejos que lo llevaron de un lado a otro. Los tres hombres que lo observaban quedaron estupefactos..., hasta que atisbaron las primeras antenas de los demás buscadores.

—Comunicación —dijo O'Neill en voz baja—. Como las abejas.

En ese momento, cinco dispositivos buscadores de la fábrica de Pittsburgh estaban acercándose al montón de productos de tungsteno. Agitaron nerviosamente sus receptores, empezaron a acelerar y, dominados por una especie de júbilo, ascendieron correteando hasta la cúspide. Uno de ellos se enterró y desapareció. El montón se estremeció de arriba abajo. La criatura estaba en su interior, explorando la magnitud del hallazgo.

Diez minutos después, aparecieron las primeras vagonetas de Pittsburgh y empezaron a acarrear diligentemente su cargamento.

—¡Maldita sea! —soltó O'Neill, cabreado—. Se lo van a llevar todo antes de que aparezcan los de Detroit.

—¿No podemos hacer nada para frenarlos? —preguntó Perine, impotente. Se levantó de un salto, agarró una roca del suelo y se la arrojó a la vagoneta más cercana. La roca rebotó en la superficie del vehículo y éste, imperturbable, continuó con su labor.

O'Neill se puso en pie y empezó a deambular de un lado a otro, con el cuerpo rígido de furia e impotencia. ¿Dónde estaban los de Detroit? Las autofabs eran idénticas en todos los aspectos, y el punto se encontraba exactamente a la misma distancia de las dos. Teóricamente, los dos grupos tendrían que haber llegado al mismo tiempo. Sin embargo, no había ni rastro de Detroit..., y los últimos fragmentos de tungsteno estaban siendo cargados en aquellas vagonetas delante de sus propios ojos.

Pero entonces, algo pasó como un rayo delante de él.

No lo reconoció porque se movía demasiado de prisa. Voló como un proyectil entre las enredaderas, ascendió velozmente por la ladera de la colina, hizo una pausa momentánea para apuntar y se lanzó hacia abajo por la ladera contraria. Embistió de frente a la primera de las vagonetas. Proyectil y víctima reventaron en medio de un estrépito ensordecedor.

Morrison se levantó de un salto.

—¿Qué coño...?

—¡Ahí está! —gritó Perine, bailando y agitando sus flacos brazos—. ¡Es Detroit!

Entonces apareció un segundo buscador. Dedicó un instante a evaluar la situación y, acto seguido, se abalanzó furiosamente sobre las vagonetas de Pittsburgh, que habían empezado a alejarse. El tungsteno salió despedido en todas direcciones: las piezas, los cables, las planchas rotas, los engranajes y los muelles de los dos antagonistas volaron por los aires. Las demás vagonetas viraron con un chirrido de las ruedas. Una de ellas soltó su carga y se alejó a toda velocidad. Una segunda, aún cargada de tungsteno, fue tras ella. Un buscador de Detroit la alcanzó y la hizo volcar. Buscador y vagoneta descendieron dando tumbos por un talud hasta acabar en un charco de agua estancada. Empapadas, relucientes y medio sumergidas, trataron de salir del agua, pero en vano.

—Bueno —dijo O’Neill con voz temblorosa—, lo hemos conseguido. Ya podemos volver a casa. —Tenía las piernas débiles—. ¿Dónde está el vehículo?

Mientras encendía el motor del camión, vio un destello en la lejanía, emitido por algo alargado y metálico que se movía sobre las yermas extensiones de chatarra y cenizas. Era una densa maraña de vagonetas, una sólida aglomeración de vehículos pesados que avanzaba a toda velocidad hacia el lugar. ¿De qué fábrica provenían?

No importaba, porque de la tupida maraña de enredaderas negras estaba brotando una telaraña de contraextensiones para enfrentarse a ellas. Las dos fábricas estaban congregando sus unidades móviles. Venidas de todas direcciones, reptando y correteando, las unidades buscadoras convergían sobre el tungsteno. Ninguna de las dos fábricas estaba dispuesta a renunciar a la materia prima que tanto necesitaba; ninguna de ellas iba a ceder el hallazgo. Ciega y mecánicamente, cautivos de directivas inflexibles, los dos oponentes trataban de reunir fuerzas superiores.

—Vamos —dijo Morrison con premura—. Salgamos de aquí. Está a punto de desatarse un infierno.

O’Neill giró apresuradamente el camión en dirección al asentamiento y salió disparado en medio de la oscuridad. Cada poco tiempo, una forma metálica pasaba como una exhalación en dirección contraria.

—¿Habéis visto el cargamento de la última vagoneta? —preguntó Perine, preocupado—. No estaba vacío.

Ni tampoco ninguno de los que llegaron después de ella, una verdadera procesión de transportes cargados hasta los topes y dirigidos por una unidad de exploración sumamente sofisticada.

—Armas —dijo Morrison, abriendo los ojos por el terror—. Están trayendo armas. Pero ¿quién va a utilizarlas?

—Ellos —respondió O’Neill. Señaló algo que se movía a su derecha—. Mirad ahí. Es algo que no esperábamos.

Estaban viendo entrar en acción a uno de los representantes de las fábricas.

Cuando llegaron al asentamiento de Kansas City, Judith se les acercó corriendo. Estaba sin aliento y traía una hoja de papel de plata en la mano.

—¿Qué es esto? —inquirió O’Neill mientras se la arrebatava.

—Calla y ven —dijo su esposa, tratando de recobrar el aliento—. Un vehículo... llegó a toda velocidad, lo dejó..., y se marchó. Es un descontrol. Dios, la fábrica..., ha encendido todas las luces... Se ve desde varios kilómetros a la redonda.

O’Neill leyó el papel. Era un certificado de la fábrica en respuesta al último grupo de peticiones del asentamiento, una tabulación exhaustiva de sus solicitudes y necesidades, determinadas por ella. Sobre la lista, en una letra negra y gruesa, había siete palabras aterradoras.

TODOS LOS ENVÍOS SUSPENDIDOS HASTA NUEVA ORDEN.

O’Neill resopló y se lo pasó a Perine.

—Adiós a los bienes de consumo —dijo irónicamente, mientras, una sonrisa nerviosa, casi como un espasmo, se dibujaba en su rostro—. La red va a adoptar una economía de guerra.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Morrison atropelladamente.

—Ésa es la cuestión —dijo O’Neill. Ahora que había estallado el conflicto, sentía un creciente y gélido terror—. Pittsburgh y Detroit van a por todas. Es demasiado tarde para echarse atrás. Ahora empezarán a buscar aliados.

IV

La fría luz del amanecer bañaba la devastada llanura y las negras cenizas metálicas que la cubrían, las cuales despedían un tenue y malsano resplandor rojizo. Aún estaba caliente.

—Cuidado dónde pisáis —les previno O’Neill. Ayudó a su mujer a bajar del oxidado y viejo camión y a ponerse en pie sobre un montón de bloques de cemento, los restos de un viejo búnker. Earl Perine bajó tras ella, cuidadosa, titubeantemente.

A su espalda se extendía el ruinoso asentamiento, un desordenado damero de edificios y calles. Desde que la red de autofabs suspendiera los envíos y las labores de mantenimiento, los asentamientos humanos habían caído en un estado de semibarbarie. Los pocos bienes de consumo que aún conservaban estaban rotos y apenas cumplían ya su cometido. Había transcurrido un año desde que apareciera el último de los camiones de la fábrica, cargado con alimentos, herramientas, ropa y piezas de repuesto. Desde entonces, no les había llegado nada desde la sólida mole de oscuro hormigón y metal de la falda de las montañas.

Su deseo les había sido concedido: estaban aislados, desconectados de la red.

Solos.

El asentamiento estaba salpicado de míseros campos de trigo y verduras que crecían lo mejor que podían. Entre sus habitantes se habían distribuido unas toscas herramientas fabricadas a mano, un primitivo instrumental creado con enorme esfuerzo por los diferentes asentamientos. Ahora, las comunidades se comunicaban sólo mediante carromatos tirados por caballos y el lento tartamudeo del morse.

Sin embargo, habían conseguido mantener su organización en activo. Seguían intercambiándose bienes y servicios de manera constante, aunque con lentitud. Las mercancías básicas se producían y distribuían. La ropa que llevaban tanto O'Neill, como su esposa y Perine era de una tela áspera y sin teñir, pero recia. Y habían conseguido modificar los motores de algunos camiones para que funcionaran con madera en lugar de gasolina.

—Ya estamos —dijo O'Neill—. Desde aquí podremos verlo.

—¿Merece la pena? —preguntó Judith. Estaba exhausta. Se agachó y se sacó una piedrecilla de la blanda suela del zapato—. Hemos hecho un camino muy largo para presenciar algo que hemos visto todos los días durante los últimos trece meses.

—Tienes razón —admitió O'Neill mientras posaba por un instante la mano en el hombro de su esposa—. Pero puede que ésta sea la última vez. Y eso es lo que queremos ver.

En el cielo grisáceo se movía velozmente un puntito opaco y negro. Muy alto y muy lejano, daba vueltas y vueltas, siguiendo una trayectoria intrincada y cautelosa. Gradualmente, sus maniobras iban acercándolo a las montañas y a la estructura excavada en su base, devastada ahora por las bombas.

—San Francisco —explicó O’Neill—. Es uno de esos misiles Halcón de largo alcance. Viene desde la costa Oeste.

—¿Y tú crees que es el último? —preguntó Perine.

—Es el único que hemos visto este mes. —Se sentó y empezó a liar hebras de tabaco en una hojita de papel marrón—. Y antes se veían a centenares.

—Puede que tengan algo mejor —sugirió Judith. Encontró una roca plana y se sentó sobre ella—. ¿Podría ser eso?

Su marido esbozó una sonrisa irónica.

—No. No tienen nada mejor.

Los tres guardaron un silencio tenso. Sobre ellos, el punto negro seguía aproximándose, dando vueltas en el aire. No había ni rastro de actividad en la lisa superficie de metal y hormigón; la fábrica de Kansas City permanecía inerte, sin ofrecer respuesta alguna. Unas nubes de ceniza caliente flotaban sobre ella y uno de sus extremos estaba parcialmente cubierto de escombros. Había recibido numerosos impactos directos. Al otro lado de la llanura yacían, expuestos a la vista, los surcos de sus túneles superficiales, repletos de escombros e invadidos por los zarcillos oscuros de unas recias enredaderas que buscaban agua.

—Malditas enredaderas —rezongó Perine mientras se rascaba una vieja cicatriz en su barbilla sin afeitar—. Están apoderándose del mundo.

Aquí y allá, por toda la fábrica, yacían los restos destrozados de alguna extensión móvil, oxidándose con el rocío matutino. Camiones, unidades buscadoras, representantes de la fábrica, transportes de armas, cañones, trenes de suministros, proyectiles subterráneos y otras piezas de maquinaria imposibles de identificar se entremezclaban y confundían en informes montículos. Algunos de los vehículos habían sido destruidos al volver a la fábrica; otros al salir, totalmente cargados, repletos de equipo. En cuanto a la

propia fábrica —lo que quedaba de ella— parecía haberse desarrollado por el subsuelo. Su parte superficial, casi sumergida en las cenizas flotantes, apenas resultaba visible.

Desde hacía cuatro días no se había constatado actividad ni movimiento en ella.

—Está muerta —dijo Perine—. Se ve que está muerta.

O'Neill no respondió. Se sentó en el suelo, se puso lo más cómodo que pudo y se preparó para esperar. En el fondo estaba convencido de que la devastada fábrica conservaba aún algún atisbo de su voluntad automatizada. El tiempo lo diría. Consultó su reloj. Eran las ocho y media. En los viejos tiempos, la fábrica estaría iniciando su rutina diaria. Una procesión de camiones y unidades móviles, cargados de suministros, llegaría a la superficie, dispuestos a iniciar sus expediciones a los asentamientos humanos.

A la derecha se movió algo. O'Neill se volvió rápidamente hacia allí.

Una solitaria y maltrecha vagoneta se arrastraba torpemente hacia la fábrica. Una última unidad móvil que, aunque dañada, trataba de cumplir su misión. Estaba prácticamente vacía: sólo contenía unos míseros fragmentos de metal. Un carroñero... Su carga estaba formada por piezas arrancadas a las máquinas destruidas que había encontrado en su camino. Débilmente, como un ciego insecto metálico, fue aproximándose a la fábrica. Su avance era increíblemente convulso. Cada poco tiempo, hacía un alto, se inclinaba, se estremecía, y se desviaba de su camino.

—Tiene la unidad de control averiada —dijo Judith con un atisbo de espanto en la voz—. La fábrica tiene dificultades para guiarla de regreso.

Sí, O'Neill ya se había dado cuenta de ello. En los alrededores de Nueva York, la fábrica había perdido por completo la capacidad de transmitir en alta frecuencia. Sus unidades móviles habían empezado a deambular, siguiendo trayectorias absurdas: corrían en círculos, chocaban con árboles y rocas, se metían en barrancos, volcaban y, finalmente, como de mala gana, quedaban inertes.

La vagoneta llegó al borde de la destrozada llanura e hizo un alto. Sobre ella, el punto negro seguía dando vueltas en el cielo. Por un momento, el vehículo permaneció inmóvil.

—La fábrica está tratando de tomar una decisión —dijo Perine—. Necesita el material, pero le tiene miedo a ese Halcón.

La fábrica continuó discurriendo sin que se moviera un alma. Entonces, finalmente, la vagoneta reanudó su inestable avance. Abandonó la maraña de las enredaderas y lentamente, con infinita precaución, se encaminó a la mole de oscuro hormigón y metal de la base de la montaña.

El Halcón dejó de dar vueltas.

—¡Agachaos! —exclamó O’Neill—. Ahora los cargan con las nuevas bombas.

Su esposa y Perine se agazaparon a su lado y los tres observaron la llanura y el insecto de metal que se arrastraba laboriosamente por ella. En el cielo, el Halcón avanzó en línea recta hasta encontrarse casi encima de la vagoneta. Entonces, sin previo aviso y sin emitir ruido alguno, se lanzó en picado sobre ella. Con las manos en la cara, Judith gritó:

—¡No puedo mirar! ¡Es horroroso! ¡Son como fieras salvajes!

Mientras el proyectil se precipitaba sobre ella, la vagoneta intentó escapar con un violento despliegue de desesperada velocidad. Corrió ruidosamente hacia la fábrica, traqueteando, en un último y fútil intento por alcanzar la seguridad. Olvidando la amenaza que se acercaba por el cielo, la fábrica, dominada por una necesidad frenética, abrió las puertas y guió a la unidad móvil hacia su interior. Que era precisamente lo que quería el Halcón.

Antes de que las puertas pudieran cerrarse, el Halcón maniobró para colocarse en paralelo a la superficie. Al mismo tiempo que la vagoneta desaparecía en las profundidades de la fábrica, el Halcón, un veloz relámpago de metal, la adelantó como una exhalación. Consciente de lo que estaba ocurriendo, la fábrica cerró las puertas. La vagoneta se debatió de manera grotesca; había quedado atrapada en la entrada a medio cerrar.

Pero el hecho de que consiguiera liberarse o no carecía ya de importancia. Hubo un estruendo sordo. El suelo se movió, pareció abombarse y luego volvió a asentarse. Una potente onda de choque pasó sobre los tres seres humanos que estaban contemplando la escena. Por encima de la fábrica se alzó una solitaria columna de humo negro. La superficie de hormigón se

agrietó como una vaina reseca; se encogió, se partió y finalmente roció el lugar de fragmentos en una tormenta de destrucción. El humo permaneció un momento flotando sobre el paraje antes de que se lo llevara la brisa matutina.

La fábrica era ahora una ruina fundida y destripada. Había sido atacada y destruida.

O'Neill se puso en pie.

—Se acabó. Se acabó por completo. Ya tenemos lo que queríamos. Hemos destruido la red. —Miró a Perine de soslayo—. Era eso lo que queríamos, ¿no?

Los dos se volvieron hacia el asentamiento que se extendía a su espalda. Poco quedaba de las pulcras hileras de casas y calles de años anteriores. Sin la red, el asentamiento había experimentado una rápida decadencia. La próspera limpieza de sus orígenes se había esfumado; ahora era un lugar miserable y destartado.

—Por supuesto —dijo Perine con voz vacilante—. Cuando entremos en las fábricas y podamos organizar nuestras propias cadenas de montaje...

—¿Quedará algo? —inquirió Judith.

—Tiene que quedar algo. ¡Por Dios, los últimos niveles estaban excavados a varios kilómetros de profundidad!

—Algunas de las bombas que desarrollaron al final eran espantosamente potentes —señaló la mujer—. Más que ninguna de las que se usaron en nuestra guerra.

—¿Recuerdas aquel campamento que vimos? ¿Los carroñeros de las ruinas?

—Yo no estaba —respondió Perine.

—Eran como animales salvajes. Se alimentaban de raíces y larvas. Se dedicaban a afilar piedras y teñir pieles. Salvajismo, bestialidad...

—Pero es lo que quiere la gente —repuso Perine, a la defensiva.

—¿En serio? ¿Esto es lo que queremos? —O'Neill señaló el desorganizado asentamiento—. ¿Era esto lo que queríamos conseguir el día que recogimos el tungsteno? ¿O el día que le dijimos al camión de la fábrica que la leche estaba...? —No recordaba la palabra.

—Pislada —le recordó Judith.

—Vamos —dijo O’Neill—. Manos a la obra. Veamos lo que queda de la fábrica..., lo que queda para nosotros.

Llegaron a las ruinas a última hora de la tarde. Cuatro ruidosos camiones llegaron al borde de la bombardeada cavidad y allí se detuvieron, con los motores humeando y los tubos de escape goteando. Cautelosos y alertas, descendieron y echaron a andar sobre las cenizas aún calientes.

—Puede que todavía sea demasiado pronto —objetó uno de ellos.

O’Neill no tenía la menor intención de esperar.

—Vamos —ordenó. Con una linterna en la mano, empezó a descender hacia el interior del cráter.

La oculta mole de la fábrica de Kansas City aguardaba allí abajo. En la destruida entrada seguía atrapada la vagoneta, aunque ya no se debatía. Más allá, sólo había una ominosa penumbra. O’Neill apuntó la linterna hacia la entrada. La luz iluminó los restos retorcidos y angulosos de los pilares de sustentación.

—Hay que bajar —le dijo a Morrison, quien avanzaba cautelosamente detrás de él—. Si queda algo, estará en el fondo.

—Esos topos de Atlanta acabaron con la mayoría de los niveles inferiores.

—Hasta que los otros lograron hundir sus túneles. —O’Neill atravesó con cautela la entrada irregular. Trepó por una loma de escombros y, al llegar al otro lado, se encontró en el interior de la fábrica: un escenario de confusa destrucción, sin patrones ni significado.

—El caos —murmuró Morrison, agobiado—. Lo que más destestaban. Lo que tenían que combatir. Elementos aleatorios por todas partes. Sin propósito alguno.

—En el interior —insistió O’Neill— es posible que encontremos enclaves sellados. Sabemos que estaban dividiéndose en secciones autónomas, tratando de mantener intactas las unidades de reparación para que pudieran reconstruir el resto en caso de necesidad.

—Los topos acabaron también con la mayoría de ellas —señaló Morrison, sin dejar de seguir a O’Neill.

Tras ellos, entraron con lentitud los trabajadores. Una sección de escombros se desplazó y descargó una lluvia de fragmentos aún candentes.

—Volved a los camiones —dijo O’Neill—. Es absurdo poner en peligro a más gente de la necesaria. Si Morrison y yo no regresamos, olvidaos de nosotros. Ni se os ocurra mandar un equipo de rescate. —Mientras los otros se marchaban, indicó a Morrison una rampa de descenso parcialmente intacta—. Bajemos.

En silencio, los dos hombres descendieron un piso tras otro. Las ruinas se extendían kilómetros y kilómetros en la oscuridad, sin sonido ni actividad. Las formas vagas de las máquinas, las cintas transportadoras inmóviles y los equipos de traslado eran visibles en la penumbra, así como las carcasas parcialmente completadas de los proyectiles bélicos, retorcidas y deformadas por la última detonación.

—Podremos aprovechar parte de eso —dijo O’Neill, pero la verdad es que no lo creía. La maquinaria estaba tan fundida que había perdido hasta la forma. Todo lo que contenía la fábrica se había convertido en un caos de chatarra carente de forma y de utilidad—. Cuando lleguemos a la superficie...

—Imposible —repuso Morrison con amargura—. No tenemos drizas ni cabrestantes. —Dio un puntapié a un montón de piezas carbonizadas que habían caído sobre la rampa al romperse la cinta transportadora que las llevaba.

—En su momento me pareció una buena idea —dijo O’Neill mientras continuaban descendiendo—. Pero ya no estoy tan seguro.

Habían descendido mucho en la fábrica. El último nivel se extendía frente a ellos. O’Neill apuntó su linterna en todas direcciones, tratando de encontrar secciones que no hubieran sido destruidas o partes del complejo productivo que siguieran intactas.

Fue Morrison quien lo percibió primero. De repente se dejó caer sobre las manos y las rodillas. Con su corpachón pegado al suelo, permaneció un momento escuchando atentamente, el rostro tenso y los ojos abiertos de par en par.

—Por el amor de Dios...

—¿Qué pasa? —exclamó O’Neill. En ese momento también él lo sintió. A sus pies, una tenue e insistente vibración, un continuado zumbido de actividad, atravesaba el suelo. Más abajo, en un nivel aún más profundo, la fábrica seguía viva. Algunas operaciones, protegidas en secciones clausuradas y limitadas, seguían en marcha.

—Está viva —murmuró O’Neill mientras buscaba alguna rampa de descenso—. Actividad autónoma, programada para continuar tras la destrucción del resto. ¿Cómo podemos bajar?

El ascensor estaba sellado por una gruesa plancha de metal. El nivel que aún funcionaba debajo estaba completamente aislado. No tenía entrada.

O’Neill regresó corriendo por donde había venido. Al llegar a la superficie, llamó con los brazos al primer camión.

—¿Dónde demonios está el soplete? ¡Traedlo aquí!

El preciado soplete pasó de mano en mano y, una vez que lo tuvo, regresó resoplando al interior de la fábrica, donde lo esperaba Morrison. Entre los dos, empezaron a abrirse paso frenéticamente por el retorcido suelo de metal, atravesando una capa sellada tras otra.

—Ya llegamos —resopló Morrison, con los ojos entornados para protegerse de las chispas del soplete. La última plancha cayó con un estrépito metálico y desapareció en el nivel inferior. Una luz blanca irrumpió en el piso superior y los dos hombres retrocedieron de un salto.

En la cámara sellada resonaban los ecos atronadores de una actividad frenética y constante de cintas transportadoras, máquinas, herramientas y supervisores mecánicos que se desplazaban velozmente de un lado a otro. Por un extremo entraba un suministro constante de materias primas en la cadena; por el otro salía el producto finalizado, que, sometido a una inspección, era finalmente introducido en un tubo transportador.

Todo esto pudieron presenciarlo durante un breve segundo. Entonces, los descubrieron. Se activaron unos relés. Las luces parpadearon y se apagaron. La cadena de montaje se detuvo de repente y su frenética actividad cesó.

Emitiendo chasquidos, las máquinas se desactivaron y quedaron en silencio.

En un extremo de la sala, una unidad móvil se activó y ascendió velozmente en dirección al agujero que habían abierto O'Neill y Morrison. Lo tapó con un sello de emergencia, que a continuación soldó con la rapidez de un verdadero experto. El nivel inferior volvió a quedar oculto. Un momento después, se reanudó la actividad y volvió a temblar el suelo.

Morrison, pálido y tembloroso, se volvió hacia O'Neill.

—¿Qué están haciendo? ¿Qué están fabricando?

—Armas no —dijo O'Neill.

—Sea lo que sea, lo envían arriba —dijo Morrison con un gesto de nerviosismo—, a la superficie.

O'Neill se puso en pie como pudo.

—¿Crees que podremos localizar el lugar?

—Eso... Eso espero.

—Mejor será. —Recogió la linterna y se encaminó a la rampa—. Tenemos que averiguar qué son esos cilindros que están mandando arriba.

La válvula de salida del tubo transportador estaba oculta entre enredaderas y escombros, a casi medio kilómetro de la fábrica, en la base de la montaña. Entre las rocas, la válvula asomaba como el hocico de un animal. A diez metros de distancia era invisible. Los dos hombres casi tropezaron con ella.

Cada pocos instantes, la válvula escupía un cilindro hacia el cielo. Luego se movía y alteraba su ángulo de lanzamiento. Cada cilindro salía en una dirección ligeramente distinta.

—¿Adónde van? —preguntó Morrison.

—Supongo que variará. Los está distribuyendo aleatoriamente. —Avanzó con cautela, pero el mecanismo no respondió a su presencia en modo alguno. Sobre un saliente de una enorme pared de roca había un cilindro abollado. Había sido arrojado contra la montaña por accidente. O'Neill subió hasta donde se encontraba, lo aferró y bajó de un salto.

El maltrecho cilindro estaba cargado de elementos metálicos tan minúsculos que era imposible analizarlos sin un microscopio.

—No es un arma —dijo O'Neill.

El cilindro se abrió. Al principio, O'Neill no pudo precisar si había sido a causa del impacto o por intervención de algún mecanismo interno. La abertura exudaba una especie de l gamo formado por minúsculas piezas metálicas. O'Neill se agachó y las examinó.

Las piezas estaban en movimiento. Eran máquinas microscópicas, más pequeñas que hormigas, más pequeñas que alfileres, que estaban trabajando enérgicamente, con un objetivo: construir algo que parecía un minúsculo rectángulo de metal.

—Están construyendo algo —dijo O'Neill, pasmado. Se levantó y empezó a caminar. A un lado, en el otro extremo del barranco, se encontr  con otro de los cilindros, cuya labor estaba más avanzada. Al parecer, lo habían lanzado antes.

Éste había progresado lo bastante como para que pudiera reconocerse lo que estaba haciendo. A pesar de su tamaño, la estructura era inconfundible. Las máquinas estaban levantando una réplica en miniatura de la fábrica destruida.

—Bueno —dijo O'Neill con tono meditabundo—, volvemos al punto de partida. No sabría decir si por suerte o por desgracia.

—Supongo que a estas alturas estarán por toda la Tierra —dijo Morrison—, trabajando.

Un pensamiento asaltó a O'Neill.

—Puede que algunas las lancen al espacio. Sería increíble: redes de autofabs por todo el universo.

A su espalda, el ca n n continuaba vomitando su torrente de metálicas semillas.

Electric Dreams

Philip K. Dick

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

De la compilación, © The Estate of Philip K. Dick, 2017

De las introducciones, © propiedad de los respectivos autores de cada introducción

Exhibit Piece © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1954. Originalmente publicado en *If*, agosto 1953. Extraído de *Cuentos completos II*, © Editorial Planeta, S.A., 2005 © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

The Commuter © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1953. Originalmente publicado en *Amazing*, agosto-septiembre 1953. Extraído de *Cuentos completos III*, © Editorial Planeta, S.A © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

Impossible Planet © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1953. Originalmente publicado en *Imagination*, octubre 1953. Extraído de *Cuentos completos II*, © Editorial Planeta, S.A., 2005 © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

The Hanging Stranger © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1953. Originalmente publicado en *Science Fiction Adventures*, diciembre 1953. Extraído de *Cuentos completos III*, © Editorial Planeta, S.A., 2007 © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

Sales Pitch © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1954. Originalmente publicado en *Future*, junio 1954. Extraído de *Cuentos completos III*, © Editorial Planeta, S.A., 2007 © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

The Father-Thing © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1954. Originalmente publicado en *Fantasy & Science Fiction*, diciembre 1954. Extraído de *Cuentos completos III*, © Editorial Planeta, S.A., 2007 © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

The Hood Maker © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1955. Originalmente publicado en *Imagination*, junio 1955. Extraído de *Cuentos completos II*, © Editorial Planeta, S.A., 2005 © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

Foster You're Dead © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1955. Originalmente publicado en *Star Science Fiction Stories No 3*, 1955. Extraído de *Cuentos completos III*, © Editorial Planeta, S.A., 2007 © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

Human Is © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1955. Originalmente publicado en *Startling Stories*, invierno 1955. Extraído de *Cuentos completos II*, © Editorial Planeta, S.A., 2005 © de la traducción, Eduardo G. Murillo, 2006.

Autofac © The Estate of Philip K. Dick, 1987, 1955. Originalmente publicado en *Galaxy*, noviembre 1955. Extraído de *Cuentos completos IV*, © Editorial Planeta, S.A., 2008 © de la traducción, Manuel Mata, 2008.

La serie de televisión *Electric Dreams*, de Philip K. Dick es propiedad de Sony Pictures Television Inc. Todos los derechos reservados.

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018
ISBN: 978-84-450-0522-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

LOS RELATOS QUE INSPIRARON
LA NUEVA SERIE ANTOLÓGICA

Sigue la serie en
Amazon Prime Video

amazon

PHILIP K. DICK

ELECTRIC

DREAMS

minotauro